

BIBLIOTECA LATINOAMERICANA
DE SERVICIO SOCIAL

RICARDO ANTUNES

¿ADIÓS AL TRABAJO?

Ensayo sobre las metamorfosis y la
centralidad del mundo del trabajo

Traducción: Lucio Argañaraz (y equipo de Herramienta)

Revisión técnica: Carlos E. Montano

CORT6Z
EDITORA

BIBLIOTECA LATINOAMERICANA DE SERVICIO SOCIAL

[Serie Ensayos]

Coordinación: Carlos E. Montano

Dirección: Elisabete Borgianni (asesoría editorial)

Título original: *Adeus ao trabalho? Ensaio sobre as metamorfoses e a centralidade do mundo do trabalho*

Ricardo Antunes

Cortez Editora, Sao Paulo, 1995 — 1* edición

Traducción: Lucio Argañaraz y equipo de Herramienta

Revisión: Silvia Fuentes y Modesto Guerrero

Corrección: Elsa Campos

Corrección de estilo: Sandra Valenzuela

Diseño de carátula: Carlos Clémen

Composición: Dany Editora Ltda.

Coordinación editorial: Danilo A. Q. Morales

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o duplicada sin autorización expresa del editor.

© 2001 by Autor

Derechos para esta edición

CORTEZ EDITORA

Rúa Bartira, 317 — Perdizes

05009-000 — Sao Paulo-SP (Brasil)

Tel.: (55 11) 3864-0111 Fax: (55 11) 3864-4290

e-mail: cortez@cortezeditora.com.br

www.cortezeditora.com.br

Impreso en Brasil — octubre de 2001

Así, todos juntos, continuaban su vida cotidiana,
cada uno a su modo, con reflexión o sin ella;
todo parecía seguir su rumbo habitual,
como en las situaciones extremas,
en las cuales todo está en juego,
y la vida continúa, sin embargo
como si nada aconteciera.

Goethe (Afinidades Electivas)

ÍNDICE

Presentación.....	9
Prólogo a la edición en Español.....	13
Presentación a la edición brasileña.....	21
Capítulo I — Fordismo, toyotismo y acumulación flexible.....	25
Capítulo II — Las metamorfosis en el mundo del trabajo	53
Capítulo III — Dimensiones de la crisis contemporánea del sindicalismo: su impase y desafíos.....	69
Capítulo IV — ¿Cuál crisis de la sociedad del trabajo? ...	85
<i>Apéndices</i>	111
I — La crisis vista en su globalidad.....	113
II — Individuo clase y género humano: el momento de la mediación partidaria.....	125
III — Trabajo y extrañamiento.....	133
IV — El predominio de la lógica del capital.....	149
V — Dimensiones de la crisis contemporánea o del nuevo (des)orden internacional.....	155

VI — Mundo del trabajo y sindicatos en la era de la reestructuración productiva: impase y desafíos del nuevo sindicalismo brasileño.....	161
<i>Referencias bibliográficas.....</i>	171

PRESENTACIÓN

¿Adiós al trabajo? es un libro transparente. Desde el primer párrafo confiesa explícitamente: "su objetivo es *problematizar, polemizar* e igualmente *contestar* a las tesis que defendían el fin de la *centralidad del trabajo* en el mundo capitalista contemporáneo". El título nos remite inmediatamente a otra confesión: su interés de confrontar el conocido libro de André Gorz, de 1980: "*Adiós al proletariado*". Su respuesta, su polémica, no se hace desde la repetición de slogans, sino con datos y comprobaciones empíricas y desde la investigación sociológica. Con esta base sólida Antones establece cinco tesis centrales: 1) nada permite concluir que el trabajo haya perdido centralidad; 2) tampoco puede comprobarse la extinción del trabajo social como creador de valores de uso; 3) aún reconociendo que el mundo del trabajo se haya vuelto más heterogéneo, complejo y fragmentado, la emancipación humana tiene al mundo del trabajo como su principal protagonista; 4) las nuevas características que está asumiendo el mundo del trabajo no apuntan a la extinción de la *clase-que-vive-del-trabajo*, ni hacen imposible su acción conjunta, y 5) frente a los que pregonan que los nuevos métodos de organización de la producción elimina el extrañamiento, la alineación, Antones sostiene que éstas persisten y crecen.

Desde su primer capítulo, titulado "¡Fordismo, toyotismo y acumulación flexible", el autor nos sumerge en el concreto

mundo del trabajo. Su análisis es principalmente estructural, recordándonos los primeros capítulos de *El capital*, cuando Marx hace una detallada descripción del proceso productivo capitalista para desentrañar de allí el proceso de formación de las relaciones de producción y de las relaciones sociales. Hay un expreso rescate de la categoría de Marx: *el trabajo abstracto*, por su centralidad en la formación de la plusvalía y nudo de la explotación capitalista.

Pese a su análisis estructural del proceso de la producción y de las relaciones sociales gestadas a partir de allí, Antunes no pierde la visión de conjunto y nos recuerda que en los 80 se desarrollaron grandes cambios y transformaciones que afectaron profundamente a la composición cualitativa y cuantitativa de la clase trabajadora, apareciendo la desocupación estructural, la subocupación, el trabajo a tiempo parcial, el trabajo precario, informal, de la mujer, la flexibilización laboral. Para ello suma a su propia investigación y praxis en los sindicatos y movimientos brasileños las citas en forma precisa y clara de autores, estudiosos e investigadores de la sociología del trabajo, así como teóricos y luchadores sindicales. Polemiza con algunos de ellos, como Benjamín Coriat, Habermas, coincide con otros como Ben Watanabe, Frank Anunziatto o Gounet y hace acertadas referencias a Marx, Lukács, Gramsci y Mészáros. Después de una profunda descripción y análisis crítico de las diferentes formas de producción capitalistas que coexisten en la actualidad (fordismo, taylorismo, kalmarismo, toyotismo, etc.) y de las transformaciones en curso, Antunes pone de relieve el marco mundial de las relaciones de fuerzas entre trabajadores y capitalistas. Allí señala claramente que el fin del neostalinismo y la caída de los regímenes del Este europeo, no dieron lugar a la reorganización o resurgimiento del movimiento obrero, como un sector de la izquierda esperaba y predecía, sino que repercutió sobre los trabajadores y sus organizaciones, poniéndolos aún más a la de-

fensiva. De esta manera, el autor pasa a señalar la incapacidad de la izquierda para demostrar que esa caída no significaba de por sí el fin de la vía socialista como salida a la crisis.

En su tercer capítulo ("Dimensiones de la crisis contemporánea del sindicalismo: su impase y desafíos"), Antunes nos revela el hilo metodológico de este libro y es el de abrir puertas al estudio y a la investigación, pero al hacerlo no rehuye una toma de posición; nadie puede tildarlo de ecléctico. Por el contrario, muestra los resultados de una investigación abierta a las nuevas realidades y a las nuevas preguntas que éstas plantean al dentista social y al revolucionario. Este método le permite arribar a lo que podría ser la esencia del libro: una clasificación seria, ordenada y sólida de los problemas y desafíos que nos presenta el mundo del trabajo hoy. Antunes no tiene todas las respuestas, pero sí señala preguntas que ordenan el estudio y el debate, desde el título del libro instala la pregunta: "*¿Adiós al trabajo?*".

A medida que el autor desarrolla cada uno de estos temas, el libro se vuelve más apasionante y vivo, nos interroga, nos hace pensar y repensar para sumergirnos nuevamente en las dimensiones concretas del mundo del trabajo, pero ahora viéndolo desde las nuevas formas de producción y sus implicancias. Así, sus análisis se vuelven concretos y apuntan a problemas centrales como el del poder. Ve y describe la pérdida de poder de los trabajadores, pero negándose a abroquelarse en el factor subjetivo del mundo de las traiciones de la burocracia sindical. Por el contrario, indaga en los factores objetivos de la pérdida de poder y los desafíos sindicales de superación quedan planteados desde una perspectiva sólida porque parte de echar raíces en la realidad concreta y no en devaneos a que lamentablemente tan acostumbrados estamos en los círculos de izquierda. Por eso no podría faltar en su libro los desafíos que la barbarie actual presenta a las organizaciones de los trabajadores y adelanta su opinión, afirma que están abiertas dos perspecti-

vas, la de integrarse al sistema del capital, o la lucha contra el sistema, contra el modo de producción capitalista.

¿El libro agota el tema? Por supuesto que no. Más que respuestas acabadas, ofrece perspectivas, posibles vías de salida y al mismo tiempo establece preguntas, lo que no es poca cosa frente a la tradición de la izquierda de "tener" siempre todas las respuestas. En medio del caos, propone una clasificación de los problemas y esto constituye otro gran mérito, ya que ayuda al estudio e impulsa el debate. Al leerlo uno piensa en el autor como un investigador, modesto e inquietante, pero que enfrenta las nuevas realidades. Pasan las páginas y uno desearía que el libro *¿Adiós al trabajo?* siga abordando más y más temas.

Antunes termina con estas palabras: "Esto se configura como un proyecto de investigación de larga duración, de la cual este ensayo, en el que intentamos aprehender algunas tendencias y metamorfosis en curso en el mundo del trabajo, es un primer resultado".

A ese hermoso y desafiante proyecto a largo plazo quisiera resaltar las siguientes preguntas de investigación que ya están implícitas en el texto: ¿cómo cambia la epistemología del trabajo, el concepto de trabajo, desde aquél surgido de la óptica de las ciencias físico-matemáticas en el siglo XIX, que lo entendía como esfuerzo, sudor y cansancio al presente concepto de vigilancia y control de los actuales procesos productivos de la así llamada "fluidez industrial"? Y a partir de ahí, ¿cómo se constituye la conciencia de clase en el actual mundo del trabajo? Son parte de los desafíos que Antunes plantea.

¿Adiós al trabajo? tuvo en Brasil, el país de Ricardo Antunes, siete ediciones, una en Argentina, dos en Venezuela y una en Italia. La presente edición de la *Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social* brinda un apéndice con ensayos recientes del autor.

Néstor López Collazo (Revista Herramienta, Argentina)

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Este libro que presentamos con enorme satisfacción a los lectores de lengua Hispánica fue publicado originalmente en Brasil, en 1995. Su objetivo central fue *problematizar*, *polemizar* y igualmente *contestar* a las tesis que defendían el fin de la *centralidad del trabajo* en el mundo capitalista contemporáneo. Esas tesis tuvieron varias consecuencias y repercusiones al interior de las universidades, de las izquierdas, de los movimientos sociales y del propio movimiento de los trabajadores, toda vez que, implícita o explícitamente, algunos de sus principales formuladores, se recusaban, en el fondo, a reconocer el papel central de la clase trabajadora en la transformación societal contemporánea. Coherentes con la fragmentación "posmoderna", con el culto fetichizado del ideario del Orden, estas formulaciones, en gran medida, se recusaban a reconocer el sentido activo y transformador de la clase trabajadora. Fue como una primera respuesta crítica a estas formulaciones que escribimos *¿Adiós al trabajo?*. Buscamos así ofrecer algunos elementos centrales para rebatir aquellas tesis, carentes de sustentación, tanto empírica como analítica.

Ahora, cuando presentamos esta edición en Español del libro, después de siete ediciones publicadas en Brasil, dos en

Venezuela, una en Argentina (publicada por la Editorial Antídoto, en la *Colección Herramienta*, que sirvió de base para esta edición), una en Colombia y una en Italia, y luego de constatar su positiva receptividad en varios países, a través de reseñas en Francia (*Actuel Marx*), Inglaterra (*Capital & Class*), Italia (*Marxismo Oggi e Liberazione*), entre otros, podemos decir que continuamos sustentando fuertemente nuestras tesis, más aún cuando la literatura que viene siendo publicada desde entonces sobre la llamada "sociedad del trabajo" no alteró nuestras formulaciones originales.

Tal vez pudiésemos, entonces, aprovechar este prólogo a la edición en Español para retomar, *de manera bastante sintética*, otras tesis que intentan invalidar la centralidad del trabajo, basándose en la afirmación de la pérdida de sentido de la teoría del valor, en la tesis que propugna la sustitución del valor-trabajo por la ciencia, o aun en la vigencia de una lógica societal intersubjetiva que se colocaría en posición analítica de superioridad frente a la formulación marxiana de la centralidad del trabajo y de la teoría del valor. Aunque estas tesis aparecen por momentos a lo largo del libro, ellas fueron mencionadas siempre de manera sucinta. Al retomarlas aquí, podemos ofrecer a los lectores, *al menos en forma indicativa*, nuestra explicación de por qué no invalidan las formulaciones presentes en *¿Adiós al trabajo?*, si no más bien que las refuerzan.

Creemos, al contrario de aquellos que defienden la pérdida de sentido y de significado del trabajo, que cuando concebimos la forma contemporánea del trabajo, como expresión de *trabajo social*, que es más *complejizado*, *socialmente combinado* y aún más *intensificado* en sus ritmos y -procesos, no podemos estar de acuerdo con las tesis que minimizan o hasta no consideran el proceso de creación de valores de cambio. Defendemos la tesis de que la sociedad del capital y su *ley del valor* necesitan cada vez *menos* del trabajo *estable* y cada vez *más* de las diversi-

ficadas formas de trabajo parcial o *part-time*, "tercerizado", que son, en escala creciente, parte constitutiva del proceso de producción capitalista.

Exactamente porque el capital no puede eliminar el *trabajo vivo* del proceso de creación de valores, debe aumentar la *utilización* y la *productividad del trabajo de modo que intensifique las formas de extracción del sobretrabajo en tiempo cada vez más reducido*. Por lo tanto, una cosa es tener la necesidad imperiosa de reducir la dimensión variable del capital y la consecuente necesidad de expandir su parte constante. Otra, muy diferente, es imaginar que eliminando el trabajo vivo, el capital pueda continuar reproduciéndose. La reducción del proletariado estable, heredero del taylorismo/fordismo, la ampliación del trabajo *intelectual* al interior de las plantas productivas modernas, así como la ampliación generalizada de las formas de trabajo precarizado, *part-time*, tercerizado, desarrolladas intensamente en la "era de la empresa flexible" y de la desverticalización productiva, *son significativos ejemplos de la vigencia de la ley del valor*. Como el capital tiene un fuerte sentido de desperdicio y de exclusión, es la propia "centralidad del trabajo abstracto que produce la no-centralidad del trabajo, presente en la masa de los excluidos del trabajo vivo", que, una vez (des)socializados y (des)individualizados por la expulsión del trabajo, "procuran desesperadamente encontrar formas de individualización y de socialización en las esferas aisladas del no-trabajo (actividad de formación, de beneficencia y de servicios)" (Tosel, 1995: 210).

Tampoco podemos estar de acuerdo con la tesis de la transformación de la ciencia "en la principal fuerza productiva", en sustitución al valor-trabajo, que se habría tornado inoperante (Habermas, 1972: 104). Esta formulación, al "sustituir" la tesis del valor-trabajo por la conversión de la ciencia en principal fuerza productiva, termina por desconsiderar un elemento

esencial dado por la complejidad de las relaciones entre la teoría del valor y la del conocimiento científico. O sea, desconsidera que el "trabajo vivo, en conjunción con ciencia y tecnología, constituye una compleja y contradictoria unidad, bajo las condiciones de los desarrollos capitalistas", en la medida que "la tendencia del capital para dar a la producción un carácter científico es neutralizada por las más íntimas limitaciones del propio capital: es decir, por la necesidad última, paralizante y antisocial de 'mantener el valor ya creado, como valor', con el objetivo de restringir la producción dentro de la *base limitada del capital*" (Mészáros, 1989b: 135-6).

No se trata de decir que la teoría del valor-trabajo no reconoce el papel creciente de la ciencia, sino que ésta se encuentra obstaculizada en su desarrollo por la base material de las relaciones entre capital y trabajo, la cual no puede superar. Y es por esta restricción estructural — que *libera* y también *estimula* su expansión para el incremento de la producción de valores de cambio, pero *impide el salto cualitativo societario para una sociedad productora de bienes útiles según la lógica del tiempo disponible* — que la ciencia no puede convertirse en la principal fuerza productiva. Prisionera de esta base material, menos que una *cientificización de la tecnología* hay, de acuerdo con Mészáros, un proceso de *tecnologización de la ciencia* (ídem: 133). Ontológicamente prisionera del suelo material estructurado por el capital, la ciencia no podría transformarse en su *principal fuerza productiva*. Esta *interactúa* con el trabajo, con la necesidad preponderante de participar del proceso de valorización del capital, *no se sobrepone al valor, sino que es parte intrínseca de su mecanismo*.

Esta interpenetración entre actividades laborativas y ciencia es más compleja: el saber científico y el saber laborativo se combinan más directamente en el mundo contemporáneo *sin que el primero se sobreponga al segundo*. Las máquinas inteli-

gentes no pueden sustituir a los trabajadores. Al contrario, su introducción se vale del trabajo intelectual del operario que, al interactuar con la máquina informatizada, acaba también por transferir parte de sus nuevos atributos intelectuales a la nueva máquina que resulta de este proceso. Se establece, entonces, un complejo proceso interactivo entre trabajo y ciencia productiva, que no puede llevar a la extinción del trabajo. Este proceso de retroalimentación impone al capital la necesidad de encontrar *una fuerza de trabajo aún más compleja, multifuncional, que debe ser explotada de manera más intensa y sofisticada*, al menos en los ramos productivos dotados de mayor incremento tecnológico.

Con la conversión del *trabajo vivo* en *trabajo muerto*, a partir del momento en que, por el desarrollo de las computadoras, la máquina informacional pasa a desempeñar actividades propias de la inteligencia humana, lo que se puede constatar es un proceso de *objetivación de las actividades cerebrales junto a la maquinaria*, de transferencia del saber intelectual y cognitivo de la clase trabajadora para la maquinaria informatizada (Lojkin, 1995). La transferencia de capacidades intelectuales para la maquinaria informatizada, que se convierte en lenguaje de la máquina propia de la fase informacional, a través de las computadoras, acentúa la transformación de *trabajo vivo* en *trabajo muerto*.

Además de la transformación de *trabajo vivo* en *trabajo muerto*, hay otra tendencia dada por la creciente imbricación entre trabajo *material* e *inmaterial*, en la medida en que también se observa, en el mundo contemporáneo, la expansión del trabajo dotado de mayor dimensión intelectual, sea en las actividades industriales más informatizadas, sea en las esferas comprendidas por el sector de servicios o en las comunicaciones, entre tantas otras. La expansión del trabajo en servicios, en esferas no directamente productivas, pero que muchas veces

desempeñan actividades imbricadas con el trabajo productivo, aparece como otra característica importante de la *noción ampliada de trabajo*, cuando se pretende comprender su significado en el mundo contemporáneo. Dado que en el mundo de la tecnociencia, la producción de conocimientos se transforma en un elemento esencial de la producción de bienes y servicios, se puede decir que *"las capacidades de los trabajadores de poder ampliar sus saberes (...) se torna una característica de la capacidad del trabajo en general. Y no es una exageración decir que la fuerza de trabajo se presenta cada vez más como fuerza inteligente de reacción a las situaciones de producción en mutación y al ecuacionamiento de problemas inesperados"* (Vincent, 1995: 160). La ampliación de las formas de *trabajo inmaterial* se convierte, por lo tanto, en otra característica del sistema de producción.

Se evidencia, en el universo de las empresas productivas y de servicios, una ampliación de las actividades denominadas *inmateriales*, que expresan la vigencia de la esfera informacional de la forma-mercancía. En la interpretación que aquí estamos ofreciendo, las nuevas dimensiones y formas de trabajo vienen trayendo una dilatación, una ampliación y una complejización de la actividad laborativa, de la cual la expansión del trabajo inmaterial es ejemplo. Trabajo material e inmaterial, en la imbricación creciente que existe entre ambos, se encuentran, no obstante, centralmente subordinados a la lógica de la producción de mercancías y de capital.

Podemos, por lo tanto, al concluir este prólogo, que, al contrario de la sustitución del trabajo por la ciencia, o todavía de la sustitución de la producción de valores por la esfera comunicacional o de la sustitución de la producción por la información, lo que está ocurriendo en el mundo contemporáneo es una mayor *interrelación*, mayor *interpenetración*, entre las actividades productivas y las improductivas, entre las activi-

dades fabriles y de servicios, entre actividades laborativas y las actividades de concepción, que se expanden en el contexto de la reestructuración productiva del capital. *Una concepción ampliada de trabajo nos posibilita entender el rol que éste ejerce en la sociabilidad contemporánea, en los umbrales del siglo XXI.*

*

* *

Al concluir este prólogo, es necesario hacer dos agradecimientos:

El primero, al amigo José Xavier Cortez, editor de *Adeus ao Trabalho?* en Brasil, por la generosidad y solidaridad que siempre lo caracterizó, presente una vez más al ceder los derechos de publicación del libro para diversas ediciones extranjeras. El segundo, a Néstor López Collazo, editor de *¿Adiós al trabajo?* en Argentina, por la igual generosidad, al ceder la traducción argentina de la *Colección Herramienta/Editorial Antídoto* para esta nueva edición en lengua Hispánica, preparada por Cortez Editora. Quedan aquí registrados mis sinceros agradecimientos a estos dos amigos especiales.

Ricardo Antunes

Agosto, 2001.

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN BRASILEÑA

En 1980, André Gorz publicó su conocido libro titulado *Adiós al proletariado*. En tono afirmativo y capturando una tendencia en curso, que indicaba una significativa reducción del proletariado industrial en las sociedades capitalistas avanzadas, el sociólogo francés *vaticinó el fin del proletariado*, con todas las consecuencias teóricas y políticas que derivan de esta afirmación. El libro tuvo una repercusión poco común, no sólo en el ámbito académico y político de los países centrales, que vivían más intensamente las tendencias empíricas que Gorz trataba de aprehender, sino también en los países de industrialización intermedia, como Brasil, en donde se desarrollaba entonces *una contra-tendencia al escenario europeo*, es decir, *un vigoroso resurgimiento del movimiento de los trabajadores*. El ensayo, instigador y problemático, *Adiós al proletariado*, intentaba cuestionar de raíz la revolución del trabajo, y de este modo ayudaba a desorientar, todavía más, a la izquierda tradicional.

Si uno de sus objetivos era instaurar un nuevo espacio para el debate, se puede decir que *Adiós al proletariado*, *es desde este punto de vista, un libro exitoso*. Varios textos lo sucedieron, cuyas formulaciones, directa o indirectamente,

confirmaban o negaban las tesis de André Gorz. Sólo a título de registro parcial, recordemos los libros o artículos (por cierto, muy distintos y heterogéneos) de Claus Offe, Benjamín Coriat, Alain Touraine, Jean Lojkine, Fergus Murray, Adam Schaff, Ernest Mandel, István Mészáros, Robert Kurz, Alain Bihr, Thomas Gounet, Frank Annunziato, David Harvey, Simón Clarke, entre tantos otros, que trataron el tema de las dimensiones y problemas *referidos al presente y futuro del mundo del trabajo*.

Fue esta polémica que inspiró directamente nuestro ensayo *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, cuyo objetivo es intentar ofrecer algunos elementos y contornos básicos presentes en este debate, con la mirada puesta en ese rincón particular de un mundo marcado por una *globalidad desigualmente articulada*.

Los interrogantes que nos formulamos son esencialmente éstos: ¿La *clase-que-vive-del-trabajo* estaría desapareciendo? ¿La retracción del proletariado tradicional, fabril, de la era del fordismo, conlleva *inevitablemente* a la pérdida de referencia y de relevancia del ser social que trabaja? ¿Qué repercusiones tuvieron (y tienen) estas metamorfosis en los organismos de representación de los trabajadores, de los cuales los sindicatos son una expresión? Y como consecuencia analítica de las transformaciones en curso, parecen ineludibles las siguientes cuestiones: ¿La categoría *trabajo* dejó de tener aquel lugar en el universo de la *praxis* humana de la sociedad contemporánea? ¿La llamada "crisis de la sociedad del trabajo" debe ser entendida como el fin de la posibilidad de la revolución del trabajo? ¿Dejó de ser *el trabajo* un elemento *estructurante* de la nueva forma de socialización humana? ¿Ya no es más protoforma de la actividad humana, necesaria para efectuar el intercambio material entre el hombre y la naturaleza?

Estas son indagaciones agudas, para las cuales este texto tan sólo pretende dar *algunas indicaciones*.

En un momento histórico marcado por tantas transformaciones, muchas de ellas todavía en curso, pensamos que una inserción en el debate, en forma de ensayo, tiene necesariamente un carácter *preliminar y limitado*.

¿Adiós al trabajo? forma parte de un estudio más amplio que presentamos en el concurso de *Libre Docencia* en Sociología del Trabajo, en el Departamento de Sociología del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad de Campiñas — Unicamp, en abril de 1994. Tuvo como tribunal a los profesores Octavio Ianni, Mauricio Tragtenberg, Paulo Silveira, Sedi Hirano y Celso Frederico, de quienes obtuve innumerables sugerencias e indicaciones. Integra también un proyecto de investigación que estamos desarrollando con el apoyo del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, con el título *¿Adonde va el mundo del trabajo?*, donde buscamos aprehender *la forma de ser* de la clase trabajadora en la sociedad contemporánea, y de la cual este ensayo es en realidad un primer resultado.

Complementan este volumen, bajo la forma de *apéndices*, algunos textos que permiten observar puntos o cuestiones tratadas en *¿Adiós al trabajo?*. Estos tienen también como hilo conductor temas que se refieren a la crisis de la sociedad del trabajo, y particularmente en uno de ellos tratamos de mostrar algunas repercusiones de estos cambios en el contexto brasileño.

Desearía finalizar la presentación de este ensayo, que trata sobre los dilemas y controversias en torno a *una vida plena de sentido a partir del trabajo*, tratando de expresar el sentimiento que el trabajo intelectual genera y suscita. Goethe escribió cierta vez: "*Si me preguntaras cómo es la gente de aquí, yo te respondería: como en cualquier parte. La especie humana es de una desoladora uniformidad; la mayoría trabaja la mayor parte del tiempo para ganarse la vida, y si algunas horas le quedan, horas preciosas, le son de tal forma pesadas*

que buscan todos los medios para verlas pasar rápidamente. ¡Triste destino el de la humanidad!" (Werther). El trabajo intelectual, en su sentido profundo y verdadero, es uno de esos raros momentos de contraposición a esa desoladora uniformidad.

* * *

No podría dejar de expresar aquí, mi sincero agradecimiento a los alumnos del área *Trabajo y Sindicalismo* del programa de Maestría en Sociología y del Doctorado en Ciencias Sociales de IFCH, de la Unicamp, con quienes vengo debatiendo desde hace ya algunos años, muchas de las ideas presentes en este volumen. Sin este diálogo constante y fructífero, este texto seguramente no tendría esta conformación. Un agradecimiento particular debo hacerles también a Nice, Valquiria y Baxa, por la ayuda que me brindaron.

CAPITULO I

Fordismo, toyotismo y acumulación flexible

La década del 80 presenció en los países del capitalismo avanzado, profundas transformaciones en el mundo del trabajo, en sus formas de inserción en la estructura productiva y en las formas de representación sindical y política. Fueron tan intensas las modificaciones que se puede afirmar *quejaclase-que-vive-del-trabajo* sufrió la más aguda crisis de este siglo, que afectó no sólo su *materialidad*, sino que tuvo profundas repercusiones en *sujubjetividad* y *eniajntima*. interrelación de estos niveles.'-áflect> *sujorma de ser*.

Este texto pretende desarrollar algunos puntos de discusión en torno a las dimensiones y significados de esos cambios y sobre algunas de las posibles consecuencias (teóricas y empíricas) que observamos. No puede tener, por lo tanto, un carácter *cóñcluyente*, pero pretende presentar ciertas observaciones que ofrezcan algunas respuestas a tantas cuestiones del presente.

Comencemos enumerando algunos de los cambios y transformaciones ocurridos en los años 80. En una década de

El salto tecnológico a la automatización de la robótica y la microelectrónica invadieron el universo fabril, insertándose y desarrollándose en las relaciones del trabajo y de producción del capital. Se vive en el mundo de la producción un conjunto de experimentos, más o menos intensos, más o menos consolidados, más o menos presentes, más o menos tendenciales, más o menos embrionarios. El fordismo y el taylorismo ya no son únicos y se combinan con otros procesos productivos (neofordismo, neotaylorismo, posfordismo), derivados de las experiencias de la "tercera Italia", de Suecia (en la Región de Kalmar, de lo que resultó el llamado "kalmarismo"), del Silicon Valley en Estados Unidos, en regiones de Alemania, entre otras, siendo en algunos casos hasta sustituidos, como permite constatar la experiencia japonesa a partir del toyotismo.

Surgen nuevos procesos de trabajo donde el *cronómetro* y la *producción en serie* y de *masas* son sustituidos por la *flexibilización* de la producción, por la "especialización flexible", por nuevos patrones de *productividad*, por nuevas formas de adecuación de la producción a la lógica del mercado (ver Murray, 1983; Sabel y Piore, 1984; Annunziato, 1989; Clarke, 1991; Gounet, 1991 y 1992; Harvey, 1992 y Coriat, 1992a y 1992b). Se ensayan modalidades de desconcentración industrial, se buscan nuevos patrones de gestión de la fuerza de trabajo, de los cuales los círculos de control de calidad (CCC), la "gestión participativa", la búsqueda de la "calidad total", son las expresiones visibles no sólo en el mundo japonés, sino en varios países del capitalismo avanzado y del Tercer Mundo industrializado. El *toyotismo* penetra, se combina, o hasta sustituye al patrón fordista dominante, en varias partes del capitalismo globalizado. Se viven formas transitorias de producción, cuyas consecuencias son también agudas en cuanto a los derechos del trabajo. Estos derechos son desregulados, son flexibilizados, con el fin de dotar al capital

de los instrumentos necesarios para adecuarse a esta nueva fase. Derechos y conquistas históricas de los trabajadores son sustituidos y eliminados del mundo de la producción. Se reducen y se combinan, dependiendo de la intensidad del despotismo taylorista, de la participación dentro del orden y el universo de la empresa, del involucramiento manipulado, propio de una socialización moldeada por el sistema productor de mercancías contemporáneo.

No es éste el lugar para que hagamos un análisis detallado de este proceso en curso en el mundo actual. Queremos indicar, sin embargo, algunos elementos que consideramos más relevantes, con el fin de señalar, en un momento ulterior, las repercusiones que esas transformaciones tuvieron en el interior del *toyotismo* reiterando qué entendemos *toyotismo* la forma por la cual la industria y el proceso de trabajo se consolidaron a lo largo de este siglo, cuyos elementos constitutivos básicos fueron dados por la producción en masa, a través de la línea de montaje y de los productos más homogéneos; a través del control de los tiempos y movimientos por el cronómetro fordista y la producción en serie taylorista; por la existencia del trabajo parcelado y por la fragmentación de funciones; por la separación de ejecución y elaboración en el proceso del trabajo; por la existencia de unidades fabriles concentradas y verticalizadas y por la constitución/consolidación del *obrero-masa*, del trabajador colectivo fabril, entre otras dimensiones. Menos que un modelo de organización social, que abarcaría igualmente esferas ampliadas de la sociedad, entendiendo *toyotismo* el proceso *toyotista* que, junto con el taylorismo, predominó en la gran industria capitalista a lo largo del siglo XX.

Se considera que Sabel y Piore son los autores de la presentación de la tesis de *especialización flexible* sería la expresión de un proceso que, teniendo a la "tercera Italia"

Como experiencia concreta, había facilitado el advenimiento de una *nueva forma productiva*, que articula, por un lado, un significativo desarrollo tecnológico, y por el otro, una desconcentración productiva basada en empresas medianas y pequeñas, "artesanales". Esta simbiosis, en la medida en que se expande y generaliza, superará al patrón fordista dominante hasta ese momento. Ese nuevo paradigma productivo expresaría también, siempre según estos autores, un modelo productivo que rechaza la producción en masa, típico de la gran industria fordista y recupera una concepción del trabajo que, siendo más flexible, estaría exenta de la *alienación del trabajo*, propia de la acumulación de base fordista. Un proceso "artesanal", más desconcentrado y tecnológicamente desarrollado, que produce para un mercado más localizado y regional, que extingue la producción *en serie*. Incluye también experiencias exitosas en regiones industriales de Estados Unidos, de Alemania y de Francia, entre otras áreas, inspiradas en un *neoproudhonismo*. Estas experiencias serían entonces responsables de la superación del modelo productivo que venía dominando el escenario de la producción capitalista. El elemento causal de la crisis capitalista se encontraría en los *excesos* del fordismo y de la producción en masa, perjudiciales para el trabajo y supresores de su dimensión "creativa" (Sabel y Piore, 1984).

Se le han hecho muchas críticas a estos autores, mostrando por una parte la imposibilidad de generalización de ese modelo y por otra el carácter epidérmico de esos cambios. Coriat, por ejemplo, sostiene que la hipótesis implícita en esta tesis, de la sustitución de la producción basada en la *economía de escala*, es empíricamente irrealizable. Como el principio exclusivo de la *especialización flexible* se sustenta en un mercado esencialmente segmentado e inestable, es difícil imaginar su generalización. De aquí que Coriat hable de una "generalización abusiva" presente en la tesis de la *especialización flexible* de Sabel y Piore (Coriat, 1992a, 151-153).

Más aguda es la crítica de Clarke: incorporando argumentos de otros autores, alega que la tesis original de la *especialización flexible* no es "universalmente aplicable"; contiene incoherencias en sus variados elementos y no se sustenta empíricamente cuando se refiere a la superación del mercado de masas y a la incapacidad de esta producción para adecuarse a los cambios económicos, así como a la "supuesta correlación entre la nueva tecnología y la escala y las formas sociales de producción". Reafirma la tesis de que la *especialización flexible* llevó a la intensificación del trabajo y consiste en un medio de descalificarlo y desorganizarlo (Clarke, 1991). Su proposición es más polémica y más problemática, cuando desarrolla la tesis de que el fordismo está dotado de una dimensión *flexible*, capaz por lo tanto de asimilar todas las transformaciones en curso, dentro de su lógica... "los principios del fordismo ya se demostraron aplicables a una gama extraordinariamente amplia de contextos técnicos" (ídem: 128).

Dotada de una concepción ampliada del fordismo, que lo comprende no solamente restringido a la esfera fabril y tecnológica, también abarcando las relaciones sociales de producción; ve la crisis actual de reproducción de capital *no como una reestructuración posfordista*. En sus palabras: "así como las presiones competitivas provenientes de las nuevas formas de fordismo, más desarrolladas y más flexibles, forzaron rápidamente a Ford a introducir a los hombres de Pinkerton y el Departamento de Servicio, también los especialistas flexibles y los especialistas en nichos de mercado ya están sufriendo la presión de competidores que consiguieron conciliar las economías orientadas según la demanda con las economías de escala". Y concluye: "La crisis del fordismo no es nada nuevo; es apenas la más reciente manifestación de la crisis permanente del capitalismo" (ídem: 150).

Otro autor también desarrolla puntos críticos a la formulación que defiende las bondades y el avance de la *especialización*

litación flexible. Frank Annunziato muestra que Sabel y Piore comprenden a la producción artesanal como un medio necesario para la preservación del capitalismo. Refiriéndose a los Estados Unidos, aquellos autores vislumbran una "democracia americana de pequeños propietarios", a lo que Annunziato replica: el fordismo domina la economía de los Estados Unidos hasta hoy, en la medida que posee un proceso de trabajo taylorizado y está dotado de una hegemonía capitalista que penetra en las organizaciones de los trabajadores, tanto sindicales, como en los partidos políticos (Annunziato, 1989: 99-100 y 106).

Vale la pena también hacer referencia a las consideraciones hechas por Fergus Murray en un artículo publicado en 1983, o sea, apenas iniciado este debate, donde muestra que en la última década, la tendencia a la descentralización de la producción abarcó en Italia a un conjunto de grandes empresas, que redujeron el tamaño de sus plantas industriales e incentivaron el *putting-out* del trabajo, dirigiéndolo hacia pequeñas unidades productivas, artesanales, a los *domestic outworkers*.

Procesos similares vienen ocurriendo en Japón, elevando la productividad de las pequeñas empresas a través del avance tecnológico, articulando, por medio de la informática, las pequeñas empresas con los grandes conglomerados. Igualmente, en el sur de Estados Unidos y en Gran Bretaña (sur de Gales, Escocia), se nota esta modalidad. Murray cita el ejemplo de la reducción en curso de la planta industrial en las unidades de producción de General Electric. Su artículo desarrolla las evidencias que desafían la tesis de que la centralización progresiva y la concentración del capital traen aparejada, necesariamente, una concentración física del espacio productivo. Para Murray, las condiciones históricas y particulares pueden posibilitar, como en el caso italiano, la aparición de unidades productivas menores. Enumera, entre los elementos más im-

portantes en la definición de planta industrial, el tipo de producto, las opciones tecnológicas existentes, el control sobre el proceso productivo, las relaciones industriales y la legislación estatal (Murray, Fergus, 1983: 79-85).

Este autor también muestra que la articulación entre *descentralización productiva* y *avance tecnológico*, en la particularidad italiana — que ofrece la base empírica de su investigación — tiene la clara intención de combatir la autonomía y cohesión del proletariado italiano, al punto de sugerir una necesaria reconsideración del papel del *trabajador colectivo de masa*, tan fuerte en la Italia de los años 60/70. El artículo define las diversas formas de descentralización productiva, mostrando que la fragmentación del trabajo, sumada al avance tecnológico, puede permitirle al capital una mayor explotación, como también un mayor control sobre la fuerza de trabajo. Señala cómo los sindicatos italianos, desarrollados en el universo del trabajador colectivo de masa, encontraron dificultades para asimilar e incorporar a esa clase trabajadora más segmentada y fraccionada (ídem: 79-99).

Aííárve\ nos ofrece un interesante_ejb^zo_analíti£0_sobre el significado y el perfil de las transformaciones del capitalismo. A su entender, el núcleo esencial del fordismo se mantuvo fuerte, por lo menos hasta 1973, basado en la producción *en masa*. Los patrones de vida de la población trabajadora de los países capitalistas centrales, mantuvieron una relativa estabilidad y las ganancias de los monopolios también eran estables. Pero después de la aguda recesión que estalló en 1973, se inició una transición en el interior del proceso de acumulación de capital.

En su síntesis sobre la acumulación flexible, nos dice que esa fase de la producción está "marcada por un enfrentamiento directo con la rigidez del fordismo. Ella se apoya en la flexibilidad de los procesos de trabajo, de los mercados de trabajo, de

los productos y los patrones de consumo. Se caracteriza por el surgimiento de sectores de la producción enteramente nuevos, nuevas maneras de proveerse de servicios financieros, nuevos mercados y sobre todo tasas de innovación comercial, tecnológica y organizacional altamente intensificadas. La acumulación flexible implica rápidos cambios de los patrones de desarrollo desigual, tanto entre sectores como entre regiones geográficas, *cr^ndórpójF^éTnpTo, üff-vasto movimiento del empleo en el llamado 'sector de servicios', como también complejos industriales comple^ai^ntenueyojvénregiones hasta entonces subdesarrolladas"* (Harvey, 1992: 140). Aunque el autor afirma que las empresas basadas en el modelo fordista pudieron adoptar las nuevas tecnologías y los emergentes procesos de trabajo (eso que muchas veces se denominó *neofordismo*), sin embargo reconoce que las presiones competitivas, como también la lucha por el control de la fuerza de trabajo, llevaron al nacimiento de "formas industriales totalmente nuevas o a la integración del fordismo a toda una red de subcontrataciones y de desplazamientos a otras regiones, para dar mayor flexibilidad ante el aumento de la competencia y de los riesgos" (ídem: 148).

Distanciándose tanto de aquellos que hablan de *nuevos procesos productivos*, completamente distintos al modelo fordista (como Sabel y Piore, 1984), así como de los que no ven ni nuevas, ni significativas transformaciones en el interior del proceso de producción de capital (como Pollert, 1988: 43-75), ffiárvey/reconoce la existencia de una combinación de procesos productivos, articulando el fordismo con procesos flexibles, artesanales, tradicionales. En sus palabras: "la insistencia de que no hay nada esencialmente nuevo en el impulso a la flexibilización y de que el capitalismo recorre periódicamente estos caminos, es por cierto correcta (una lectura de *El capital*, de Marx, sustenta esta afirmación). El argumento de que existe .\

un peligro importante de exagerar la significación de las tendencias al aumento de la flexibilidad y de la movilidad geográfica, que nos deja ciegos ante el peso que los sistemas fordistas de producción todavía conservan, merece una cuidadosa consideración. Y las consecuencias ideológicas y políticas de enfatizar la flexibilidad, en el sentido estricto de la técnica de producción y de las relaciones laborales, son lo suficientemente serias como para ser sobrios y cautelosos en las evaluaciones del grado imperativo de la flexibilidad (...). Pero considero igualmente peligroso fingir que nada cambió, cuando hechos como la desindustrialización, la transferencia geográfica de fábricas, o las prácticas más flexibles en el empleo del trabajo y la flexibilidad de los mercados de trabajo, o la automatización y la innovación de los productos, están frente a la mayoría de los trabajadores" (ídem: 178-179).

Como consecuencia de esas formulaciones, Harvey desarrolla su tesis de que la acumulación flexible, *en la medida que todavía es una forma propia del capitalismo*, mantiene tres características esenciales de ese modo de producción. *Primera:* está planeada para el crecimiento; *segunda:* este crecimiento en valores reales se apoya en la explotación del trabajo vivo en el universo de la producción, y *tercera:* el capitalismo tiene una dinámica tecnológica y organizacional intrínseca. Y particularmente en lo que respecta a la segunda característica, agrega: "Curiosamente, el desarrollo de las nuevas tecnologías generó excedentes de fuerza de trabajo, que hicieron viable el retorno a estrategias de extracción de plusvalía absoluta, también aplicables en los países capitalistas avanzados... La vuelta a la sobreexplotación en Nueva York y Los Angeles, el trabajo doméstico, el 'teletransporte', así como el enorme crecimiento de las prácticas informales en el trabajo en todo el mundo capitalista avanzado, representa de hecho una visión más bien sombría de la historia, supuestamente progresista, del

capitalismo. En condiciones de acumulación flexible, parece que los sistemas de trabajos alternativos pueden coexistir unos con otros, en el mismo espacio, de manera que les permita a los empresarios capitalistas escoger con comodidad entre ellos. El mismo molde de camisa puede ser producido en fábricas de gran escala en la India, por el sistema cooperativo de la 'tercera Italia', por explotadores en Nueva York y Londres y por sistemas de trabajo familiar en Hong Kong" (ídem: 175).

La consecuencia de este proceso, en lo que respecta al mundo del trabajo, también fue señalada por Harvey: el trabajo organizado fue socavado. Se generaron grandes niveles de desempleo estructural y hubo un retroceso de la acción sindical. El individualismo exacerbado encontró también condiciones sociales favorables, entre tantas otras consecuencias negativas (ídem: 141 y 161).

Si bien estas experiencias de acumulación flexible, a partir de la experiencia de la "tercera Italia" y de otras regiones, como en Suecia¹, trajeron consecuencias en tantas direcciones, fue en realidad el *toyotismo* o *modelo japonés*, el que mayor impacto causó, tanto por la revolución técnica que provocó en la industria japonesa, como por la contundencia *en la propagación de algunos de sus puntos básicos*, expansión que hoy abarca al mundo.

No es el propósito de este ensayo exponer detalladamente los pasos que hicieron al *toyotismo* algo singular (también llamado *ohnismo*, por Ohno, el ingeniero que originó el modelo para la Toyota), ni argumentar sobre sus dimensiones más *universalizantes*, que dotaron al *toyotismo* de un impacto extraordinario en cuanto proceso ágil y lucrativo de producción de mercancías. Lo que pretendemos es dar algunos trazos constitutivos de este nuevo modelo, para poder señalar a las enormes consecuencias que tiene para el mundo del trabajo.

V Coriawiable de cuatro fases en el advenimiento del *toyotismo*^-*Brimera*: la introducción de la experiencia en la rama textil en la industria automovilística, determinada especialmente por la necesidad de que el trabajador opere simultáneamente con varias máquinas. *Segunda*: la necesidad de la empresa de responder a la crisis financiera, aumentando la producción sin aumentar el número de trabajadores. *Tercera*: la importación de técnicas de gestión de los supermercados de Estados Unidos, que dieron origen al *kanban*. Según Toyota, presidente fundador de la Toyota, "lo ideal sería producir solamente lo necesario y hacerlo en el menor tiempo", basándose en el modelo de los supermercados de reposición de los productos solamente después de su venta. Según Coriat, el método del *kanban* ya existía desde 1962, de modo generalizado, en las partes esenciales de la Toyota, sin embargo, como modelo más general tuvo su origen a partir de la posguerra. *Cuarta fase*: la expansión del método de *kanban* para las empresas subcontratadas y proveedoras (Coriat, 1992b: 27-30).

Coriat agrega otros rasgos significativos del *toyotismo*: la necesidad de atender a un mercado interno que solicita productos diferenciados y pedidos pequeños, dadas las condiciones limitadas de la posguerra japonesa. Dice el autor: "En estas condiciones, la competencia y la competitividad se determinaron a partir de la capacidad para satisfacer rápidamente los pequeños y variados pedidos. Así nace el *ohnismo*: en un universo de presiones inéditas y originales, si se las compara con las del fordismo" (ídem: 33-34). Era necesario superar también, el carácter caótico de la producción en Toyota, denominado jocosamente *dekansho* (debido a un largo período de preparación para la posterior producción. Vocablo extraído de la jerga de los estudiantes de filosofía que dormían durante un semestre, para después estudiar intensamente a Descartes, Kant y Schopenhauer). Como ejemplo de esta limitación productiva, basta decir que en 1955, la industria automovilística

japonesa produjo 69 mil unidades, en tanto Estados Unidos produjo 9,2 millones, Alemania 909 mil y Francia 725 mil unidades (ídem: 35 y 31).

Finalmente, había que enfrentar al combativo sindicalismo japonés, marcado por confrontaciones huelguísticas que frenaban la expansión del toyotismo. En 1950, hubo un importante movimiento huelguístico contra un proceso de despidos en masa en Toyota (que afectó entre 1.600 y 2.000 trabajadores). Esta larga huelga de los metalúrgicos fue derrotada por Toyota. Fue, en este nuevo contexto, la primera derrota del sindicalismo combativo japonés. En 1952/53, se desencadenó una nueva lucha sindical en varias empresas, contra la racionalización del trabajo y por aumentos salariales que duró 55 días, y el sindicalismo fue nuevamente derrotado (Coriat, 1992b: 36 y Gounet, 1991a: 42). Es importante recordar que Nissan, en este conflicto, recurrió al *lock-out* como forma de desmoralizar la huelga. Después de desatar una fuerte represión sobre los principales líderes sindicales, las empresas aprovecharon para desestructurar al sindicalismo combativo y crearon lo que se constituiría en *un elemento distintivo del sindicalismo japonés de la era toyotista: el sindicalismo de empresa o sindicato-casa*, maniatado al ideario y al universo patronal.

En el año siguiente, 1954, este mismo sindicato fue considerado, sin embargo, poco cooperativo, siendo por esto disuelto y sustituido por un nuevo sindicato inserto en el "espíritu Toyota", dentro de la "familia Toyota". Entonces, ese año la campaña de reivindicaciones se transformó en el lema "Proteger a nuestra empresa para defender la vida" (Coriat, 1992b: 37). *Esta fue la condición esencial para el éxito capitalista de la empresa japonesa y en particular de la Toyota*. Combinando represión con cooptación, el sindicalismo de empresa tuvo, como contrapartida a su subordinación patronal, la obtención del empleo vitalicio para una parte de los trabajadores

de las grandes empresas (cerca del 30% de la clase trabajadora) y también salarios más altos, pero determinados por la productividad. Los sindicatos tienen, como en el caso de Nissan, un papel relevante en la "meritocracia" de la empresa, en la medida en que opinan, con posibilidad de veto, sobre los ascensos de los trabajadores (Gounet, 1992: 67). Coriat dice, refiriéndose al sindicalismo japonés, que en varias situaciones el paso por el sindicato es una condición necesaria para ascender a las funciones de responsabilidad, sobre todo en materia de administración de personal (Coriat, 1992b: 70), lo cual vincula todavía más el sindicato a la empresa.

Parece innecesario recordar que esas prácticas subordinan a los trabajadores al universo empresarial, creando las condiciones para la implantación duradera del sindicalismo de involucramiento, en esencia un sindicalismo *manipulado y cooptado*. Fue a partir de estos condicionantes históricos que se gestó el modelo japonés, que aquí llamamos *toyotismo*.

Sus trazos constitutivos básicos pueden ser resumidos así: contrariamente al fordismo, la producción bajo el toyotismo está volcada y orientada directamente por la demanda. La producción es variada, diversificada y capaz de abastecer el consumo. Es éste el que determina lo que será producido, a diferencia de cómo procede la producción *en serie y en masa* del fordismo. De esta forma la producción se sustenta en la existencia de un *stock mínimo*. El mejor aprovechamiento posible del tiempo de producción (incluyendo también el transporte, el control de calidad y el stock) está garantizado por el *just in time*. El *kanban*, placas que son utilizadas para la reposición de las piezas, es fundamental, en la medida en que se invierte el proceso: es al final, después de la venta, cuando se inicia la reposición del stock, y el *kanban* es la señal que indica la necesidad de reposición de las piezas/productos. De aquí que en su origen el *kanban* esté asociado al modelo de funcionamiento de los supermercados,

que reponen los productos en las góndolas, después que se venden (Gounet, 1992: 40 y Coriat, 1992b: 43-45).

Para atender a las exigencias *más individualizadas* del mercado, en el mejor tiempo y con la mejor calidad, es preciso que la producción se sustente en un proceso productivo flexible, que le permita al obrero operar con varias máquinas (un promedio de 5 máquinas en Toyota), rompiendo así con la relación un hombre/una máquina que fundamentó al fordismo. Es la llamada "polivalencia" del trabajador japonés; más que una expresión y ejemplo de una mayor calificación, refleja la capacidad del trabajador para operar con varias máquinas, combinando "varias tareas simples" (según la interesante declaración del ex líder sindical japonés, Ben Watanabe, 1993a: 9). Coriat habla de *desespecialización y polivalencia* de los obreros profesionales y calificados, transformándose en *trabajadores multifuncionales* (Coriat, 1992b: 41).

Del mismo modo, el trabajo pasa a ser realizado en equipo, rompiéndose con el carácter parcelado propio del fordismo (Gounet, 1992: 40). Un equipo de trabajadores opera frente a un sistema de máquinas automatizadas. Además de la flexibilidad del aparato productivo, es preciso también la flexibilidad de la organización del trabajo. Debe haber agilidad en la adaptación de la maquinaria y de los instrumentos para que nuevos productos sean elaborados. Este punto es otra nítida diferencia con respecto a la rigidez del fordismo, en él se fabrica un elemento para la satisfacción del equipo que está en la secuencia de su línea. Gounet nos dice que ésta es una de las mayores dificultades para la expansión ampliada del toyotismo junto a las estructuras productivas ya existentes y resistentes a esa flexibilización (ídem: 40). Al contrario de la verticalidad fordista, como por ejemplo en las fábricas de Estados Unidos donde se dio una *integración vertical*, en la medida que las montadoras ampliaron su acción productiva, en el toyotismo

se tiende a una *horizontalización*, reduciendo así el ámbito de producción de la montadora y extendiendo a las subcontratistas, las "tercerizadas", la producción de elementos básicos, que en el fordismo son atributos de las montadoras. Esta *horizontalización*, implica también, en el toyotismo, la expansión de estos métodos y procedimientos para toda la red de proveedores. Y así, *kanban, just in time, flexibilización, tercerización, subcontratación, CCC, control de calidad total, eliminación del desperdicio, "gerencia participativa", sindicalismo de empresa y otros, se propagan intensamente.*

Gounet muestra, por otra parte, que el sistema toyotista supone *una intensificación de la explotación del trabajo*, ya sea por el hecho de que los obreros actúan simultáneamente con varias máquinas diversificadas o porque lo hacen a través de un sistema de luces (verde= funcionamiento normal; naranja=máxima intensidad y roja=hay problemas, hay que detener la producción). Esto posibilita al capital intensificar, sin estrangular, el ritmo productivo del trabajo. Las luces deben alternar siempre entre el verde y el naranja, de modo que se mantenga un ritmo intenso de trabajo y de producción (Gounet, 1991: 41). La disminución de las "porosidades" en el trabajo es aquí mayor que en el fordismo. Esta característica del toyotismo posibilita una dura crítica de Gounet a Coriat: éste, dice Gounet, reconoce que el sistema de luces permite un mejor control de la dirección sobre los obreros, pero omite lo fundamental: que este método sirve para elevar continuamente la velocidad de la cadena productiva. Al permanecer oscilando entre el verde y el naranja, la dirección puede descubrir los problemas anticipadamente y suprimirlos, de modo a acelerar la cadencia hasta que el próximo problema o dificultad aparezca (Gounet, 1992: 66).

Otro punto esencial del toyotismo es que para la efectiva flexibilización del aparato productivo, es también imprescin-

dible la flexibilización de los trabajadores. Derechos flexibles, para poder disponer de una fuerza de trabajo en función directa a las necesidades del mercado consumidor. El toyotismo se estructura a partir de un número mínimo de trabajadores, pudiendo ampliarlos a través de las horas extras; por trabajadores temporarios, o subcontratados, dependiendo de las condiciones del mercado. El punto de partida básico es un número reducido de trabajadores y la realización de horas extras. Así se explica por qué un obrero de la Toyota trabaja aproximadamente 2.300 horas de promedio al año, mientras que en Bélgica (Ford-Genk, General Motors-Anvers, Volkswagen-Forest, Renault-Vilvorde y Volvo), trabaja entre 1.550 y 1.650 horas por año (datos de la ABVV-LIMBURG, Bélgica, junio de 1990, citado por Gounet, 1991: 41).

Otra expresión del modelo japonés queda señalada en estos datos comparativos, calculados por el *Massachusetts Institute of Technology*, que en 1987 estimó la cantidad de horas-hombres necesarias para fabricar un auto: 19 horas en el archipiélago, 26,5 en Estados Unidos; 22,6 en las mejores fábricas europeas y 35,6 horas promedio en Europa, casi dos veces más que en el Extremo Oriente (de acuerdo a Krafcik, J., citado por Gounet, 1991: 42 y 50).

Como Gounet sintetiza: "El toyotismo es una respuesta a la crisis del fordismo de los años 70. Al contrario del trabajo descalificado, el obrero se torna polivalente. Al contrario de la línea individualizada, él se integra a un equipo. Al contrario de producir vehículos en masa para personas que no conoce, el toyotismo fabrica un elemento para 'satisfacción' del equipo que ocupa una secuencia de la línea". Y concluye no sin ironía: "en síntesis, con el toyotismo, parece desaparecer el trabajo repetitivo, ultra simple, desmotivante y embrutecedor. Finalmente, estamos en una fase de enriquecimiento de las tareas, de la satisfacción del consumidor, del control de la calidad" (Gounet, 1991: 43).

Es sugerente el testimonio de Ben Watanabe, quien durante treinta años actuó en el movimiento sindical japonés: "El CCC fue desarrollado en Japón por los gerentes de las empresas a partir de los años 50, junto con el toyotismo".

En el sistema de Toyota, los ingenieros de piso dejan de tener un papel estratégico y la producción es controlada por grupos de trabajadores. La empresa invierte mucho en entrenamiento, participación y sugerencias para mejorar la calidad y la productividad. El control de calidad es apenas una parte del CCC. Esto incluye otro elemento: "la eliminación de la organización autónoma de los trabajadores" (Watanabe, 1993: 5). "La Toyota trabaja en grupos de ocho trabajadores... si apenas uno de ellos falla, el grupo pierde el aumento, por lo tanto, este último garantiza la productividad, asumiendo el papel que antes tenía la jefatura. El mismo tipo de control se hace sobre el ausentismo" (ídem: 5).

Sobre la diversidad del sindicalismo japonés agrega: en la cumbre de la pirámide existen sindicatos por empresa, que tienen garantizadas altas tasas de sindicalización, "pero en los niveles más bajos, los trabajadores casi no tienen ninguna organización: el número de sindicalizados no pasa del 5% del total" (ídem: 8). Esta diversidad fue también señalada por Coriat, al incorporar la afirmación de otro autor: "El sindicalismo en Japón, a pesar de estar dominado por la forma de sindicato de empresa, debe ser comprendido como un *continuum* que va de los sindicatos fuertemente burocratizados, y que organizan a centenas de millares de asalariados, hasta la 'sociedad' de una pequeña empresa que se transforma, de manera episódica, en negociador colectivo" (Nohara, citado por Coriat, 1992b: 71).

Sobre el empleo vitalicio, también es interesante el testimonio de Watanabe: este sistema "comenzó en 1961. Para obtener de los trabajadores el compromiso de aumento de la

productividad y de la calidad, los empresarios ofrecían esta ventaja. Al principio nadie creía en la estabilidad, que sólo pasó a ser implantada de hecho en 1965; mientras tanto, esta política fue adoptada sólo en las grandes empresas, abarcando, aproximadamente al 30% de los trabajadores japoneses". Agrega que esta experiencia "es muy corta, y actualmente su perspectiva es de crisis. La recesión económica iniciada hace dos años, llevó a la Organización Nacional de Empresas a sugerir que los gerentes repensaran la estabilidad vitalicia hasta la próxima negociación. Es necesario recordar también que la institución del empleo vitalicio está fuertemente ligada a la estructura salarial, que correspondió a las necesidades de las empresas de asegurar la permanencia de los trabajadores en una misma fábrica al final de los años 50, fase inicial del desarrollo del toyotismo" (Watanabe, 1993: 10-11). "Con la jubilación a los 55 años, el trabajador es transferido a un empleo menos remunerado, en empresas de menor tamaño y prestigio" (Watanabe, 1993a: 4-11 y 1993b: 3).

Y hay también, en el universo del empleo vitalicio, con todas las singularidades del modelo japonés, así como sus enormes limitaciones, otra consecuencia de las condiciones de trabajo en el archipiélago: el *karoshi*, término que designa *la muerte súbita en el trabajo*, provocada por el ritmo e intensidad que surgen de la búsqueda incesante del aumento de la productividad (Watanabe, 1993b: 3).

Si en Japón, donde se gestó y se desarrolló, este modelo tiene estos contornos básicos, su expansión a escala mundial, bajo formas menos puras y más híbridas, fue también avasalladora. Con la excepción del empleo vitalicio, de un modo u otro el modelo japonés más o menos "adaptado", más o menos (des)caracterizado, ha demostrado un enorme potencial de universalización, con consecuencias por demás negativas para el mundo del trabajo a escala ampliada, tanto en los países de Europa Occidental, como en el continente americano (norte y

sur), sin hablar ya de los "tigres asiáticos" que se expandieron tras la huella del modelo japonés.

Coriat sugiere que en un universo internacionalizado, si las "lecciones" japonesas son copiadas en todas partes, es porque corresponden a la fase actual de un capitalismo que se caracteriza por el crecimiento de la competencia, por la diferenciación y por la calidad, condiciones originales de la constitución del método *ohnista*. Como Coriat agrega que "no todo es negativo" y que no debe pensarse "en contra" del modelo japonés, su propuesta va en sentido de incorporar, *bajo una variante socialdemócrata*, "toda la democracia en las relaciones del trabajo", fundada sobre "bases renovadas y mucho más sólidas y dinámicas, pues se podrá conjugar eficacia económica con equidad" (Coriat, 1992b: 146-147). Las contradicciones y paradojas que presenta son secundarias y hasta fenoménicas, porque se insertan en la óptica de positividad, que predomina en su análisis del toyotismo. Los puntos críticos que presenta se diluyen y sobre ellos actúan los rasgos ventajosos que posee el modelo japonés. Su conclusión es transparente: "para la empresa occidental, verdaderamente el único desafío consiste en pasar del involucramiento incitado al involucramiento negociado". Así, "la práctica ya antigua de la cogestión, de tipo alemana o sueca, en más de un aspecto supo abrirse a estos nuevos acuerdos dinámicos, del tipo japonés", donde la calificación, la formación y los mercados internos están sistemáticamente construidos en base a la productividad y la calidad... Sería una paradoja última, magnífica, si la 'lección' japonesa, al transferirse a la vieja Europa, pudiese ser traducida finalmente en una... mayor democracia" (Coriat, 1992b: 156-57).

Creemos, por el contrario, que la introducción y expansión del toyotismo en la "vieja Europa" llevará a debilitar aún más lo que se consiguió preservar del *welfare state*, debido a que el

modelo japonés tiene una mejor sintonía con la lógica neoliberal, que con una concepción realmente socialdemócrata. El riesgo mayor que observamos en esta *occidentalización* del toyotismo, es que con el retroceso de los gobiernos de la socialdemocracia europea, así como su subordinación a varios puntos de la agenda neoliberal, habría más recorte en los fondos públicos, con mayor reducción en las conquistas sociales válidas para el conjunto de la población, tanto para la que trabaja, como para la que no tiene empleo. No es difícil concluir que la "ventaja japonesa" de obtener una "ganancia salarial originada en el aumento de la productividad", que beneficia a una minoría en el propio Japón³, se daría a costa de una caída en las condiciones de la población que depende de los fondos sociales. En vez de una *socialdemocratización* del toyotismo, tendríamos una *toyotización* destructora y disgregadora de la socialdemocracia.

Naturalmente, formulaciones como las de Coriat, que defienden la introducción del toyotismo en Europa, se inscriben en la búsqueda de una salida para la actual crisis del capitalismo, planeando *en su interior* una nueva forma de organización del trabajo, una nueva forma de regulación y un nuevo ordenamiento social pactado entre el capital, el trabajo y el Estado. Esta concepción se sustenta en la convivencia y en la colaboración entre las clases sociales, en relaciones de cooperación. Supone, evidentemente, la incorporación y aceptación por parte de los trabajadores, de la política de competencia y de la competitividad formulada por el capital para nutrir el "ideario" de los trabajadores. ¿Qué son el "espíritu Toyota"; la familia Toyota"; "Nissan, la fábrica de la nueva era" o el "sindicato casa" sino la expresión más clara y cristalina de este mundo del trabajo que debe vivir el sueño del capital?

La consecuencia más evidente es el distanciamiento absoluto de cualquier alternativa que vaya *más allá del capital*,

en la medida que se adopta y se postula la óptica del mercado, de la productividad de las empresas, sin tomar siquiera en cuenta con la debida seriedad elementos tan graves y primordiales como *el desempleo estructural*, que por ejemplo hoy se extiende por todo el mundo en dimensiones impresionantes y que no excluye siquiera a Japón, un país que nunca contó con excedente de fuerza de trabajo. Recordemos que este desempleo es el resultado de las transformaciones en el proceso productivo y que el modelo japonés, en el toyotismo, al causante del marco del capital globalizado y mundializado por esto, enfatizamos sin la menor duda que la *occidentalización del toyotismo* (sin los matices *singulares* de la historia, la cultura y las tradiciones del oriente japonés se constituiría en una verdadera herramienta del capital contra el trabajo.

Por lo expuesto y señalado en páginas anteriores, juzgamos pertinente afirmar que la "sustitución del fordismo por el toyotismo no debe ser entendida aunque parezca o no como una nueva modo de organización social, libre de los estigmas del sistema productor de mercancías y tampoco debe ser tomado como un avance en relación a la fase fordista y taylorista del capitalismo, lo que es menos evidente y más polémico. En este contexto, la cuestión más pertinente es aquella que cuestiona en qué medida la producción capitalista, realizada por el modelo toyotista se diferencia esencialmente, o no, de las *diversas formas* del fordismo. Queremos remarcar que el mencionado acercamiento entre *la concepción y la producción*, que constantemente se atribuyen al toyotismo, *sólo es posible porque se realiza en el universo estricto y rigurosamente concebido del sistema productor de mercancías, del proceso de creación y valorización del capital.*'

De este modo, aunque reconozcamos que el extrañamiento del trabajo que se da dentro del modelo toyotista tiene elemen-

tos singulares — otorgados por la disminución de las jerarquías, por una disminución en el despotismo fabril, por la mayor "participación" del trabajador en la concepción del proceso productivo —, es relevante advertir que estas singularidades no suprimen el *extrañamiento* de la era toyotista. La *falta de identidad entre el individuo y el género humano*, constatada por Marx en los *Manuscritos*, se encuentra presente y hasta intensificada en muchos segmentos de la clase trabajadora japonesa (y no mencionamos aquí las nefastas consecuencias de la toyotización, en franco proceso de expansión en sectores de trabajadores de diversos países). La subsunción del ideario del trabajador a aquél transmitido por el capital, *la sujeción del ser que trabaja* al "espíritu" Toyota, a la "familia" Toyota, es de mucho mayor peso y *cualitativamente* distinta a la existente en la era del fordismo. Esta estaba manejada centralmente por una lógica *despótica*, en cambio la del toyotismo, es más *consensuada*, más *envolvente*, más *participativa*, en síntesis más *manipuladora*.

Si Gramsci hizo significativas apreciaciones acerca de la concepción integral del fordismo, del "nuevo tipo humano" en consonancia con el "nuevo tipo de trabajo y de producción", entonces el toyotismo profundizó esta *concepción integral* (ver Gramsci, 1976: 382). El *extrañamiento* propio del toyotismo es aquél generado por el "involucramiento cooptado", que le posibilita al capital apropiarse del *saber* y del *hacer* del trabajo. En la lógica de integración toyotista, el trabajo debe *pensar* y *obrar* para el capital, para la productividad, bajo la apariencia de la eliminación efectiva de la brecha existente entre la *elaboración* y la *ejecución* en el proceso de trabajo. Es aparente, porque la decisión efectiva sobre lo producido, de *qué* y *cómo* producir, no pertenece a los trabajadores. El resultado del proceso de trabajo, corporizado en el producto, permanece *ajeno* y *extraño* al productor, preservando bajo todos los as-

pectos, el *fetichismo de la mercancía*. La existencia de una *actividad autodeterminada*, en todas las etapas del proceso productivo, es una imposibilidad absoluta bajo el toyotismo, porque su dirección permanece inspirada en la lógica del sistema productor de mercancías. *Por esto, pensamos que se puede afirmar que en el universo de la empresa de la era de la producción japonesa, se vive un proceso de extrañamiento del ser social que trabaja, quejend&ncmlmej^ extremo*. Es este el sentido preciso del *extrañamiento postfordista*.

Estas transformaciones, algunas en curso todavía, en mayor o menor escala, que dependen de innumerables condiciones económicas, sociales, políticas, culturales, etcétera, de los distintos países donde se manifiestan, afectan directamente al proletariado industrial tradicional, implicando metamorfosis en el *ser que vive del trabajo*. La crisis llega también intensamente como se evidencia, al universo de la conciencia, de la subjetividad del trabajo y de sus formas de representación. Los sindicatos están desconcertados, ejercitando una práctica que rara vez fue tan defensiva. Se distancian cada vez más del *sindicalismo* y de los *movimientos sociales clasistas de los años 60/70*, que propugnaban el *control social* de la producción, adhiriendo a un acrítico *sindicalismo de participación y negociación*, que en general acepta el orden del capital y del mercado. Sólo cuestionan aspectos fenoménicos de este mismo orden. Abandonan las perspectivas que implican acciones más globales, que vislumbraban la emancipación del trabajo, la lucha por el socialismo y por la liberación del género humano, aceptando una socialdemocratización acrítica, o lo que es más perverso, hacer el debate, pero dentro del universo de la agenda y del ideario neoliberal. La brutal actitud defensiva de los sindicatos frente a la onda privatista es la expresión de lo que estamos mencionando.

La caída del Este Europeo, del (neo)estalinismo y de la izquierda tradicional, que la ideología del orden llamó "el fin del socialismo", también tuvieron una fuerte repercusión en los organismos de los trabajadores, que se encontraron aún más a la defensiva. La izquierda ha sido incapaz, hasta el presente, de mostrar ante grandes sectores sociales, que el desmoronamiento del Este Europeo no significó el fin del socialismo, sino el agotamiento de una intentona (cabalmente derrotada) de construcción de una sociedad que no consiguió ir *más allá del capital* (para usar una expresión de István Mészáros) y que por esto no podía construirse como *sociedad socialista*.

Los sindicatos viven una intensa institucionalización y un creciente distanciamiento de los movimientos autónomos de clase. Se alejan de la acción del *sindicalismo clasista* y de los *movimientos sociales anticapitalistas* que buscaban el control social de la producción, acción que fue muy intensa en décadas anteriores y se subordinan a la participación dentro del orden. Traman sus movimientos dentro de los valores ofrecidos por las relaciones sociales del mercado y del capital. El mundo del trabajo no encuentra, en sus tendencias dominantes, especialmente en los organismos sindicales, disposición para luchar con un carácter anticapitalista. Las distintas formas de resistencia de clase encuentran barreras porque no existen direcciones dotadas de una conciencia que vaya *más allá del capital*.

En fin, fue una década crítica, insistimos, responsable de la más aguda crisis sufrida por el mundo del trabajo en este "siglo perdido". Siglo que comenzó con una eclosión, la revolución de 1917, que parecía capaz de iniciar el ciclo de "desmontaje" del capitalismo y que está a punto de terminar de una manera más que sombría para aquéllos que son críticos del capital.

Este contexto, sobre cuyos problemas más agudos apenas aludimos, repercute críticamente en el mundo del trabajo y más

particularmente en el universo obrero. ¿Cuáles fueron las consecuencias más evidentes y que merecen mayor reflexión? ¿La clase obrera estaría desapareciendo? (Gorz, 1982 y 1990). ¿La retracción del proletariado industrial estable, en los países avanzados, implica *inevitablemente* la pérdida de referencia de *la-clase-gue-vive-del-trabajo*? ¿La categoría *trabajo* dejó de estar dotada de un estatuto de centralidad, para el entendimiento de la actividad humana, de la *praxis* humana, en esta fase del capitalismo? (Offe, 1989; Habermas, 1987). ¿La llamada "crisis de la sociedad del trabajo" debe ser entendida como el fin de la posibilidad de la *revolución del trabajo*"? (Kurz, 1992). ¿Dejó de ser el trabajo, para recordar a Lukács, *protoforma de la actividad* de los seres sociales, o para recordar a Marx, necesidad natural y eterna para efectuar el intercambio material entre hombre y naturaleza? (Lukács, 1981; Marx, 1971: 50).

Las preguntas son agudas y las respuestas son también de enorme complejidad. El objetivo de este libro, en el próximo capítulo, es intentar señalar algunos elementos *preliminares* que están presentes en el mundo del trabajo contemporáneo y que repercuten directamente en el *movimiento* de los trabajadores, en su conciencia de clase y en su *subjetividad*.

NOTAS

1. Dentro de las experiencias de flexibilización productiva, Gorz, se refiere al funcionamiento de la Volvo de Uddevalla, en Suecia: "Los obreros de esta fábrica están organizados en equipos de 10 personas, mujeres y hombres y cada equipo asegura por completo las operaciones de montaje y terminación de un vehículo. Cada uno conoce varios oficios y las diferentes tareas son asumidas por turnos, lo mismo sucede con la función del jefe de equipo. Los componentes del equipo pueden organizarse entre sí, para tomar, por turnos, descansos suplementarios y el plan de terminar normalmente, doce vehículos por semana, puede cumplirse de manera muy flexible: el volumen de la producción puede variar según los días, e incluso según las semanas, pero siempre hay que mantener la media semanal de doce automóviles... La oficina de Uddevalla es una fábrica de montaje y terminación. Los obreros pueden sentirse responsables por la calidad del montaje, pero ni la calidad de los elementos y de los grupos, ni la concepción del vehículo, ni la decisión de producir automóviles depende de ellos. Por consiguiente, el producto final de su trabajo sigue siendo ajeno, como también se presenta ajeno a los trabajadores que controlan la producción robotizada de motores, cajas de cambio, soportes, etc. Aún cuando accedan a un alto grado de autonomía, de soberanía sobre el trabajo, permanecen alienados porque no poseen la posibilidad de controlar, de establecer y de autodeterminar los objetivos de sus actividades. Siguen al servicio de objetivos que no pueden elegir y de los cuales, en la mayoría de los casos, ni siquiera tienen conocimiento" (Gorz, 1990b: 29). Sobre la experiencia sueca también se puede ver C. Berggren, (1989: 171-203).
1. No es así como lo entiende Coriat, que ve en la relación del sindicato con la empresa "un juego de contrapartidas sutiles y esenciales". "Se trata de un conjunto de contrapartidas, implícitas o explícitas, dadas a los sindicatos y a los trabajadores de las grandes empresas a cambio de su involucramiento en la producción." El *sindicalismo cooperativo* "se mostró históricamente capaz de garantizar mejoras continuas y sustanciales en las condiciones de vida de los asalariados" (Coriat, 1991b: 37-38 y 71). Gounet hace una aguda crítica a las tesis de Coriat (y también de Lipietz), como se puede ver en su largo ensayo "Penser á L'enver... Le capitalisme", *Etudes Marxistes n. 14*, mayo 1992, Bélgica. El ensayo tiene un dossier dedicado al toyotismo. Frank Annunziato hace una alusión a la particularidad japonesa, en la que se refiere a la relación capital-trabajo, él dice: "El capitalista japonés, como encarnación del señor feudal, que garantiza la estabilidad del trabajo, obteniendo a cambio, de parte de los trabajadores, encarnación del siervo feudal, lealtad y obediencia" (Annunziato, 1989: 133). Si ésta es una fuerte tendencia de una parte de la clase trabajadora japonesa, recordemos que hay resistencia en otros segmentos de los trabajadores

- y del sindicalismo. "Hasta hace un tiempo los sindicatos trabajaban en la misma perspectiva que las empresas. Como no fueron consultados por la transferencia de las fábricas al exterior, los sindicatos comienzan a oponerse, por lo menos verbalmente, a la política empresarial, pues entienden que ésta pone en juego el derecho a la estabilidad" (Watanabe, 1993: 13).
3. Véase el testimonio de Watanabe: "Aún teniendo los salarios (calculados en dólares) más altos del mundo en el sector automovilístico, los trabajadores japoneses no consiguen comprar una casa decente sin un préstamo. Son las empresas, después de un cierto período de servicio (entre 10 y 15 años), las que ofrecen préstamos con intereses por debajo del mercado, lo que atrae aún más al trabajador a la empresa" (Watanabe, 1993a: 11). Las condiciones del conjunto de la clase obrera japonesa son retratadas por Robert Kurz: "Japón, en todo caso, se distingue de las condiciones occidentales, porque nunca llegó a superar efectivamente en sus estructuras internas, las condiciones del Tercer Mundo. La pobreza de los ancianos es, en parte, de una brutalidad desconocida en Europa, los salarios y el nivel de vida de las masas trabajadoras ocupadas en las industrias proveedoras de las empresas multinacionales, son muchas veces indignas de seres humanos. La infraestructura se encuentra al nivel europeo de los años 50; departamentos sin baño, con una letrina en el patio, son la regla más que la excepción..." (Kurz, 1992: 148).
 4. Sobre el extrañamiento, ver nuestra discusión en "Trabajo y extrañamiento" en este volumen.
 5. Ver en este volumen, nuestro texto: "El predominio de la lógica del capital".

CAPÍTULO n

Las metamorfosis en el mundo del trabajo

En el universo del trabajo del capitalismo contemporáneo, se observa un proceso múltiple: por un lado se verificó una *desproletarización del trabajo industrial, fabril*, en los países capitalistas avanzados, con mayor o menor repercusión en las áreas industrializadas del Tercer Mundo. En otras palabras, hubo una disminución de la clase obrera industrial tradicional. Pero, paralelamente, se efectuó una notoria expansión del trabajo asalariado, a partir de la enorme ampliación de asalariados en el sector de servicios; se verificó una significativa heterogenización del trabajo, expresada también a través de la creciente incorporación de contingentes femeninos al mundo obrero; se percibe, igualmente, una *subproletarización* intensificada, presente en la expansión de trabajo-parcial, temporario, precario, subcontratado, "tercerizado", que marca la *sociedad dual* en el capitalismo avanzado, del cual, los *gastarbeiters* en Alemania y el *lavoro ñero* en Italia son ejemplos del enorme contingente de trabajo inmigrante, que se dirige al llamado Primer Mundo, en busca de lo que aún queda del *welfare state*. Así se invirtió

el flujo migratorio de décadas anteriores, que iba del centro a la periferia.

El resultado más brutal de estas transformaciones es la expansión sin precedentes en la era moderna del *desempleo estructural*, que abarca a todo el mundo, a escala global. Se puede decir de manera sintética, que hay *un proceso contradictorio* que, por un lado reduce al proletariado industrial y fabril; y por el otro aumenta el subproletariado, el trabajo *precario*, o los asalariados del sector de servicios. Incorpora al sector femenino y excluye a los más jóvenes y a los más viejos. Por lo tanto, hay un proceso de mayor *heterogenización, fragmentación y complejización* de la clase trabajadora.

Intentaremos dar en las próximas páginas, algunos ejemplos de este múltiple y contradictorio proceso, todavía en curso. Daremos algunos datos con el objetivo de ilustrar estas tendencias.

Comencemos con la cuestión de la desproletarización del trabajo fabril, industrial. En Francia, en 1962, el contingente obrero era de 7,488 millones. En 1975, ese número llegó a 8,118 millones y en 1989 se redujo a 7,121 millones. Mientras que en 1962 representaba el 39% de la población activa, en 1989 representaba el 29,6% (datos extraídos de *Economie et Statistiques*, LINSEE, en Bihl, 1990; ver también Bihl, 1991: 87-108).

Frank Annunziato, refiriéndose a las oscilaciones en la fuerza de trabajo en los EE.UU., transcribe los siguientes datos (en miles):

Los datos evidencian, por un lado, la retracción de los trabajadores en la industria manufacturera, así como también en la minería y entre los trabajadores agrícolas y, por otro lado, el crecimiento explosivo del sector de servicios, que según el autor incluye tanto a las "industrias de servicios", como al pequeño y gran comercio, a las finanzas, seguros, al sector de bienes inmuebles, a la hotelería, los restaurantes, los servicios

<i>Industria</i>	1980	1986	<i>Variación (%)</i>
Agricultura	3.426	2.917	- 14,8
Minería	1.027	724	-29,5
Construcción	4.346	4.906	+ 12,8
Manufactura	20.286	18.994	- 6,3
Transportes y Serv. Pub.	5.146	5.719	+ 11,1
Grandes Comercios	5.275	5.735	+ 8,7
Pequeños Comercios	15.035	17.845	+ 18,6
Finanzas, Seguro e Inmob.	5.159	6.297	+ 22,0
Gubernamentales	16.241	16.711	+ 2,8
Servicios	11.390	22.531	+ 97,8

Fuente: Statistical Abstract of the United States, 1988, publicada por el Departamento de Comercio de los EE.UU., en Annunziato, 1989: 107.

personales, de negocios, de esparcimiento, de salud, los servicios legales y generales (Annunziato, 1989: 107).

La disminución del proletariado industrial también se llevó a cabo en Italia, donde un poco más de un millón de puestos de trabajo fueron eliminados, llevando la ocupación de los trabajadores industriales de un 40%, en 1980, a un poco más del 30% en 1990, sobre el porcentaje total de trabajadores (Stuppini, 1991: 50).

Otro autor, en un ensayo más prospectivo y menos interesado en demostraciones empíricas, trata de marcar algunas de las tendencias en curso ocasionadas por la revolución tecnológica: recuerda que las proyecciones del empresariado japonés apuntan como objetivo a "eliminar completamente el trabajo manual de la industria japonesa hacia el final del siglo. Aunque hay en esta meta cierto matiz de jactancia, las intenciones deben ser tenidas en cuenta" (Schaff, 1990: 28).

Sobre Canadá, transcribe las informaciones del *Science Council of Canadá Report* (n. 33, 1982): "prevé una moderada tasa del 25% de trabajadores que perderán su puesto de trabajo

hasta el final del siglo, como consecuencia de la automatización". En referencia a las previsiones norteamericanas, alerta sobre el hecho de que "serán eliminados 35 millones de empleos hasta el fin de siglo, a causa de la automatización" (Schaff, 1990: 28).

Se puede decir que en los principales países industrializados de Europa occidental, los trabajadores efectivos ocupados en la industria representaban el 40% de la población activa a comienzo de los años 40. Hoy la proporción está alrededor del 30%. Se calcula que bajará a un 20% o 25% a comienzos del siglo XXI (Gorz, 1990a y 1990b).

Estos datos y tendencias ponen de manifiesto una nítida reducción del proletariado fabril, industrial, manual, especialmente en los países del capitalismo avanzado, sea como consecuencia del cuadro recesivo, o por la automatización, la robótica y la microelectrónica, generando una monumental tasa de desempleo estructural.

Pero, paralelamente, hay otra tendencia extremadamente significativa, marcada por la *subproletarización* del trabajo, bajo las formas de trabajo precario, parcial, temporario, subcontratado, "tercerizado", vinculados a la "economía informal", entre tantas modalidades existentes. Como dice Alain Bihr (1991: 89), estas diversas categorías de trabajadores tienen en común la precariedad del empleo y de la remuneración; la desregulación de las condiciones de trabajo, en relación con las normas legales vigentes o acordadas, y la consabida regresión de los derechos sociales, así como la ausencia de protección y libertad sindicales, configurando una tendencia a la individualización extrema de la relación salarial.

A título de ejemplo: en Francia hubo una reducción de 501 mil empleos de tiempo completo, entre 1982 y 1988; y en el mismo período hubo un aumento de 111 mil empleos de *tiempo parcial* (Bihr, 1990). En otro estudio, el mismo autor agrega que esa forma de trabajo "atípica" no deja de desarrollar-

se desde la crisis: entre 1982 y 1986, el número de asalariados de tiempo parcial aumentó un 21,35% (Bihr, 1991: 88-89). En 1988, dice otra autora, el 23,2% de los asalariados de la Comunidad Económica Europea eran empleados de tiempo parcial o en trabajos temporarios (Stuppini, 1991: 51). Este relato sigue en la misma dirección: "La actual tendencia de los mercados de trabajo es reducir el número de trabajadores fijos, para emplear cada vez más una fuerza de trabajo que entra fácilmente y es despedida sin costos... En Inglaterra, los "trabajadores flexibles" aumentaron un 16%, alcanzando 8,1 millones entre 1981 y 1985, mientras que los empleos permanentes cayeron un 6%, bajando a 15,6 millones... Más o menos en el mismo período, cerca de un tercio de los 10 millones de nuevos empleos creados en Estados Unidos estaban en la categoría de "temporarios" (Harvey, 1992: 144).

André Gorz agrega que aproximadamente entre un 35% y un 50% de la población trabajadora británica, francesa, alemana y norteamericana se encuentra desempleada o desarrollando trabajos precarios, parciales, etcétera, que Gorz denominó "proletariado posindustrial", exponiendo así la dimensión real de aquello que algunos llaman *la sociedad dual* (Gorz, 1990: 42 y 1990a).

O sea, mientras varios países de capitalismo avanza vieron decrecer los empleos de tiempo completo, paralelamente asistieron a un aumento de las formas de subproletarización, a través de la expansión de los trabajadores parciales, precarios, temporarios, subcontratados, etcétera. Según Helena Hirata, el 20% de las mujeres en Japón, en 1980, trabajaban en tiempo parcial, en condiciones precarias. "Si las estadísticas oficiales contaban 2,560 millones de asalariadas en tiempo parcial en 1980, tres años después la revista *Economista*, de Tokio, estimaba en 5 millones al conjunto de las asalariadas trabajando en tiempo parcial" (Hirata, 1986: 9).

De este incremento de la fuerza de trabajo, un contingente sustancial está compuesto por mujeres, lo que caracteriza

otro rasgo distintivo de las transformaciones en curso en el interior de la clase trabajadora. Esta ya no es exclusivamente masculina, pero vive con un gran contingente de mujeres, no sólo en sectores como el textil, donde siempre hubo un gran número de trabajadoras, sino también en nuevas ramas, como la industria de la microelectrónica, para no hablar del sector de servicios. Este cambio en la estructura productiva y en el mercado de trabajo, posibilitó también la incorporación y el aumento de la explotación de la fuerza de trabajo de las mujeres en ocupaciones de tiempo parcial, en trabajos domésticos, subordinados al capital (véase el ejemplo de Benetton), de tal modo que en Italia, aproximadamente 1 millón de los puestos de trabajo creados en los años 80, mayoritariamente en el sector servicios, pero con repercusiones también en las fábricas, fueron ocupados por mujeres (Stuppini, 1991: 50). Del volumen de empleos de tiempo parcial generados en Francia entre 1982 y 1986, más del 80% fueron ocupados por la fuerza de trabajo femenina (Bihl, 1991: 89). Esto permite afirmar que el trabajo femenino ha aumentado en todos los países, a pesar de las diferencias nacionales. La presencia femenina representa más del 40% del total de la fuerza de trabajo en muchos países del capitalismo avanzado. (Harvey, 1992: 146 y Freeman, 1986: 5).

La presencia femenina en el mundo del trabajo nos permite agregar que, si la conciencia de clase es una articulación compleja, comprendiendo identidades y heterogeneidades, entre singularidades que viven una situación particular en el proceso productivo y en la vida social, en la esfera de la *materia- lidad* y de la *subjetividad*, tanto la contradicción *entre individuo y su clase*, como aquélla que deviene de la relación entre *la clase y género*, se tornaron más agudas en la era contemporánea. *La clase-que-vive-del-trabajo* es tanto masculina como femenina. También por esto es más heterogénea, diversa y compleja. De modo que una crítica del capital, en cuanto relación social, debe

necesariamente aprehender la dimensión de la explotación presente en las relaciones capital-trabajo, pero también debe ver la dimensión de opresión presente en la relación hombre/mujer, de modo que la lucha por la constitución de un *género para sí mismo* posibilita también la emancipación del género mujer'.

Además de la desproletarización del trabajo industrial, de la incorporación del trabajo femenino, la subproletarización del trabajo, a través del trabajo parcial, temporario, aparece otra variante de este múltiple cuadro, un intenso proceso de asalariamiento de los sectores medios, que ocurre a partir de la expansión del sector de servicios. Vimos que, en el caso de Estados Unidos, la expansión del sector de servicios (en el sentido amplio en que lo define el Departamento de Comercio de ese país), fue de un 97,8% en el período de 1980/86, representando el 60% de todos los empleos (no incluido el sector gubernamental) (Annunziato, 1989: 107).

En Italia, contemporáneamente "crece la ocupación en el sector terciario y en el de servicios, que hoy pasa el 60% del total de empleos" (Stuppini, 1991: 50). Se sabe que esta tendencia abarca a todos los países centrales.

Lo anterior permite indicar que "en las investigaciones sobre la estructura y las tendencias de desarrollo de las sociedades occidentales altamente industrializadas, encontramos cada vez más frecuentemente, la caracterización de 'sociedades de servicios'. Esto se refiere al crecimiento absoluto y relativo del 'sector terciario', y el 'sector servicios'" (Offe, Berger, 1991: 11). Debe afirmarse, sin embargo, que la constatación del crecimiento de este sector no nos debe llevar a la aceptación de la tesis de las *sociedades posindustriales, poscapitalistas*, una vez que se mantiene "por lo menos indirectamente, el carácter improductivo, en el sentido de la producción global capitalista, de la mayoría de los servicios. Pues no se trata de sectores con acumulación de capital autónomos; al con-

trario, el sector de servicios permanece dependiente de la acumulación industrial propiamente dicha, y así, de la capacidad de las industrias correspondientes de realizar plusvalía en los mercados mundiales. Solamente cuando esta capacidad se mantiene para toda la economía de conjunto, los servicios industriales y no industriales (relativos a las personas) pueden sobrevivir y expandirse" (Kurz, 1992: 109).

Finalmente, existe todavía otra consecuencia muy importante al interior de la clase trabajadora, que comprende una doble dirección: paralelamente a la reducción *cuantitativa* del proletariado industrial tradicional, se da una alteración *cualitativa* en la *forma del ser del trabajo*, que por un lado impulsa hacia una mayor *calificación* del trabajo, y por el otro impulsa a una mayor *descalificación*. Comencemos por la primera. La reducción de la dimensión *variable* del capital, resultante del crecimiento de su dimensión *constante*, o en otras palabras, la sustitución del *trabajo vivo* por el *trabajo muerto*, ofrece como tendencia en las unidades productivas más avanzadas, la posibilidad de que el trabajador se aproxime a lo que Marx (1972: 228) llamó "supervisor y regulador del proceso de producción". Sin embargo, la plena realización de esa tendencia está imposibilitada por la propia lógica del capital. Es esclarecedora esta larga cita de Marx donde aparece la referencia que hicimos anteriormente:

"El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado (...) es el último desarrollo de la *relación de valor* y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuánto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuánto de trabajo empleados que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez — su *powerful*

effectiveness — no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción (...). La riqueza efectiva se manifiesta más bien — y esto lo revela la gran industria— en la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una pura abstracción, y el poderío del proceso de producción vigilado por aquél. El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. El trabajador ya no introduce el objeto natural modificado, como eslabón intermedio, entre la cosa y sí mismo, sino que inserta el proceso natural, al que transforma en industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, a la que domina. Se presenta al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal. En esta transformación, lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social. *El robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual*, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata, ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio (deja de ser la medida) del valor de uso. El *plustrabajo de la masa* ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el *no-trabajo de unos pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio... Desarrollo libre de las individualidades, y por ende, no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo, sino, en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la

formación artística, científica etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos" (ídem: 227-9).

Se evidencia, sin embargo, que esa abstracción era imposible en la sociedad capitalista. Como el propio Marx aclara, en la secuencia del texto:

"El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del trabajo excedente; pone, por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición — *question de vie et le mort* — del necesario. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales — unas y otros aspectos diversos del desarrollo del individuo social — se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir, fundándose en su mezquina base. *In fact*, empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires" (ídem: 229).

Por lo tanto, la tendencia señalada por Marx — *cuya realización plena supone la ruptura de la relación de la lógica del capital* — demuestra que en tanto perdure el modo de producción capitalista, no se puede concretar la eliminación del trabajo como fuente creador de valor, pero, si en cambio, una transformación en el interior del proceso del trabajo, que

resulta del avance científico y tecnológico y que se configura por el peso creciente de la dimensión más calificada del trabajo, por la *intelectualización del trabajo social*. La cita que sigue es esclarecedora:

"(...) con el desarrollo de la *subsunción real del trabajo al capital* o del *modo de producción específicamente capitalista*, no es el obrero individual sino una vez más una *capacidad de trabajo socialmente combinada* lo que se convierte en el *agente real* del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos — éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director (*manager*), ingeniero (*engineer*), técnico, etc., el otro como capataz (*overlooker*), el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón —, tenemos que más y más *funciones de la capacidad de trabajo* se incluyen en el concepto inmediato de *trabajo productivo*, y sus agentes en el concepto de *trabajadores productivos*, directamente explotados por el capital y *subordinados* en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera el *trabajador colectivo* en el que el taller consiste, su *actividad combinada* se realiza materialmente (*materialiter*) y de manera directa en un *producto total* que, al mismo tiempo, es una *masa total de mercancías*, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo" (Marx, Siglo XXI editores, 1990: 78-79).

El caso de la fábrica automatizada Fujitsu Fanuc (Japón), un ejemplo de avance tecnológico, es muy esclarecedor. Más de cuatrocientos robots fabrican otros robots, durante las 24 horas. Los obreros, casi cuatrocientos, trabajan durante el día. Con métodos tradicionales serían necesarios cerca de 4 mil obreros para obtener la misma producción. Se promedia ocho

robots al mes que se descomponen. La tarea central de los obreros consiste en prevenir y reparar los robots dañados, lo que origina un volumen de trabajo discontinuo e imprevisible. Hay 1.700 personas más empleadas en trabajos de investigación, administración y comercialización de la empresa (Gorz, 1990b: 28). Aunque sea un ejemplo de un país y de una fábrica, *singulares*, nos permite constatar que, ni aun en este ejemplo de alta robotización, hubo eliminación del trabajo y sí un proceso de *intelectualización* de una parte de la clase trabajadora. Pero en este ejemplo *atípico*, el trabajador ya no transforma los objetos materiales directamente, sino que supervisa el proceso productivo con máquinas computarizadas, programadas y repara los robots en caso de necesidad (*ídem*).

Suponer la generalización de esta tendencia bajo el capitalismo contemporáneo, que incluye a la enorme masa de trabajadores del tercer mundo, sería un gran despropósito y tendría como consecuencia la inevitable destrucción de la economía de mercado, por la incapacidad de integración del proceso de acumulación del capital. No siendo ni consumidores, ni asalariados, los robots no podrían participar del mercado. La simple sobrevivencia de la economía capitalista estaría comprometida en su existencia (ver Mandel, 1986: 16-17).

También refiriéndose a la tendencia a una mayor calificación o intelectualización del trabajo otro autor desarrolla la tesis de que la imagen del trabajador manual no describiría en nuevo trabajo obrero en las industrias. Este se convirtió, en varias ramas más calificadas, lo que se constata en la figura del obrero vigilante, de técnico de mantenimiento, de programador, de control de calidad, de técnico de un sector de investigación, de ingeniero encargado de la coordinación técnica y de la gestión de la producción. Las antiguas fragmentaciones estarían siendo cuestionadas por la necesaria cooperación entre los trabajadores (Lojkin, 1990: 30-31).

Hay, entonces, mutaciones en el universo de la clase trabajadora, que varían de rama en rama, de sector en sector, etcétera. Se descalificó en varias ramas, se disminuyó en otras, como en la minería, la metalúrgica y la construcción naval, prácticamente desapareció en sectores que fueron íntegramente informatizados, como los gráficos, y se recalificó en otros, como en la siderurgia, donde se observa la "formación de un segmento particular de 'obreros técnicos' de alta responsabilidad, portadores de características profesionales y antecedentes culturales claramente distintos del restante personal obrero. Estos se encuentran, por ejemplo, en los puestos de coordinación, en las cabinas de operación a nivel de los altos hornos, acerías, vaciado continuo etc. El mismo fenómeno se encuentra en la industria automovilística, con la creación de los 'coordinadores técnicos', encargados de asegurar las reparaciones y el mantenimiento de las instalaciones, altamente automatizadas, asistidos por profesionales de niveles inferiores y de diferentes especialidades" (*ídem*: 32).

Paralelamente a esta tendencia se da otra, que apunta hacia") la *descalificación* de muchos sectores obreros, afectados por una diversa gama de transformaciones que llevaron, por una parte, a la *desespecialización* del obrero industrial oriundo del fordismo, y, por otra, a la masa de trabajadores que oscila entre los temporarios (que no tienen ninguna garantía de empleo), los parciales (integrados precariamente a las empresas)³, los subcontratados, tercerizados (hay, no obstante, tercerización en sectores ultracalificados), los trabajadores de la "economía informal". Esta franja abarca al 50% de la población trabajadora en los países avanzados, cuando no se incluyen aquí a los desempleados, que algunos llaman *proletariado posindustrial* y que nosotros preferimos llamar *subproletariado moderno*. ~*

En lo que se refiere a la *desespecialización* de los trabajadores profesionales, como consecuencia de la creación de los "trabajadores multifuncionales" inventados por el toyotismo,

es relevante recordar que ese proceso también significó un ataque al saber profesional de los obreros calificados, buscando disminuir su poder sobre la producción y aumentar la intensidad del trabajo. Los trabajadores calificados enfrentaron este movimiento de *desespecialización* como un ataque a sus profesiones y calificación, como así también, a su poder de negociación, que le devenía precisamente de su calificación, realizando hasta huelgas contra esta tendencia (Coriat, 1992b: 41)¹. Ya nos referimos anteriormente al carácter limitado de la *polivalencia*, introducida por el modelo japonés.

La segmentación de la clase trabajadora se intensificó de tal modo, que es posible señalar que en el *centro* del proceso productivo se encuentra un grupo de trabajadores, en proceso de retracción a escala mundial, pero que permanece a tiempo completo dentro de la fábrica, con mayor seguridad en el trabajo y más integrados en la empresa. Con algunas ventajas que resultan de ésta "mayor integración", este segmento es más adaptable, flexible y de mayor movilidad geográfica. "Los costos potenciales de las licencias temporarias de los empleados del grupo central, en tiempos de dificultades, pueden llevar a la empresa a subcontratar, inclusive para funciones de alto nivel (que van desde los proyectos hasta la propaganda y la administración financiera), manteniendo un relativamente pequeño grupo de gerentes del grupo central" (Harvey, 1992: 144).

La *periferia* de la fuerza de trabajo comprende dos subgrupos diferenciados: el primero lo forman "empleados de jornada completa con habilidades fácilmente disponibles en el mercado de trabajo, como el personal del sector financiero, secretarías, personal de áreas de trabajo rutinario y de trabajo manual menos especializado". Este subgrupo se caracteriza por una alta rotación en el trabajo. El segundo grupo situado en la *periferia* "ofrece una flexibilidad numérica todavía mayor e incluye empleados de jornada parcial, empleados ocasionales, personal

con contrato por tiempo determinado, temporarios, subcontratados y pasantes con subsidio público. Éstos tienen menos seguridad en el empleo que el grupo periférico anterior". Este sector ha crecido significativamente en los últimos años (según la clasificación del *Institute of Personnel Management*, in Harvey, 1992, 144).

Queda claro, entonces, que al mismo tiempo que se [^]visualiza una tendencia a la *calificación* del trabajo, se desarrolla también, *intensamente*, un nítido proceso de *descalificación* de los trabajadores, lo que acaba por configurar un proceso contradictorio que *sobrequalifica* en varias ramas productivas y tiende a *descalificar* en otras[^].

Estos elementos nos llevan a la reflexión de que no hay una tendencia única y generalizada en el mundo del trabajo. Hay un proceso contradictorio y multiforme. Se complejizó, se fragmentó y se hizo aún más heterogénea la *clase-que-vive-del-trabajo*. Se puede observar, que por un lado se da un proceso de intelectualización del trabajo manual, y por otro, radicalmente inverso, de *descalificación* del trabajo intelectual y hasta de subproletarización intensificada, presentes en el trabajo precario, informal, parcial etc. Si es posible decir que la primera tendencia — *la intelectualización del trabajo manual* — es, como tesis, más coherente y compatible con el enorme avance tecnológico, la segunda — *la descalificación* —, se encuentra también en plena sintonía con el modo de producción capitalista, en su *lógica destructiva*, y con su *tasa de uso decreciente* de bienes y servicios (Mészáros, 1989: 17). Vimos también, que hubo una importante incorporación del trabajo femenino al mundo productivo, además de una expresiva expansión de la clase trabajadora a través del asalariamiento del sector servicios. Todo esto nos permite concluir que ni el proletariado desaparecerá tan rápidamente y, *lo que es fundamental*, no es posible proyectar, ni siquiera en un futuro lejano, ninguna posibilidad de eliminación de la *clase-que-vive-del-trabajo*.

NOTAS

1. "En un mundo desalienado, no dominado por la tendencia a la apropiación, los individuos dejarán de constituirse como seres particulares. La personalidad individual, hasta el momento una excepción, se convertirá en típica de la sociedad. Las normas morales no serán impuestas desde afuera a una persona cerrada en su particularismo. Los individuos serán capaces de (...) humanizar sus impulsos en vez de reprimirlos... serán capaces de humanizar sus emociones... Al hacer nuestra opción frente a los conflictos sociales, optamos simultáneamente por un futuro determinado de las relaciones entre los sexos. Elejimos relaciones entre individuos libres e iguales, relaciones que, en todos los aspectos de la vida humana, se realicen desprovistas de cualquier tendencia a la apropiación y que se caractericen por su riqueza, su profundidad y sinceridad" (Heller, "El futuro de las relaciones entre los sexos"; texto de 1969, publicado también en 1982: 65-66. Ver también Hirata, 1968: 12).
2. Ver Bihl, 1991: 88-9.
3. Con el desarrollo de la automatización "se reproduce un movimiento (...) de descalificación de ciertas tareas 'supercalificadas', nacidas en el momento anterior de la descalificación y sobrecalificación del trabajo. Se trata principalmente de los trabajos de mantenimiento y de la fabricación de máquinas herramientas" (Freyssenet, 1989: 78)
4. Véase la conclusión de Michel Freyssenet: "No hay un movimiento generalizado hacia la descalificación, como tampoco lo hay hacia la calificación, pero sí hay un movimiento contradictorio *de descalificación del trabajo en unas, y de sobrecalificación del trabajo en otras*, esto es, una polarización de las calificaciones requeridas por una forma particular de división del trabajo, que se caracteriza por una modificación del reparto social de la 'inteligencia' de la producción. Una parte de esa 'inteligencia' es incorporada a las máquinas y otra parte es distribuida entre un gran número de trabajadores, gracias a la actividad de un número limitado de personas entregados a la tarea (imposible) de pensar previamente la totalidad del proceso de trabajo..." (Freyssenet, 1989: 75).

CAPÍTULO III

Dimensiones de la crisis contemporánea del sindicalismo: su impase y desafíos

Quisiéramos discutir en este capítulo las repercusiones que estos cambios tuvieron en el movimiento obrero. Comenzaremos por apuntar las siguientes interrogantes: ¿cuáles fueron las consecuencias de los innumerables y significativos cambios en el mundo del trabajo, en el universo de la subjetividad, de la conciencia del *ser social que trabaja*? Más concretamente, ¿qué resultados tuvieron estas transformaciones en las *acciones de clase* de los trabajadores, en sus órganos de representación y mediación como en el caso de los sindicatos que presentan una evidente situación crítica? ¿Cuáles son los síntomas, dimensiones y significados más agudos de la *crisis actual de los sindicatos*? ¿Demuestran la suficiente vitalidad como para superar las acciones marcadamente defensivas, y recuperar el significado característico de la acción sindical?

Iniciamos esta discusión sobre la crisis *contemporánea de los sindicatos*, respondiendo a las siguientes cuestiones: 1) ¿Cuáles son los matices y dimensiones esenciales de esta crisis?

2) ¿Por qué se puede afirmar que *hay una crisis del sindicalismo!* 3) ¿Cuáles son los principales desafíos del movimiento sindical en esta situación?

En la primera parte de este libro analizamos detalladamente las metamorfosis en curso en el mundo del trabajo. Vimos que éstas afectaron a *la forma de ser de la clase trabajadora*, que se vuelve más heterogénea y más compleja. Estas transformaciones afectaron también a los organismos sindicales a escala mundial. Como expresión más evidente de esta crisis se puede mencionar una nítida *tendencia a la disminución de las tasas de sindicalización, especialmente en la década del 80*.

Presentamos a continuación las tasas de sindicalización, en orden creciente, de algunos países:

*Tasa de sindicalización: 1988**

Francia	12,0%
España	16,0%
Estados Unidos	16,8%
Turquía	18,8%
Grecia	25,0%
Países Bajos	25,0%
Suiza	26,0%
Japón	26,8%
Portugal **	30,0%
Alemania	33,8%
Canadá	34,6%
Italia	39,6%
Reino Unido	41,5%
Australia	42,0%
Austria	45,7%
Luxemburgo	49,7%
Nueva Zelanda	50,5%
Irlanda	52,4%

Bélgica	53,0%
Noruega	55,1%
Finlandia	71,0%
Dinamarca	73,2%
Holanda	78,3%
Suecia	85,3%

* Con las excepciones de Holanda, 1989; Irlanda, 1987; Luxemburgo, 1989-Nueva Zelanda, 1990; España, 1985; Suiza, 1987; Turquía, 1987.

** Las tasas de Portugal y Grecia son estimativas.⁷

En otro estudio sobre el fenómeno de la desindustrialización elaborado también por J. Visser, hay datos detallados que corroboran las tendencias a la desindustrialización: dice el autor que entre 1980 y 1990, en la mayoría de los países capitalista occidentales industrializados, la tasa de sindicalización, esto es, la relación entre el número de sindicalizados y la población asalariada, viene decreciendo. En Europa Occidental, excluida España, Portugal y Grecia, se redujo de 41% en 1980 a 34% en 1989. Si se incorporan los tres países citados arriba, las tasas serían aún menores. Recordemos, para hacer comparación, que en Japón la tasa bajó del 30% al 25% en el mismo período y en Estados Unidos se redujo del 23% al 16% (Visser, 1993: 18-19). En España, Francia, Países Bajos y en menor medida, en Italia, Irlanda, Grecia y Portugal, hubo una fuerte caída de las tasas de sindicalización, así como una caída absoluta del número de miembros (tal es el caso de España, Francia y Gran Bretaña). Hubo un ligero retroceso, principalmente a mitad de la década, en Bélgica, Luxemburgo, Alemania Occidental, Austria y Dinamarca. En Finlandia, Noruega y Suecia el sindicalismo vio aumentar el número de sus afiliados durante los años 80, pero algunos cambios empezaron a verse a partir de 1988 (ídem: 19). El autor afirma que un decrecimiento co...

esta intensidad no tiene igual en ningún momento de la historia sindical de la posguerra (ídem: *ibid.*)-

Esta tendencia a la desindicalización no se debe confundir con una uniformidad del sindicalismo: en Suecia, por ejemplo, más del 80% de los asalariados están sindicalizados. Junto con Bélgica y Austria integra el campo de los países con mayores índices de sindicalización. Italia, Gran Bretaña y Alemania forman un grupo de países intermedios, mientras que Francia, España y Estados Unidos están en la retaguardia, seguidos por Japón, Países Bajos y Suiza (ídem: 24)³.

Otro de los elementos decisivos en el desarrollo y expansión de la crisis sindical, es la separación existente entre los trabajadores "estables" y aquéllos resultantes del trabajo precarios (en general). Con el aumento de este abismo social en el interior de la propia clase trabajadora, se reduce fuertemente el poder sindical, históricamente vinculado a los trabajadores "estables" y, hasta ahora, incapaz de aglutinar a los trabajadores parciales, temporarios, precarios, de la economía informal, etcétera. Así empieza a ser desmoronado el sindicalismo *vertical*, herencia del fordismo, vinculado a la categoría profesional, más corporativo. Este se vio imposibilitado de actuar como un *sindicalismo más horizontalizado*, dotado de un mayor espacio y que privilegie las esferas intercategorías, interprofesiones, por cierto, un tipo de sindicalismo más capacitado para aglutinar al *conjunto* de los trabajadores, desde los estables hasta los precarios, vinculados a la economía informal, etcétera. (Bihr, 1991: 106).

La fragmentación, heterogeneización y complejización de *la clase-que-vive-del-trabajo*, cuestiona de raíz al sindicalismo tradicional y dificulta, también, la organización sindical de otros segmentos que integran la clase trabajadora. Como dice Visser, el sindicalismo encontró dificultades para incorporar a las mujeres, a los empleados de oficina, a los que trabajan en

sectores de servicios mercantiles, a los empleados de las pequeñas empresas y a los trabajadores de tiempo parcial. Respecto de las mujeres, exceptuando a algunos países como Suecia, Dinamarca y Finlandia, se observaron menores tasas de sindicalización. También los trabajadores no manuales, más intelectualizados, siguen estando a la retaguardia de los trabajadores manuales, a pesar de que las diferencias entre ellos se han atenuado, especialmente en los países escandinavos. Los asalariados de la industria aún se afilian a los sindicatos con más frecuencia que los del comercio, o los del sector hotelero o servicios financieros privados (Visser, 1992: 21-22). Los trabajadores de las pequeñas empresas, los "parciales", los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes, etcétera, componen un cuadro variado que dificulta el aumento de las tasas de sindicalización. Las mujeres, por ejemplo, participan con más intensidad del mercado laboral, como trabajadoras de tiempo parcial, temporario, etcétera. Esto, tal vez ayude a entender las reducidas tasas de sindicalización en el sector femenino. Respecto a las reducidas tasas de sindicalización de los trabajadores más jóvenes, Visser dice que es difícil afirmar si su actitud hacia la sindicalización refleja un fenómeno temporal o es el preanuncio de una nueva tendencia entre los trabajadores (ídem: 23).

Simultáneamente a este proceso que tiende hacia la desindicalización, se vienen presenciando importantes avances en la organización sindical de los asalariados medios. En Inglaterra, donde los sindicatos han recurrido hasta la fusión para resistir al avance neoliberal, hubo, recientemente, un ejemplo significativo de unión orgánica entre varios sindicatos del sector público, que crearon la entidad sindical más fuerte del país (llamada Unisón). Tiene cerca de un millón cuatrocientos mil afiliados (*El País*: 24/01/93, 5). Se sabe que entre 1979 y 1985 el número de afiliados al Trade Union Congress (TUC), central sindical inglesa, confirmando la tendencia ya

mencionada, declinó de 12,2 millones a 9,5 millones, una baja del 22%. En este contexto el avance del sindicalismo de los asalariados medios es significativo: "Considerando sólo el sector privado, a mediados de la década del 80, los no-manuales representaban en Austria el 2% de todos los sindicalizados; en Dinamarca el 24%; en Alemania el 18%; en Holanda el 16%; en Noruega, el 17%; en Suecia el 23% y en Suiza el 25%.

En Alemania, actualmente, de cada tres sindicalizados, uno es de "clase media"; en tanto que en Noruega y en Holanda se estima que la mitad de los trabajadores sindicalizados no ejercen una profesión manual. En Francia, donde la crisis del sindicalismo es especialmente fuerte, la proporción de no-manuales (sectores privado y público) entre los sindicalizados es superior al 50%. En Noruega es de un 48%, en Gran Bretaña es del 40%; del 36% en Suecia; del 35% en Austria, del 32% en Dinamarca y del 20% en Italia (Rodrigues, 1993b: 3). Esta expansión del sindicalismo entre los empleados de los sectores público y privado, no compensa, como advierte Leoncio Martins Rodrigues, en la mayoría de los países, la declinación de la tasa general de desindicalización (ídem: *ibid.*).

Otra tendencia de estas transformaciones en el ámbito sindical fue un incremento de la tendencia *neocorporativa*, que trata de preservar los intereses del proletariado estable, vinculado a los sindicatos, en perjuicio de los segmentos comprendidos por el trabajo precario, tercerizado, parcial, etcétera, a los que denominamos *subproletariado*. No se trata de un corporativismo estatal, más próximo a países como Brasil, México, Argentina, sino de un corporativismo de asociación, atado casi exclusivamente al universo de las "categorías", cada vez más *excluyeme* y *parcializado*, que se agrava frente al proceso de fragmentación de la clase trabajadora, en lugar de buscar nuevas formas de organización sindical, que articulen a los distintos y amplios sectores que hoy componen la clase

trabajadora. Alain Bihl alerta-*contra* este riesgo creciente de ampliación de esta forma corporativa de sindicalismo.

Las acciones prácticas y las huelgas también se vieron afectadas por los cambios. Su eficacia se redujo a causa de la fragmentación y heterogeneización de los trabajadores. A lo largo de la década del 80, se puede constatar una disminución de los movimientos huelguísticos en los países capitalistas avanzados. Por cierto, esto proviene de las dificultades para aglutinar, en una misma empresa, a los obreros estables con los tercerizados, que trabajan a destajo, o con los trabajadores inmigrantes, sectores estos que no cuentan con ninguna representación sindical. Todo esto dificulta aún más las posibilidades de desarrollo y consolidación de una *conciencia de clase de los trabajadores*, fundada en un sentimiento de pertenencia de clase, aumentando consecuentemente los riesgos de aparición de elementos xenófobos, corporativistas, racistas, paternalistas, en el interior del mundo del trabajo (ver Bihl, 1991: 107-108)

Este cuadro complejo, de múltiples tendencias y direcciones, afectó fuertemente al movimiento sindical, originando la crisis más profunda de toda su historia, si tomamos especialmente la década del 80, en los países avanzados. Posteriormente, la globalización y mundialización expandieron al Tercer Mundo, a principio de los 90, esta crisis; especialmente en los países dotados de una industrialización significativa como, Brasil, México, entre otros.

La crisis del sindicalismo, se enfrenta con un contexto que tiene, en síntesis, las siguientes tendencias:

- 1) Una creciente individualización de las relaciones del trabajo, dislocando el eje de las relaciones entre el capital y el trabajo, de la esfera nacional hacia las distintas ramas de la actividad económica, y de éstas hacia el universo *micro*, el lugar de trabajo, la empresa, y dentro de ella, se vive una relación

cada vez más *individualizada*. Esta tendencia se constituye en un elemento esencialmente nefasto del sindicalismo de empresa, del "sindicato-casa", que se originó en Toyota, para expandirse luego mundialmente.

- 2) Una fuerte tendencia a desregular y flexibilizar hasta el extremo el mercado de trabajo, afectando duramente conquistas históricas del movimiento sindical, que ha sido hasta hoy, incapaz de evitar esta tendencia.
- 3) El agotamiento de los modelos sindicales vigentes en los países avanzados, que optaron, en la última década, en gran medida por un sindicalismo de participación. Hoy se pueden contabilizar perjuicios de magnitud abrumadora; el más evidente es el desempleo estructural, que amenaza con desintegrar a los propios sindicatos. Lo que (re)obliga al movimiento sindical, en escala global, a luchar, nuevamente, bajo formas más osadas, más radicalizadas (como varias huelgas de los '90 lo han mostrado), por la conservación de algunos derechos sociales y por la *reducción de la jornada de trabajo*, como camino posible, en lo inmediato, para resolver el tema del desempleo estructural. Cuando nos referimos al agotamiento de los modelos sindicales vigentes en los países avanzados, estamos pensando en sus variantes más conocidas, sintetizadas por Freyssenet (1993: 12-14):
 - a) El modelo anglosajón (acompañado con similitudes por el modelo norteamericano) que se caracteriza por una acción gubernamental de inspiración neoliberal y ultraconservadora, por una patronal hostil, que plantea el debilitamiento y hasta la eliminación de los sindicatos. Los derechos son permanentemente reducidos y la negociación es cada vez más fragmentada.
 - b) El modelo alemán, considerado dual, porque está basado a la vez en contratos colectivos de trabajo de acuerdo a las diferentes ramas profesionales y en la conquista de

derechos, limitados pero reales, en la gestión de las empresas. Este modelo, según Freyssenet, supone la presencia tripartita: Estado, patronal y sindicatos, que a pesar de las diferencias y enfrentamientos, están de acuerdo en mantener las reglas del juego estables.

- c) El modelo japonés, basado en el sindicalismo de empresa, *participacionista*, que adhiere a la cultura y al proyecto de las empresas, obteniendo a cambio ciertas garantías de estabilidad en cuanto a empleos y salarios, así como la consulta en los problemas relacionados con la organización del trabajo'.

Si es verdad, el modelo alemán es entre los mencionados el menos desfavorable para los trabajadores de los países centrales, teniendo por esto una atracción mayor que los otros, es claro también, que para el capital las opciones de preferencias varían entre el modelo inglés y el modelo japonés (ídem: 13-14). Sin embargo, pensamos que con la crisis del *welfare state* y el desmontaje de las conquistas sociales de la fase socialdemócrata, es fácil percibir un impasse en esta variante sindical. La vía *participacionista* que vincula y subordina la acción sindical a los condicionantes impuestos por las clases dominantes — en la medida que se atienden sólo a las reivindicaciones más inmediatas y dentro del universo pactado con el capital — han obtenido resultados muy débiles y hasta negativos, cuando se piensa en el conjunto de la *clase-que-vive-del-trabajo*.

Por esta razón es que comienzan a ganar mayor significación movimientos sindicales alternativos, que cuestionan la acción eminentemente defensiva, practicada por el sindicalismo tradicional, que limita su acción dentro del Orden. A título de ejemplo, se puede citar a los *Cobas (Comitati di Base)*, que despuntaron desde mediados de 1980 en Italia, vinculados a sectores de la educación pública, a los controladores aéreos, los ferroviarios y algunos núcleos del proletariado industrial.

Estos grupos cuestionaron fuertemente los acuerdos realizados por las centrales tradicionales, especialmente la CGIL, de tendencia ex comunista, que pautaron su acción en una política sindical moderada⁵.

- 4) Una creciente tendencia a la *burocratización* e *institucionalización* de las entidades sindicales, que se distancian de los *movimientos sociales autónomos*, optando por una alternativa de actuación cada vez más integrada a la *institucionalidad*, ganando así "legitimidad" y *status* de moderados al distanciarse cada vez más de las acciones anticapitalistas, y perder la consecuente radicalización social. Se constituyen y consolidan como *organismos defensivos* y por eso se mostraron incapaces para desarrollar y desencadenar una acción *más allá del capital* (Mészáros, 1993: 20-1 y 1987: 114 ss.)⁶.
- 5) Junto al culto al individualismo exacerbado y a la resignación social, el capital, a través de métodos ideológicos y manipulatorios, más que represivos — la represión se reserva para los momentos estrictamente necesarios —, amplía enormemente su acción para aislar y restringir los movimientos de izquierda, especialmente a aquéllos que ensayan prácticas de dimensiones anticapitalistas. Hoy es moneda corriente, en cualquier parte de esta sociedad productora de mercancías, el clima de *adversidad* y *hostilidad* hacia la izquierda, contra el sindicalismo combativo y los movimientos sociales de inspiración socialista.

Estas son tendencias en curso. Pero queremos concluir esta parte del libro, marcando las dimensiones de la actual crisis del sindicalismo, fijando los desafíos que enfrenta *el conjunto del movimiento sindical* a escala global, en el fin de siglo XX, y que podemos resumir en estos términos:

- 1) ¿Serán capaces los sindicatos de romper con la barrera social que separa a los trabajadores "estables", más "integra-

dos" al proceso productivo y que están en retroceso numérico, de los trabajadores de tiempo parcial, "tercerizados", precarios, subempleados, de la economía informal etc., que están en expansión en el actual proceso productivo? ¿Serán capaces de *organizar sindicalmente a los desorganizados* y así revertir las tasas de sindicalización descendente en las principales sociedades capitalistas?

- 2) ¿Serán capaces de romper con el *nuevo corporativismo*, que defiende exclusivamente sus respectivas categorías profesionales, abandonando los contenidos clasistas? Se trata de un *corporativismo de asociación, excluyente, que se parcializa*, que *preserva* y *hasta intensifica* el carácter fragmentario y heterogéneo de la clase trabajadora. ¿Serán capaces de repudiar enfáticamente las expresiones de sus sectores más atrasados, que a veces se aproximan a movimientos xenófobos, ultranacionalistas y racistas, que realizan acciones contra inmigrantes del Segundo y del Tercer Mundos? O, por el contrario, ¿serán capaces de tejer acciones solidarias y clasistas, capaces de aglutinar a estos contingentes de trabajadores, excluidos de toda representación?
- 3) ¿Serán capaces de revertir la tendencia, desarrollada a partir del toyotismo, hoy extendida mundialmente, que consiste en reducir el sindicato al ámbito exclusivamente fabril, al llamado *sindicalismo de empresa, o sindicalismo de involucramiento*, más vulnerable y subordinado a la lógica del capital? Como dijimos anteriormente, el espacio de actuación de las relaciones profesionales se transfirió primero del ámbito nacional a las ramas específicas y luego de éstas a las empresas y lugares de trabajo. De esta forma, esta reubicación del poder y de las iniciativas fue beneficiosa para las empresas y perjudicial para los sindicatos y los órganos públicos como lo reconoce el Informe Anual de la OCDE (op. cit., 1992). ¿Serán capaces los sindicatos de

frenar esta tendencia del capital, de *reducir el sindicalismo al universo de la empresa, microcósmico, que individualiza y personaliza la relación capital-trabajo!* ¿Conseguirán reorganizar comisiones de fábrica, comités de empresas, organizaciones autónomas en los lugares de trabajo, capaces de obstruir la tendencia a la cooptación de los trabajadores?

- 4) ¿Serán capaces de estructurar un sindicalismo horizontalizado, mejor preparado para incorporar al conjunto de la *clase-que-vive-del-trabajo*, superando de ese modo al sindicalismo verticalizado que predominó en la era del fordismo y que hasta hoy no pudo aglutinar a los nuevos contingentes de asalariados, como tampoco a los *desempleados!*
- 5) ¿Serán capaces de romper con la tendencia creciente hacia una excesiva *institucionalización y burocratización* que ha marcado fuertemente al sindicalismo a escala global, que los distancia de sus bases sociales y aumenta todavía más la brecha entre las instituciones sindicales y los movimientos sociales autónomos?
- 6) ¿Serán capaces los sindicatos, respetando sus especificidades, de avanzar más allá de una acción marcadamente *defensiva*, buscando un proyecto más ambicioso, dirigido hacia la emancipación de los trabajadores? ¿Rescatará acciones que procuren el *control social de la producción*, en vez de perderse *exclusivamente* en acciones inmediatas y fenoménicas, que no cuestionan ni siquiera mínimamente al sistema productor de mercancías y al orden del capital?

A estos interrogantes se pueden agregar aquellas cuestiones que son específicas del movimiento sindical de los países industrializados e intermedios de América Latina, como Brasil, México, Argentina, Venezuela, Chile; así como de los países asiáticos, de industrialización reciente, como Corea, Hong Kong, Taiwan, Singapur, entre otros; ¿serán capaces de frenar la generalización de la *crisis sindical*, que sufren, en

mayor o menor medida? El sindicalismo más combativo existente en varios de estos países: ¿será capaz de participar en la elaboración de un *modelo económico alternativo*, con claros rasgos anticapitalistas y al mismo tiempo fundamentado en el avance tecnológico con bases reales, nacionales, verdaderas y no regido por la lógica del sistema productor de mercancías, destructivo y excluyente responsable de las explosivas tasas de desempleo estructural a escala global?

Estos son, como se puede ver, algunos de los desafíos fundamentales, que por cierto definirán el futuro de los sindicatos en este fin de siglo.

De este modo, exponiendo los desafíos primordiales del movimiento sindical, es que intentamos trazar el cuadro analítico de *la crisis de los sindicatos* a escala mundial. Los caminos que transiten los sindicatos serán los que determinarán su desaparición o fortalecimiento, como organismos representativos de los trabajadores, en un tiempo que todavía podemos vislumbrar. Pero, si estas acciones serán capaces de *obstaculizar* estas tendencias al debilitamiento y desgaste creciente de los organismos sindicales, ésta ya es una pregunta para la cual las posibles respuestas no están aún definidas.

NOTAS

1. Más allá de esas cuestiones, podríamos agregar aquéllas que remiten a los países subordinados: frente a los cambios en el proceso de trabajo en varios países avanzados, ¿qué repercusiones y consecuencias se perciben en países como Brasil?, ¿qué mediaciones analíticas son imprescindibles cuando se piensa en la realidad del mundo del trabajo en los países del capitalismo avanzado y su paralelo e incremento en países como Brasil?, ¿la particularidad de nuestra clase trabajadora apunta hacia caminos confluyentes, o distintos de aquéllos que se están siguiendo en el mundo del trabajo en los países centrales?, ¿seguiremos en el flujo o en el reflujo de las tendencias de los países avanzados? Estas cuestiones, que remiten al caso brasileño, intentamos responderlas, en alguna medida, en el ensayo, "Mundo del Trabajo y Sindicatos en la Era de la Reestructuración Productiva: Impasse y Desafíos del Nuevo Sindicalismo brasileño", presente en este volumen y en el libro *O novo sindicalismo* (Sao Paulo, Scritta, 1991).
2. Fuente: *Évolution du Taux de Syndicalization*, in *Rapport Annuel*, OCDE, 1992, cap. 4, elaborado por Jelle Visser y revisado por el Secretario de la OCDE.
3. El artículo "Syndicalisme et désyndicalización", de Jelle Visser, in *Le Mouvement Social* n. 162, jan./mar. 1993, Francia, Éditions Ouvrières, volumen con el título *Syndicats D'Europe* (organizado por Jacques Freyssinet), trae un análisis detallado de la crisis sindical en los países avanzados, tematizando varios aspectos, como los cambios en el interior del movimiento sindical, la expansión de la fuerza de trabajo femenina, la emergencia de nuevos sectores como el de servicios, las especificidades nacionales que dificultan las generalizaciones, la pérdida del poder de los sindicatos, su dilema entre actuar como movimientos sociales o como organismos institucionalizados, además de explorar varias hipótesis acerca de las causas de la desindicalización. Es importante recordar que para Visser (1993: 27-28), *las tasas de sindicalización son un punto de partida útil en el estudio del sindicalismo, pero no pueden ser tomadas como elementos indispensables, cuando se trata de aprehender el significado real de la actuación sindical, signado por muchas diferencias entre realidades aparentemente próximas*. Sobre la crisis de los sindicatos se puede consultar también el *dossier* realizado por el diario *El País*, del 24/1/93, pp. 1-8, que trae una buena radiografía de la crisis sindical europea. Ver igualmente, R. Freeman, *¿Pueden sobrevivir los sindicatos en la era pos-industrial?*, op. cit., particularmente lo relacionado con las tendencias en curso en el sindicalismo norteamericano, y de J. Kelly, *Labour and the Unions*, Verso, (Londres, Nueva York, 1987), sobre las tendencias del sindicalismo inglés. Ver, asimismo, los artículos de Leoncio M. Rodrigues 1993a, *A crise do sindicalismo no Primeiro Mundo*, *Folha de S. Paulo*, 22/3/93, p. 3 y 1993b, *A sindicalizacao da classe media*, *Folha de S. Paulo*, 24/5/93, p. 3.
4. Conforme Jacques Freyssinet, en *Syndicalismes en Europe*, op. cit., 1993. En este mismo volumen, Jelle Visser, discutiendo sobre los posibles caminos del sindicalismo, a partir de la unificación europea, ofrece la siguiente conceptualización: el "modelo sociocorporativista alemán, el liberal-voluntarista inglés y el paternalista-estatal francés" (Visser, 1993: 24).
5. Informaciones detalladas y un análisis crítico sobre los Cobas se pueden encontrar en L. Bordogna, *Arcipelago Cobas: Fundamentazione della rappresentanza e conflitti di lavoro*, en *Politica in Italia*, Bologna, Ed. Mulino, 1988, pp. 257-92.
6. Joao Bernardo llevó hasta el límite esta crítica, mostrando, no sin una buena dosis de razón, que los sindicatos también se convirtieron en grandes empresas capitalistas, actuando como tales bajo una lógica que en nada difiere de las empresas privadas. Conforme J. Bernardo, *Capital, Sindicatos, Gestores*, Sao Paulo, Ed. Vértice, 1987.

CAPÍTULO IV

¿Cuál crisis de la sociedad del trabajo?

Lo que tratamos anteriormente nos permite exponer algunas "tesis", de modo que sirvan como conclusiones acerca de los temas que desarrollamos en este libro'.

Primera Tesis

Al contrario de aquellos autores que defienden la pérdida de la centralidad de la categoría *trabajo* en la sociedad contemporánea, las tendencias en curso, ya sea en dirección a una mayor intelectualización del trabajo fabril o al incremento del trabajo calificado, o bien en dirección a la descalificación o a la subproletarización, no permiten concluir la pérdida de esta centralidad en el universo de una *sociedad productora de mercancías*. Aun presenciando una reducción cuantitativa en el mundo productivo (con repercusiones cualitativas), el *trabajo abstracto* cumple un papel decisivo en la creación de valores de cambio. Las mercancías generadas en el mundo del capital son producto de la actividad (manual y/o intelectual) que resulta del trabajo humano en interacción con los medios de producción. La "disminución del factor subjetivo en el proceso

de trabajo con relación a los factores objetivos" o "el aumento creciente del capital constante con relación al variable" reduce relativamente, pero no elimina, el papel del *trabajo colectivo* en la producción de valores de cambio (Marx, 1975: 723-724). Los productos fabricados por la Toyota, Benetton o Volvo, por ejemplo, no son otra cosa que *mercancías* que resultan de la interacción entre el *trabajo vivo* y el *trabajo muerto*, capital variable y capital constante. Hasta en un proceso productivo, tecnológicamente avanzado, (donde se pudiese verificar el predominio de actividades más intelectualizadas, más calificadas) aun así la creación de valores de cambio sería el resultado de esta *articulación* entre los trabajos *vivo* y *muerto*. Parece difícil pensar otra cosa cuando se considera el sistema productor de mercancías a escala global. La reducción del tiempo físico de trabajo en el proceso productivo, así como la reducción del trabajo manual directo y la ampliación del trabajo más intelectualizado *no anulan la ley del valor*, cuando se considera la *totalidad del trabajo*, la *capacidad de trabajo socialmente combinada*, al *trabajador colectivo* como expresión de múltiples *actividades combinadas*.

Cuando se piensa la crisis de la sociedad del trabajo, nos parece decisivo recuperar la distinción hecha por el marxismo entre trabajo *concreto* y *abstracto*: "Todo trabajo es, por una parte, consumo de fuerza humana de trabajo, en el sentido fisiológico, y en esa calidad de trabajo humano igual o abstracto, crea el valor de las mercancías. Todo trabajo es, por otra parte, consumo de fuerza humana de trabajo, bajo una forma especial y dirigida a un fin y como tal, como trabajo concreto y útil, produce valores de uso. (Marx, 1971: 13-4). De un lado se tiene el carácter útil del trabajo, relación de intercambio entre los hombres y la naturaleza, condición para la producción de *cosas socialmente útiles y necesarias*. Es el momento en que se efectiviza el trabajo concreto, el trabajo en su dimensión

cualitativa. Dejando de lado el carácter útil del trabajo, su dimensión concreta, le resta apenas ser consumo de fuerza humana productiva, física o intelectual, socialmente determinada. Aquí aflora su dimensión *abstracta*, donde "se desvanecen... las diferentes formas de trabajo concreto" y donde "ellas ya no se distinguen unas de otras, se reducen, todas, a una sola especie de trabajo, el trabajo humano abstracto" (ídem, 1971: 45).

Se sabe que en el universo de las relaciones sociales productoras de mercancías, cuya finalidad básica es la creación de valores de cambio, el valor de uso de las cosas es minimizado, reducido y subsumido a su valor de cambio. Se mantiene solamente en tanto condición *necesaria*, para la integración en el proceso de valorización del capital, del sistema productor de mercancías². De lo que resulta que la dimensión *concreta* del trabajo está también totalmente subordinada a su dimensión *abstracta*. Entonces, cuando se habla de la crisis de la sociedad del trabajo, es absolutamente necesario clarificar de qué dimensión se está hablando: si es de una crisis de la sociedad del trabajo *abstracto* (como sugiere Robert Kurz, 1992) o si se trata de la crisis del trabajo también en su dimensión *concreta*, en cuanto elemento estructurante del intercambio social entre los hombres y la naturaleza (como sugieren Offe, 1989; Gorz, 1982 y 1990 y Habermas, 1987, entre tantos otros).

En el primer caso, en la crisis de la sociedad del trabajo *abstracto*, hay una diferenciación que nos parece crucial y que en general ha sido olvidada. *La cuestión esencial es: ¿la sociedad contemporánea está o no predominantemente regida por la lógica del capital, por el sistema productor de mercancías?* Si la respuesta es afirmativa, la crisis del trabajo *abstracto* sólo podrá ser entendida, en términos marxistas, como una *reducción* del trabajo vivo y una ampliación del trabajo muerto. En este punto estamos de acuerdo con Kurz cuando dice: "La *sociedad del trabajo* como concepto ontológico sería una

tautología, pues, en el transcurso de la historia, hasta hoy, la vida social, cualesquiera sean sus formas modificadas, apenas podría ser una vida sin la inclusión del trabajo. Solamente las ideas ingenuas del paraíso y los cuentos del país de las maravillas podrían fantasear sobre una sociedad sin trabajo" (Kurz, 1992: 26).

En esta vertiente, sin embargo, es posible constatar por lo menos dos maneras bastante distintas en la comprensión de la llamada crisis de la *sociedad del trabajo abstracto*: aquélla que sostiene que el ser que trabaja no desempeña más el papel estructurante en la creación de valores de cambio, en la creación de mercancías — con la cual ya manifestamos nuestro desacuerdo — y aquélla que critica a la sociedad del trabajo abstracto por el hecho de que éste asume la forma de trabajo *extrañado*, *fetichizado* y, por lo tanto, *desrealizador* y *deseffectivizador* de la actividad humana autónoma. En este segundo sentido, que aprehende la esencia del capitalismo, se reconoce el papel central de la clase trabajadora en la creación de valores de cambio — naturalmente incorporando toda la discusión que hicimos en la primera parte de este libro — pero se lo reconoce enfatizando que esta *forma de ser* del trabajo, bajo el reino de las mercancías es, como Marx demostró en los *Manuscritos de 1844*, esencialmente nefasta para el ser social que busca la *omnilateralidad* y que bajo la forma de trabajo *extrañado* vive en la *unilateralidad*. En esta concepción rechazamos agudamente el *culto al trabajo asalariado*, tan fuertemente idealizado por las innumerables vertientes del marxismo en el siglo XX. Más *fetichizadas* que en épocas anteriores, las relaciones sociales contemporáneas, reafirman e intensifican la lógica destructiva del sistema productor de mercancías y de la consecuente vigencia del trabajo *extrañado*.

En la otra variante crítica que niega el carácter capitalista de la sociedad contemporánea, muchos de sus formuladores

sostienen el rechazo al rol central del trabajo, tanto en su dimensión *abstracta*, creadora de valores de cambio — pues éstos no serían hoy decisivos — como en la negación del rol que el trabajo *concreto* tiene en la estructuración de un mundo emancipado y de una vida plena de sentido. Ya sea por su calificación como sociedad de servicios, posindustrial y poscapitalista, o por la vigencia de una lógica institucional tripartita, experimentada por la acción pactada entre el capital, los trabajadores y el Estado, esta sociedad contemporánea, menos mercantil y más contractualista, ya no estaría regida centralmente por la lógica del capital, sino por la búsqueda de alteridad de los sujetos sociales, por la vigencia de las relaciones fundadas en la ciudadanía, por la expansión creciente de "zonas de no-mercancías", o aun por la disputa de los fondos públicos'.

Habermas hace la síntesis más coherente de esta tesis: "La utopía de la sociedad del trabajo perdió su fuerza persuasiva... Pero sobre todo, la utopía perdió su punto de referencia en la realidad: la fuerza estructuradora y socializadora del trabajo abstracto. Claus Offe compiló convincentes 'datos sobre la fuerza objetivamente decreciente de factores como trabajo, producción y ganancia en la determinación de la constitución y el desarrollo de la sociedad en general'". Y después de referirse favorablemente a la obra de Gorz, agrega: "Corazón de la utopía, la emancipación del trabajo heterónimo se presentó, empero, bajo otra forma en el proyecto socioestatal. Las condiciones de la vida emancipada y digna del hombre ya no deben resultar directamente de una transformación en las condiciones de trabajo, o sea, de una transformación del trabajo heterónimo en autoactividad" (Habermas, 1987: 106-7). Sin embargo, cuando Habermas se refiere a la dimensión abstracta del trabajo, se evidencia, en esta corriente interpretativa, que el trabajo ya no tiene más la potencialidad estructurante ni en el universo de la sociedad contemporánea, como trabajo *abstracto*, ni como

fundamento de una "utopía de la sociedad del trabajo", es decir, de trabajo *concreto*, ya que "los acentos utópicos se vuelcan del concepto de trabajo hacia el concepto de comunicación" (ídem: 114)'.

Creemos que sin la debida incorporación de esta distinción entre trabajo *concreto* y *abstracto*, cuando se dice *Adiós al trabajo*, se comete una gran equivocación analítica, pues se considera de manera *única* un fenómeno que tiene doble dimensión. Lo que nos recuerda A. Heller es interesante, cuando afirma que el trabajo tiene que ser aprehendido en su doble aspecto: como ejecución de un trabajo que *es parte de la vida cotidiana* y como *actividad* de trabajo, como una objetivación directamente genérica. Marx, dice la autora, se sirve de dos términos distintos para caracterizar mejor esta doble dimensión del trabajo: *work* y *labour*. El primero (*work*) se realiza como expresión del trabajo *concreto*, que crea valores socialmente útiles. El segundo (*labour*) expresa la ejecución cotidiana del trabajo, convirtiéndose en sinónimo de trabajo alienado (Heller, 1977: 119-127). El trabajo entendido como *work* expresa entonces una actividad genérico-social que trasciende la vida cotidiana. Es la dimensión dirigida hacia los valores de uso. Es el momento de prevalencia del trabajo *concreto*. En contrapartida, el *labour* expresa la realización de la actividad cotidiana, que bajo el capitalismo asume la forma de actividad *extrañada*, *fetichizada*. El olvido de esta doble dimensión presente en el trabajo lleva, equivocadamente, a que la crisis de la sociedad del trabajo *abstracto* sea entendida como crisis de la sociedad del trabajo *concreto*.

La superación de la sociedad del trabajo abstracto, en los términos que aquí estamos sugiriendo, requiere como condición el reconocimiento del papel central del trabajo asalariado, de la *clase-que-vive-del-trabajo* como sujeto *potencialmente* capaz, objetiva y subjetivamente, de *marchar más allá del capi-*

tañ. Por lo tanto, se trata de una crisis de la sociedad del trabajo abstracto cuya superación tiene en la clase trabajadora, a pesar de fragmentada, heterogeneizada y complejizada, su polo central. Y hay, como ya indicamos, otra secuela equivocada al olvidar la doble dimensión del acto laboral: aquella que rechaza el papel del trabajo como *protoforma* de la actividad humana emancipada. Se niega el papel del trabajo *concreto* como el *primer momento* de efectivización de una individualidad omnilateral, condición sin la cual no se realiza la dimensión del género para sí.

Aquí surge otra cuestión importante: la superación de la sociedad del trabajo abstracto (para valemos una vez más de esta expresión) y su tránsito a una sociedad emancipada, fundada en el trabajo concreto, supone la reducción de la jornada de trabajo y la ampliación del tiempo libre y *al mismo tiempo plantea una transformación radical del trabajo extrañado en un trabajo social que sea fuente y base para la emancipación humana, para una conciencia omnilateral*. En otras palabras, el rechazo radical del trabajo abstracto no debe llevar a rechazar la posibilidad de concebir el trabajo concreto como dimensión primaria, originaria, punto de partida para la realización de las necesidades humanas y sociales. El rechazo a esta tesis es lo que lleva a tantos autores, con Gorz al frente, a imaginar un trabajo *siempre heterónimo*, quedando sólo la lucha por el tiempo libre. Sería la realización, utópica y romántica, *del trabajo que envilece y del tiempo (fuera del trabajo) que libera*. Esta concepción termina olvidando la dimensión totalizante y abarcadora del capital, que engloba desde la esfera de la producción hasta el consumo, desde el plano de la materialidad, al mundo de las ideas'.

Entendemos que la acción efectivamente capaz de hacer posible el salto *para ir más allá del capital* será aquella que incorpore las reivindicaciones presentes en la cotidianeidad del

mundo del trabajo, como la reducción *radical* de la jornada de trabajo y la búsqueda del "tiempo libre" bajo el capitalismo, *si esta acción está indisolublemente articulada con el fin de la sociedad del trabajo abstracto y su conversión en una sociedad creadora de cosas verdaderamente útiles*. Este sería el punto de partida para una *organización social que transite desde la realización del reino de las necesidades (esfera donde el trabajo se inserta) hacia el reino de la libertad (esfera donde el trabajo deja de ser determinado, como dice Marx, por la necesidad y por la utilidad exteriormente impuesta)*, condición para un proyecto fundado en la asociación libre de los individuos, transformados efectivamente en sociales, momento de identidad entre el individuo y el género humano.

Es por esto que cuando el movimiento de la clase obrera se restringe y se ata *exclusivamente* a la lucha por la reducción de la jornada de trabajo, se encuadra en una acción extremadamente defensiva e insuficiente. Limitada a sí misma, esta acción se sitúa en el interior de la sociedad productora de mercancías. Es imprescindible articular estas acciones más inmediatas en un proyecto global y alternativo de organización social, fundamentado en una lógica donde la producción de valores de cambio *nó* encuentre *ninguna* posibilidad de constituirse en el elemento estructurante.

La salida posible es, por lo tanto, la "adopción generalizada y la utilización creativa del *tiempo disponible* como el principio orientador de la reproducción social... Desde el punto de vista del trabajo, es perfectamente posible prever que el tiempo disponible es una condición que ocupa algunas funciones positivas vitales en la vida/actividad de los productores asociados (finalidades de las que sólo ellos pueden ocuparse), una vez que la unidad perdida entre necesidad y producción es reconstituida a un nivel cualitativo superior al que ya haya existido en la relación histórica entre el 'caracol y su concha'" (el

trabajador y los medios de producción) (Mészáros, 1989: 38-39). El *tiempo disponible*, desde el punto de vista del trabajo al servicio de la producción de cosas socialmente útiles y necesarias, propiciará la eliminación de todo *trabajo excedente* acumulado por el capital y dirigido hacia la producción destructiva de valores de cambio. De este modo, el *tiempo disponible* controlado por el trabajo y aplicado a la producción de valores de uso — y teniendo como consecuencia la recuperación de la dimensión *concreta* del trabajo y la disolución de su dimensión *abstracta* — podrá instaurar una lógica social radicalmente diferente de la que rige a la sociedad productora de mercancías. Y será capaz, una vez más, de mostrar el papel fundante del trabajo *creativo* — que suprime la distinción entre trabajo manual/trabajo intelectual, que fundamenta la división social del trabajo bajo el capital — y por esto es capaz de constituirse en *protoforma* de una actividad humana emancipada.

Segunda tesis

En cuanto creador de *valores de uso*, de cosas útiles, forma de intercambio entre el ser social y la naturaleza, no parece posible concebir, en el universo de la sociedad humana, la extinción del trabajo social. Sí es posible vislumbrar la eliminación de la sociedad del trabajo *abstracto* — acción ésta naturalmente articulada con el fin de la sociedad productora de mercancías —, es algo ontológicamente distinto a suponer o concebir el fin del *trabajo* como actividad útil, como actividad vital, como elemento fundante, *protoforma* de la actividad humana. En otras palabras: una cosa es concebir, con la *eliminación del capitalismo*, también el fin del *trabajo abstracto*, del trabajo *extrañado*; otra muy distinta es concebir la eliminación, en el universo de la sociedad humana, del *trabajo concreto*, que crea cosas socialmente útiles, y que al hacerlo, (auto)transforma a su propio creador. Una vez que se conciba el trabajo

desprovisto de esa doble dimensión, se lo identifica como sinónimo de trabajo *abstracto, trabajo extrañado y fetichizado**. La consecuencia derivada de esto es, entonces, en la mejor de la hipótesis, imaginar una sociedad de *tiempo libre*, con algún sentido, pero que conviva con las formas existentes de trabajo *extrañado y fetichizado*.

Esta *segunda tesis* — una consecuencia de la anterior — se deriva del olvido del doble carácter del trabajo, presente en muchos críticos de la llamada sociedad del trabajo. Esto es así, porque "el trabajo, como creador de valores de uso, como trabajo útil e indispensable para la existencia del hombre — cualesquiera sean las formas de la sociedad — es una necesidad natural y eterna para realizar el intercambio material entre el hombre y la naturaleza, y por lo tanto, para mantener la vida humana" (Marx, 1971: 50)'. En esta dimensión genérica, el trabajo tiene un significado esencial en el universo de la sociedad humana. No es otro el sentido que le da Lukács (1981: 14): "Solamente el trabajo tiene en su esencia ontológica un declarado carácter intermediario: es esencialmente una interrelación entre el hombre (sociedad) y la naturaleza, sea inorgánica (...) u orgánica, interrelación que (...) ante todo distingue la transición, en el hombre que trabaja, del ser meramente biológico a su conversión en ser social".

El trabajo es por esto, considerado como "modelo", "fenómeno originario", *protoforma* del ser social (ídem: 14). El simple hecho de que en el trabajo se realiza una posición teleológica, lo configura como una experiencia elemental de la vida cotidiana, tornándose de ese modo en un componente inseparable de los seres sociales. Lo que permite a Lukács afirmar que *la génesis del ser social, su separación frente a su propia base originaria y también su llegar a ser, están fundados en el trabajo, esto es, en la continua realización de posiciones teleológicas* (ídem: 19 y 24).

En este plano genérico, entendido en tanto *work*, como creador de cosas útiles, como autoactividad humana, el trabajo tiene un estatuto ontológico central en la *praxis social*: "Con justa razón se puede designar al hombre que trabaja... como un ser que da respuestas. En efecto, es innegable que toda actividad productiva surge como una solución de respuesta a las carencias que la provocan (...). El hombre se torna un ser que da respuestas precisamente a medida que (...) él generaliza, transformando en preguntas sus propias carencias y sus posibilidades de satisfacerlas y cuando en su respuesta a las necesidades que la provoca, funda y enriquece la propia actividad con tales mediaciones, frecuentemente bastantes articuladas. De modo que no sólo la respuesta, también la pregunta es un producto inmediato de la conciencia que guía la actividad; más aún, esto no anula el hecho de que el acto de responder es el elemento ontológicamente primario en ese complejo dinámico. Tan sólo la carencia material, en cuanto motor del proceso de reproducción individual o social, pone efectivamente en movimiento el complejo del trabajo... Sólo cuando el trabajo sea efectiva y completamente dominado por la humanidad, y por tanto, sólo cuando aquélla tenga en sí misma la posibilidad de ser "no sólo medio de vida", sino "la primera necesidad de la vida", sólo cuando la humanidad haya superado cualquier carácter coercitivo en su propia autoproducción, sólo entonces se habrá abierto el camino social de la actividad humana como fin autónomo" (Lukács, 1978: 5 y 16).

Aquí aparece, una vez más, la mayor fragilidad de los críticos de la sociedad del trabajo: la desvaloración de la dimensión esencial del trabajo concreto como fundamento (en la medida que se inserta en la esfera de las necesidades), capaz de posibilitar la base material, sobre la cual las demás esferas de la actividad humana pueden desarrollarse. En realidad, esa concepción se apoya en el reconocimiento y en la aceptación

de que el *trabajo regido por la lógica del capital* y de las mercancías, es inevitable y hasta inextinguible, de lo que resulta que el trabajo humano no puede convertirse en una verdadera autoactividad.

Es importante reafirmar que el trabajo, entendido como *protoforma* de la actividad humana, no podrá ser confundido jamás como *un momento único o totalizante*; al contrario, lo que aquí pretendemos establecer es que la esfera del trabajo concreto es *punto de partida* bajo el cual se podrá instaurar una nueva sociedad. El momento de omnilateralidad humana (que tiene como formas más elevadas al arte, la ética, la filosofía, la ciencia etc.), trasciende evidentemente en mucho la esfera del trabajo (la realización de las necesidades), pero debe encontrar en este plano su base de sustentación.

En este sentido, la automatización, la robótica, la microelectrónica, en fin, la llamada revolución tecnológica, tienen un evidente significado emancipador, *siempre que no sea regida por la lógica destructiva del sistema productor de mercancías, sino por la sociedad del tiempo disponible y de la producción y de bienes socialmente útiles y necesarios*. En la síntesis ofrecida por Mandel (1986: 17-18): "Marx opone el potencial emancipador de la automatización y de la robótica, su capacidad de aumentar ampliamente el tiempo libre para el ser humano, que se refiere al tiempo para el florecimiento de la personalidad humana en su totalidad, frente a las tendencias opresivas bajo el capitalismo". Y agrega: "En una sociedad de clases, la apropiación del subproducto social por una minoría significa la posibilidad de ampliar el tiempo libre solamente para esta minoría y, consecuentemente, la reproducción siempre más ampliada entre aquéllos que administran y que acumulan conocimientos y otros que producen sin tener acceso a los conocimientos, o un acceso muy limitado a los mismos. En una sociedad sin clases, la apropiación y el control del sobre-

producto social por los productores asociados significará, al contrario, una reducción radical del tiempo de trabajo (del trabajo necesario) *para todos*, un aumento radical del tiempo libre *para todos*, y por lo tanto, la desaparición de la división social del trabajo entre administradores y productores, entre aquéllos y aquéllas que tienen acceso a todos los conocimientos y aquéllos y aquéllas que están separados de la mayor parte del saber".

Los críticos de la sociedad del trabajo, con honrosas excepciones, "constatan empíricamente" la pérdida de relevancia del trabajo *abstracto* en la sociedad moderna, convertida en sociedad "posindustrial" y de "servicios" y consecuentemente deducen y generalizan a partir de esta constatación, el "fin de la utopía de la sociedad del trabajo" en su sentido amplio y genérico¹⁰. Intentamos señalar aquí, en el debate que estamos sugiriendo, que estas formulaciones padecen de enormes limitaciones (que resultan en gran medida del abandono de categorías analíticas marxistas) cuyo mejor ejemplo es el olvido de la doble dimensión presente en el trabajo (en tanto *Work* y *Labour*, es decir, trabajo *concreto* y trabajo *abstracto*). Cuando la defensa de la sociedad del mercado y del capital no es claramente explicitada en estas formulaciones, resta la proposición utópica y romántica del *tiempo libre* en el interior de una sociedad fetichizada, como si fuese posible vivir *una vida absolutamente sin sentido en el trabajo y plena de sentido fuera de él*. O, repitiendo lo que dijimos anteriormente, intentando compatibilizar *trabajo envilecido con tiempo liberado*".

Tercera tesis

A pesar de estar *heterogeneizado, complejizado y fragmentado*, las posibilidades de una efectiva emancipación humana todavía pueden encontrar concreción y viabilidad social a partir de las revueltas y rebeliones, que se originan *central-*

mente en el mundo del trabajo; un proceso de emancipación del trabajo y *por el trabajo* simultáneamente. Esto *no excluye ni suprime* otras formas contestatarias. Pero viviendo en una sociedad que produce mercancías, valores de cambio, las revueltas del trabajo tienen un estatuto de centralidad. Todo el amplio abanico de asalariados que comprende al sector de servicios, los trabajadores "tercerizados", los trabajadores del mercado informal, los trabajadores "domésticos", los desempleados, los subempleados etc., que padecen enormemente la desarticulación social operada por el capitalismo en su lógica destructiva, pueden (y deben) sumarse a los trabajadores directamente productivos, y por esto, actuando como *clase*, constituirse en un segmento social dotado de mayor potencialidad *anticapitalista*.

En síntesis la lucha de la *clase-que-vive-del-trabajo* es central cuando se trata de transformaciones que van en el sentido contrario a la lógica de acumulación del capital y del sistema productor de mercancías. Otras modalidades de lucha social (como la ecológica, la feminista, la de los negros, de los homosexuales, de los jóvenes etc.) son, como el mundo contemporáneo ha demostrado en abundancia, de gran significado, en la búsqueda de una individualidad y de una sociabilidad dotada de sentido. Pero, cuando *el eje es la resistencia y la confrontación a la lógica del capital y a la sociedad productora de mercancías*, el centro de esta acción encuentra mayor *radicalismo* si se desarrolla y se amplía en el interior de las clases trabajadoras, aun reconociendo que esta tarea es mucho más compleja y difícil que en el pasado, cuando su fragmentación y heterogeneidad no tenían la intensidad revelada en el período reciente.

El elemento central que sostiene nuestra formulación es, por lo tanto, una reafirmación de la vigencia del sistema productor de mercancías a escala global: por eso, como dice Mézáros

(1987: 51-52), la "comprensión del desarrollo y de la auto-reproducción del modo de producción capitalista es completamente imposible sin el concepto de capital social *total*, que por sí solo es capaz de explicar muchos misterios de la 'commodity society', desde 'la tasa media de ganancia', hasta las leyes que gobiernan la expansión y concentración del capital. Del mismo modo, es completamente imposible comprender los múltiples y agudos problemas del trabajo, tanto nacionalmente diferenciado como socialmente estratificado, sin que se tenga presente el necesario cuadro analítico apropiado: a saber, el irreconciliable antagonismo entre el capital social *total* y la *totalidad del trabajo*.

Este antagonismo fundamental, es innecesario decirlo, resulta inevitablemente modificado en función de:

- a) circunstancias socioeconómicas locales;
- b) posición relativa de cada país en la estructura global de la producción del capital;
- c) madurez relativa del desarrollo sociohistórico global¹².

En consecuencia, aun resultando una actividad laboral heterogénea, socialmente combinada y globalmente articulada, la *totalidad del trabajo* cumple un papel central en el proceso de creación de valores de cambio. Si a este elemento central agregamos otros polos de contradicción concomitantes en el propio proceso de producción de capital — como los enormes contingentes de desempleados, que resultan de las explosivas tasas de desempleo estructural vigentes a escala global — encontraremos en este universo, *dado el conjunto de seres sociales que dependen de la venta de su fuerza de trabajo*, gran parte de las posibilidades de acción *más allá del capital*. Por eso, no concordamos con las tesis que propugnan la desaparición de las acciones de clase, o la pérdida de su potencialidad anticapitalista. La revolución de nuestros días es, de esta forma, una revolución *en y del trabajo*. Es una revolución *en* el

trabajo en la medida en que debe necesariamente *abolir* el trabajo abstracto, el trabajo asalariado, la condición de sujeto-mercancía, e instaurar una sociedad fundada en la autoactividad humana, en el trabajo concreto que genera cosas socialmente útiles, en el trabajo social emancipado. Pero también es una revolución *del* trabajo, toda vez que encuentra en el amplio abanico de los individuos (hombres y mujeres) que conforman la clase trabajadora, el *sujeto colectivo* capaz de impulsar acciones dotadas de un sentido emancipador.

Cuarta tesis

Esta heterogeneización, complejización y fragmentación de la *clase-que-vive-del-trabajo* no va en el sentido de su extinción; al contrario de un *adiós al trabajo o a la clase trabajadora*, la discusión es aquella que reconoce, que nos parece pertinente, por un lado, la *posibilidad* de una emancipación del trabajo por el trabajo, como un punto de partida decisivo para la búsqueda de la omnilateralidad humana. Por otro lado, se presenta un desafío enorme, dado por la existencia de un ser social complejizado, que abarca desde los sectores dotados de mayor calificación, representados por aquéllos que se beneficiaron con el avance tecnológico y que vivenciaron una mayor intelectualización de su trabajo, hasta aquéllos que forman parte del trabajo precario, parcial, "tercerizado", participantes de la economía informal, de la *subclase* de los trabajadores. No creemos que esta heterogeneidad *imposibilite* una acción conjunta de estos segmentos sociales en tanto *clase*, aunque una aproximación, articulación y unificación de estos estratos que componen la clase trabajadora sea, no está demás repetirlo, un desafío de mucha mayor envergadura que aquél imaginado por la izquierda socialista.¹³

Del enunciado anterior se desprende otra cuestión instigante y de enorme importancia: en los embates desencadenados

por los trabajadores y por los excluidos sociales que el mundo ha presenciado y que están dotados de alguna dimensión anticapitalista ¿es posible detectar mayor *potencialidad* y hasta mayor *centralidad* en los estratos más calificados de la clase trabajadora, en aquéllos que poseen una situación más "estable" y consecuentemente mayor participación en el proceso de creación de valor? O por el contrario, ¿el polo más fértil de acción anticapitalista se encuentra exactamente en aquellos segmentos sociales más excluidos, en los estratos subproletarizados?

No creemos que esta cuestión pueda ser hoy plenamente respondida. Las metamorfosis fueron (y están siendo) de tal intensidad que cualquier respuesta sería prematura. Lo que nos parece más evidente es enfatizar, desde luego, la necesidad imperiosa de que esos segmentos que componen la heterogénea clase trabajadora acepten los desafíos de buscar los mecanismos necesarios, capaces de posibilitar la confluencia y aglutinamiento de *clase*, contra todas las tendencias a la individualización de las relaciones del trabajo, la exacerbación del neocorporativismo, al reagravamiento de las contradicciones en el interior del mundo del trabajo etc.

Es posible, sin embargo, hacer una segunda consideración sobre esta cuestión: aquellos segmentos más calificados, más intelectualizados, que se desarrollaron paralelamente al avance tecnológico, por el papel central que ejercen en el proceso de creación de valores de cambio, podrían estar dotados, al menos objetivamente, de mayor *potencialidad anticapitalista*. Pero, contradictoriamente, esos sectores más calificados son justamente aquéllos que, subjetivamente, vivieron un mayor involucramiento "integracionista" por parte del capital, como es la tentativa de manipulación del *toyotismo*, o fueron responsables, muchas veces, de acciones pautadas por concepciones de inspiración *neocorporativista*.

En contrapartida, el enorme abanico de trabajadores precarios, parciales, temporarios etc., que denominamos *subproletariado*, juntamente con un enorme contingente de desempleados, por su mayor distanciamiento (o exclusión), del proceso de creación de valores, tendría en el plano de la materialidad un papel de menor relevancia en las luchas anticapitalistas. Sin embargo, su condición de desposeído y excluido lo coloca potencialmente como un sujeto social capaz de asumir acciones más osadas, *toda vez que estos segmentos no tienen nada que perder en el universo de la sociedad del capital*. Su subjetividad podría ser más propensa a la rebeldía. Las recientes huelgas y explosiones sociales, ocurridas en los países capitalistas avanzados, mezclan elementos de esos dos polos de la "sociedad dual". Por eso entendemos que la superación del capital solamente podrá resultar de una tarea que *aglutine y articule al conjunto de los segmentos que comprenden la clase-que-vive-del-trabajo*.

El desconocimiento de este punto constituye, a nuestro entender, otro equívoco de Gorz. Su énfasis en ver en el universo de la *no-clase* de los *no-trabajadores* el polo potencialmente capaz de transformar a la sociedad tiene, por una parte, el mérito de localizar en ese segmento social potencialidades anticapitalistas. Pero tiene como contrapartida negativa el hecho de concebir a los trabajadores productivos como *casi irreversiblemente integrados* al orden del capital, perdiendo la posibilidad de verlos como sujetos capaces de luchar por una vida emancipada. Esta caracterización padece también del error conceptual de denominar como *no-clase de los no-trabajadores* a un segmento importante y creciente de la *clase trabajadora*¹⁵. Por lo que desarrollamos anteriormente, la *heterogeneidad, fragmentación y complejización* se efectúan en el interior del mundo del trabajo, incluidos en él los trabajadores productivos, "estables", pero también el conjunto de trabajadores precarios

y aquéllos que viven en el desempleo estructural etc. Este conjunto de segmentos que dependen de la venta de su fuerza de trabajo, configuran la *totalidad del trabajo social*, la clase trabajadora y el mundo del trabajo.

Quinta tesis

El capitalismo, en cualquiera de sus variantes contemporáneas, desde la experiencia sueca a la japonesa, de la alemana a la norteamericana, como pudimos mostrar anteriormente, no fue capaz de eliminar las múltiples formas y manifestaciones de *extrañamiento*, pero, en muchos casos, se dio un proceso de intensificación y de mayor interiorización, en la medida que se *minimizó* la dimensión más explícitamente despótica, intrínseca al fordismo, en beneficio de un "involucramiento manipulador" de la era del toyotismo o del modelo japonés. Si se *extrañamiento* entiende el como la existencia de barreras sociales que se oponen al desarrollo de la individualidad en dirección a la omnilateralidad humana, el capitalismo de nuestros días, al mismo tiempo que potenció las capacidades humanas con el avance tecnológico, hizo emerger crecientemente el fenómeno social del *extrañamiento*, en la medida que ese desarrollo de las capacidades humanas no produce necesariamente el desarrollo de la individualidad plena de sentido; por el contrario, "puede desfigurar, degradar etc., la personalidad humana"... Esto porque, al mismo tiempo que el desarrollo tecnológico puede provocar "directamente un crecimiento de la capacidad humana", puede también "en este proceso sacrificar individuos (y hasta clases enteras)" (Lukács, 1981: 562).

La presencia del "Tercer Mundo" en el corazón del "Primer Mundo", a través de la brutal exclusión social, de las explosivas tasas de desempleo estructural, de la eliminación de innumerables profesiones, en el interior del mundo del trabajo

en consonancia con el incremento tecnológico dirigido *exclusivamente a la creación de valores de cambio*, son apenas algunos ejemplos irritantes y directos de las barreras sociales que obstaculizan, bajo el capitalismo, la búsqueda de una vida plena de sentido y dotada de la dimensión emancipada para *el ser social que trabaja*. Se evidencia, entonces, que el *extrañamiento* es un fenómeno exclusivamente *histórico-social*, que en cada momento de la historia se presenta bajo formas siempre diversas, que por eso no puede ser jamás considerado como una *condition humaine*, como un rasgo natural del ser social (Lukács, 1981: 559). En palabras del filósofo húngaro (ídem: 585) "...no existe un *extrañamiento* como categoría general, ni mucho menos como categoría supra-histórica ni antropológica. El *extrañamiento* tiene siempre características histórico-sociales, en cada formación y en cada período aparece *ex novo*, puesto en marcha por las fuerzas sociales realmente operantes".

En lo que respecta al *extrañamiento* en el mundo de la producción, el *extrañamiento económico*, al proceso de fetichización del trabajo y de su conciencia, mantiene una enorme distancia entre el productor y el resultado de su trabajo, el producto, que se le enfrenta como algo extraño, ajeno, como cosa. Este *extrañamiento* permanece también en el propio proceso laboral, en mayor o menor intensidad. La no-identificación entre el *individuo* que trabaja y su dimensión de *género humano* tampoco fue eliminada. Más que eso: las diversas manifestaciones de *extrañamiento* abarcan, desde el espacio de la producción, pero todavía más intensamente la esfera del *consumo*, la esfera de la vida *fuera* del trabajo, haciendo del *tiempo libre*, en buena medida, *un tiempo también sujeto a los valores del sistema productor de mercancías*. *El ser social que trabaja debe tener solamente lo necesario para vivir, pero debe ser constantemente inducido a querer vivir para tener o soñar con nuevos productos*.

Paralelamente a esa *inducción* hacia el consumo, se efectúa en verdad, una enorme *reducción* de necesidades, en la medida que la "forma de expresión más significativa del empobrecimiento de las necesidades es su *reducción* y *homogeneización*". Ambas caracterizan tanto a la clase dominante como a la clase trabajadora, pero de *un modo desigual*... Para las clases dominantes ese tener es *posesión efectiva*... la necesidad de tener para el trabajador, por el contrario, está en relación con su simple sobrevivencia: *vive para mantenerse*... El trabajador debe privarse de toda necesidad para poder satisfacer una sola, *mantenerse vivo*" (Heller, 1978: 64-5).

De manera que, al contrario de aquéllos que defienden la pérdida de sentido y de significado del fenómeno social de *extrañamiento*, cuando se piensa en la subjetividad de la *clase-que-vive-del-trabajo* en la sociedad contemporánea, creemos, como esperamos haber señalado anteriormente, que los cambios, en curso en el proceso del trabajo, a pesar de algunas alteraciones *epidérmicas*, no eliminan los condicionantes básicos de este fenómeno social, lo que hace que las acciones desencadenadas en el mundo del trabajo contra las diversas manifestaciones del *extrañamiento*, tengan todavía una enorme relevancia en el universo de la sociedad contemporánea.

Entonces, para concluir este texto, es necesario señalar que al contrario de las formulaciones que preconizan el fin de las luchas sociales entre las clases, es posible reconocer la persistencia de los antagonismos entre *el capital social total* y *la totalidad del trabajo*, aunque particularizados por los innumerables elementos que caracterizan la región, el país, la economía, la sociedad, la cultura, género, su inserción en la estructura productiva global etcétera. Dado el carácter mundializado y globalizado del capital, se hace necesario aprehender también las particularidades y singularidades presentes en los enfrentamientos entre las clases sociales, tanto en los países

avanzados, como en aquellos que no están directamente en el centro del sistema — de los cuales forman parte una gama significativa de países intermedios e industrializados, como es el caso de Brasil. Esto se configura como un proyecto de investigación de larga duración, de la cual este ensayo, en el que intentamos aprehender algunas tendencias y metamorfosis en curso en el mundo del trabajo, es un primer resultado.

NOTAS

1. Como este libro es el resultado de una investigación en curso, se hace evidente que, a pesar del carácter predominantemente afirmativo de estas "tesis", ellas están sujetas a revisiones y reelaboraciones.
2. Fue explorando esta tendencia que István Mészáros desarrolló la tesis acerca de la *tasa de uso decreciente en el capitalismo*: "El capital no trata al valor de uso (que corresponde directamente a la necesidad) y *valor de cambio* meramente como dimensiones separadas, sino subordinando radicalmente el primero al último. Debidamente situado en el tiempo y en el espacio, esto representa una innovación radical, que abre horizontes anteriormente inimaginables para el desarrollo económico. Una innovación basada en la constatación práctica de que cualquier mercancía puede estar constantemente en uso, en un extremo de la escala, o que no sea usada nunca, en el otro extremo de las posibles tasas de uso, sin perder por eso su utilidad en lo que concierne a las exigencias expansionistas del modo de producción capitalista" (Mészáros, 1989: 22-3).
3. Por lo que formulamos anteriormente, tampoco podemos concordar con un autor siempre creativo y sugerente como Francisco de Oliveira, cuando afirma — a pesar de las innumerables diferencias con los autores arriba citados, entre las cuales, el reconocimiento de la vigencia de la lucha de clases por cierto no es secundaria- que el patrón de financiamiento público del *welfare state* "operó una verdadera 'revolución copernicana' en los fundamentos de la categoría de valor como nervio central, tanto de la reproducción de capital, como de la fuerza de trabajo. En realidad, llevado a las últimas consecuencias, el patrón de financiamiento público 'desintegró' al valor como único supuesto de la reproducción ampliada del capital, desconstruyéndolo parcialmente en tanto medida de la actividad económica y de la sociedad en general" (Oliveira, 1988: 13-14). Lo que aquí nos parece relevante es, cuál de ellos — el valor o el fondo público — tiene estatuto fundante en la sociedad contemporánea, en el proceso de reproducción de capital. La crisis del *welfare state*, la avalancha neoliberal y la dimensión global y mundializada del capital parecen confirmar la prevalencia del valor como elemento estructurante de la sociedad productora de mercancías y el fondo público como su regulador/contrapunto y *no su sustituto*, lo que es una enorme diferencia. Esta formulación de Francisco de Oliveira, hecha de manera embrionaria, avanzó en un texto posterior, hacia la "elaboración teórico conceptual" de un modo socialdemócrata de producción que articula el valor y el antivalor" (Oliveira, 1992: 136-43).
4. De manera más empírica, pero en consonancia con lo esencial de esta tesis, dice A. Touraine (1989: 10-11): "los problemas del trabajo no desaparecen, pero son englobados en un conjunto más amplio. En cuanto tales, ellos dejaron de representar un papel central. Es inútil buscar indicios de una renovación revo-

lucionaria propiamente obrera. En los lugares donde aparentemente es más combativo el movimiento obrero, como en Italia y Francia, a través de los conflictos y de las crisis que pueden ser violentas, obtienen poco a poco una ampliación de los derechos y de la capacidad de negociación, es decir, una institucionalización de los conflictos del trabajo... Este deja de ser un personaje central de la historia social a medida que nos aproximamos a la sociedad pos-industrial". Y Gorz (1990: 42), sintonizando con Touraine, agrega que otros antagonismos sociales vinieron a imponerse a aquel desencadenado por el capital y el trabajo, que acabó siendo relativizado y hasta superado por el "conflicto básico" entre la "megamáquina burocrático-industrial" y la población.

5. Este, nos parece que es uno de los errores que tiene el libro de R. Kurz, que reconoce la sociedad productora de mercancías, pero termina aceptando la tesis de la extinción de la clase trabajadora como agente capaz de impulsar esas transformaciones. Ver al respecto nuestro texto *La crisis vista en su globalidad*, en este volumen, donde discutimos más detalladamente las principales tesis del libro de Kurz.
6. Al tratar sobre el trabajo intelectual y artístico bajo el capitalismo, Berman, quizás suprimiendo varias *mediaciones*, pero reteniendo lo esencial, describe los condicionantes de las modalidades de trabajo: estos intelectuales "sólo escribirán libros, pintarán cuadros, descubrirán leyes físicas o históricas, salvarán vidas, si alguien munido de capital estuviera dispuesto a remunerarlos. Pero las presiones de la sociedad burguesa son tan fuertes, que nadie los remunerará sin el correspondiente retorno — o sea, si su trabajo colabora, de algún modo, para incrementar su capital. Ellos necesitan 'vender pieza por pieza' a un empleador que desea explotar sus cerebros para obtener un lucro. Ellos necesitan esquematizarse y apurarse bajo una luz favorablemente lucrativa; precisan competir (a veces de forma brutal y sin escrúpulos) por el privilegio de ser comprados, sólo para proseguir con su trabajo. Ni bien el trabajo es ejecutado, ellos se ven como cualquier trabajador, separados del producto de su esfuerzo. Sus bienes y servicios son puestos a la venta y son las 'vicisitudes de la competencia' y 'las fluctuaciones del mercado', las que, más que cualquier 'verdad intrínseca', o belleza o valor, determinan su destino" (Berman, 1987: 113-4).
7. Marx, 1971: 942.
8. De esta limitación analítica no escapa André Gorz: "En el sentido que actualmente entendemos, el trabajo no siempre existió: aparece con los capitalistas y con los proletarios". Debido a este punto de vista, "trabajo" (que como se sabe, "viene de *tripalium*, aparato dotado de tres estacas cuyo accionamiento torturaba al operador) prácticamente, hoy designa sólo una actividad asalariada. Los términos trabajo y empleo se tornaron equivalentes..." (Gorz, 1982: 9).
9. Esta concepción, esencial para Marx, reaparece casi literalmente en el capítulo V de *El capital*, donde discute el proceso de trabajo. Esto nos hace disentir con Agnes Heller, en un texto de principios de los 80, marcado ya por una nítida

ruptura con el Lukács maduro y operando una relectura de elementos fundamentales del planteamiento marxista, al atribuir a la formulación de *El capital* y de sus borradores la prevalencia de un "paradigma de la producción", que se diferencia del "paradigma del trabajo", presente en los *Manuscritos del 44* (Heller, 1981: 103-5).

10. Aunque próximo a Habermas y a Gorz, respecto a la pérdida de centralidad del mundo del trabajo en la sociedad contemporánea, Roben Kurz tiene frente a ellos una significativa diferencia, en la medida en que pone el acento en el fin de la sociedad del trabajo *abstracto* (Kurz, 1992). Para Offe, "se puede hablar de una crisis de la sociedad del trabajo, en la medida en que se acumulan indicios de que el trabajo remunerado formal perdió su cualidad subjetiva de centro organizador de actividades humanas, de autoestima y de las referencias sociales, así como de las orientaciones morales (...) la cualidad del trabajador se vuelve impropia para la fundamentación de la identidad, y también para un encuadramiento sociológico uniforme de los intereses y de la conciencia, de aquéllos que *son* trabajadores" (Offe, 1989: 7-8). En este caso, el universo conceptual es muy diferente del utilizado por R. Kurz.
11. 0 bien, de acuerdo a una fórmula *híbrida*, en el extremo, también subordinada a la lógica dada por la racionalidad económica del capital, donde el "socialismo debe ser concebido como un nexo de la racionalidad capitalista dentro de una estructura democráticamente planeada, que debe servir para alcanzar ciertos objetivos democráticamente determinados" (Gorz, 1990: 46).
12. Esta intensificación de las contradicciones sociales es tomada también por Octavio Ianni, cuando afirma "...que bajo el capitalismo global las contradicciones sociales se globalizan, es decir, se generalizan más que nunca. Se refuerzan sus componentes sociales, económicos, políticos y culturales por los cuatro costados del mundo. Lo que era el desarrollo desigual y combinado en el ámbito de cada sociedad nacional y en cada sistema imperialista, bajo el capitalismo mundial se universalizan. Las desigualdades, tensiones y contradicciones se generalizan en el ámbito regional, nacional, continental y mundial, comprendiendo a clases sociales, grupos étnicos, minorías, culturas, religiones y otras expresiones del calidoscopio global. Las más diferentes manifestaciones de la diversidad son transformadas en desigualdades, marcas, estigmas, formas de alienación, condiciones de protesta, bases de las luchas por la emancipación... Así la cuestión social, que en algunos sectores de los países dominantes se creía superada, resurge con otros datos, otros colores, nuevos significados" (Ianni, 1992: 143-4).
13. Al respecto, ver las consideraciones de Mészáros acerca de la fragmentación del trabajo bajo la división social del trabajo en la sociedad capitalista, en "The división of labor and the post-capitalist state", particularmente el ítem "The división of labor" (Mészáros, 1987: 99-100).
14. Serge Mallet (1973: 29) hace dos décadas desarrolló la tesis de que, por encontrarse en el centro del complejo productivo más avanzado, la *nueva clase*

obrero sería llevada a aprehender, antes que los sectores tradicionales de la clase trabajadora, los polos de contradicción del sistema.

15. Para André Gorz, la *no-clase de los no-trabajadores* "es portadora del futuro: la abolición del trabajo no tiene otro sujeto social posible que no sea esa no-clase". O según otra afirmación: "El reino de la libertad no resultará jamás de los procesos materiales: solo puede ser instaurado por un acto fundador de la libertad que, reivindicándose como subjetividad absoluta, se toma a sí misma como fin supremo de cada individuo. Solamente la no-clase de los no-productores es capaz de ese acto fundador, porque sólo ella encarna, al mismo tiempo, la superación del productivismo, el rechazo a la ética de la acumulación y la disolución de todas las clases" (Gorz, 1982: 16 y 93). Para quién escribió un capítulo sobre "el proletariado según San Marx", esto que citamos más arriba muestra también que Gorz no se tomó los mínimos recaudos ante la ausencia de una enorme dosis de religiosidad, al caracterizar las posibilidades de acción de "la no-clase de los no-trabajadores".

APÉNDICES

I

La crisis vista en su globalidad*

Un análisis global de la crisis del capitalismo es un emprendimiento difícilísimo, aun cuando el objetivo sea retener algunas de sus tendencias más generales. No es otro el sentido de *El colapso de la modernización (Del derrocamiento del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial)*, del alemán Robert Kurz**.

Comenzaremos diciendo que estamos frente a un libro de fuerte impacto. Nos parece difícil reseñarlo en la medida que es, por un lado, altamente convincente, vigoroso, osado, explosivo, denso, analítico, contestatario; y, por otro lado, problemático, a veces impresionista, casi periodístico, en algunos momentos insuficiente. Sin embargo, su primera dimensión, de alta positividad, es muy superior a la segunda. Lo que lo convierte en un libro *privilegiado*, como pocos en esta época de conformismo y resignación casi absolutas, de encantamiento con los valores del mercado, del capital, de la productividad, de la institucionalidad, del orden, de las *indeterminaciones*, de los *extrañamientos*, de las fetichizaciones, del fin de la historia y de tantas otras manifestaciones de la *irratio* dominante.

El libro defiende con enorme vigor y fuerza una tesis central: el derrumbamiento del Este Europeo y de los llamados países socialistas no fue expresión de la victoria del capitalismo y de Occidente, pero sí la manifestación de una *crisis par-*

* Publicado en *Crítica marxista*, Sao Paulo, Brasiliense, vol. 1, n. 1, 1994.

** NE: El autor utiliza como fuente: KURZ, Robert. *O colapso da modernizando (da derrocada do socialismo de caserna á crise da economia mundial)*. Sao Paulo, Paz e Terra, 1992.

ticular que ahora fulmina el corazón del sistema mundial productor de mercancías. Fue, por lo tanto, un momento de un determinado *proceso* en la crisis global del capital, que se inició en el Tercer Mundo, afectó de manera arrasadora al Este Europeo y ahora penetra agudamente *en el centro* del modo de producción de mercancías y de la sociedad del trabajo *abstracto*. En palabras del autor: "El 'mercado planificado' del Este (...) no eliminó las categorías del mercado. Consecuentemente, aparecen en el socialismo real todas las categorías fundamentales del capitalismo: salario, precio y lucro (ganancia empresarial). En tanto al principio básico del trabajo abstracto, este no se limitó a adoptarlo, sino que también lo llevó al extremo" (Kurz, 1992: 29).

Los países del Este eran parte del "propio sistema productor de mercancías", habiéndose constituido en una variante de éste y nunca en algo efectivamente nuevo y socialista. Aquéllos que parten del *estatismo* existente en el Este para diferenciarlo del capitalismo, no toman en cuenta que la formación social capitalista, en varios momentos recurrió al Estado para constituirse y consolidarse. El mercantilismo, la Era Bismark y el intervencionismo keynesiano son ejemplos, siempre según el autor, de esa tendencia. Sugestivo y altamente provocativo en las indicaciones e hilaciones teóricas, pero también enormemente *ahistórico*, Kurz trata de mostrar cómo el "estatismo del socialismo real" tiene en verdad mucha similitud con el racionalismo burgués de Fichte. Inclusive, hasta con el mercantilismo... Mercado planificado, derecho al trabajo y monopolio estatal del comercio exterior, presentes en el "socialismo real", "fueron preformulados por el propio capitalismo y por sus ideólogos progresistas al margen de la industrialización; en su esencia, no son extraños al capital o al sistema productor de mercancías, sino características estructurales del nacimiento histórico de esto último" (ídem: 42). El culto al trabajo *abstracto*, llevado al extremo en el Este, muestra como

la crítica marxista del fetichismo fue absolutamente desconsiderada, "eliminada y empujada hacia un más allá teórico e histórico, difamada como nebulosa, o degradada a un fenómeno mental puramente subjetivo" (ídem: 48).

Sin romper a su interior con la lógica del sistema productor de mercancías, "la crisis de la sociedad del trabajo del socialismo real está marcada por la crisis inminente de la moderna sociedad del trabajo en general, y eso precisamente, *porque* los mecanismos de la competencia tuvieron tanto éxito, minaron y debilitaron de hecho los fundamentos del sistema productor de mercancías. Forma parte de la lógica de este sistema el hecho de que sus componentes más frágiles, respecto a la productividad y al entrelazamiento, son los primeros en caer al abismo en el colapso del sistema..." (ídem: 90). Superadas las lagunas del texto de la edición brasileña, que carece de una pronta e imprescindible revisión, se percibe en esta última cita que el autor entiende la crisis de la modernidad, en su dimensión global. Sin el principio de competencia, absolutamente improductivo y obsoleto en el desarrollo tecnológico, el Este vio germinar, simultáneamente, una sociedad de escasez y derroche.

Mientras el Occidente vivía un significativo nivel tecnológico en las décadas del '70 y del '80, a través de la microelectrónica, la competencia y la lógica del sistema mundial de mercancías terminaron llevando al colapso terminal al "socialismo real", "que tema que fracasar en su propia irracionalidad interna, en la forma-mercancía llevada al extremo del absurdo y su relación insostenible con el comercio exterior..." (ídem: 152). De este modo, la transición posterior al '89, vivida por la URSS y por el Este, se asemeja a la del Occidente, pero como una realidad más próxima al Tercer Mundo. El Este, en la otra punta de la crisis global del sistema productor de mercancías, ya se constituyó en aquello que el autor llama "sociedades poscatastróficas": " (...) el Tercer Mundo, o ya fracasó en su tentativa de modernización, (...) o, en el mejor de los casos,

encontró un *estatus* precario, en el papel de los países ascendentes, que permanecen ante la espada de Damocles del mercado mundial, y así mismo, ya no permite un desarrollo interno de la sociedad entera" (ídem: 176). Las rarísimas excepciones no fracasadas de la "industrialización para la exportación" presenciadas en algunos países asiáticos como Corea, Hong Kong, Taiwan, Singapur, permanecen en una "dependencia precaria de los países Occidentales" y no han experimentado, hasta ahora, el desarrollo de un mercado interno que dé fundamento a esos proyectos industriales, además de ser, en su mayoría, países pequeños, insulares, cuyos proyectos son irrealizables en países continentales. "La estructura industrial insular que es capaz de competir en el mercado mundial está unilateralmente orientada para la exportación y el mercado interno no puede ser desarrollado suficientemente porque la industrialización para la exportación, aparentemente con éxito, no puede generar, en virtud de su alta intensidad de capital, un volumen suficiente de capacidad adquisitiva interna; el factor decisivo en ese proceso no es el bajo salario, sino la incapacidad de estas producciones altamente automatizadas de absorber masas suficientes de mano de obra" (ídem: *ibid.*). Kurz sólo puede visualizar para el Tercer Mundo, rebeliones sociales, movimientos inspirados en el fundamentalismo etc., sujetos siempre a la intervención de un "poder policial internacional" respaldado por la ONU. Habiendo perdido su rol de proveedor de fuerza de trabajo subremunerada y abundante para el capital productivo, esos países, fuera del impulso tecnológico en que se encuentra el centro, son expresión viva y real de la otra punta del *colapso*. Su conclusión es aguda: "La lógica de la crisis está avanzando de la periferia al centro. Después de los colapsos del Tercer Mundo en los años 80 y del socialismo real en los comienzos de 1990, le llegó la hora al propio Occidente" (ídem: 206).

La misma lógica desigual que reguló esas relaciones entre Países Centrales y del Tercer Mundo, penetra en el *interior*

del Occidente. "Lo que marcará la próxima fase es que regiones enteras irán 'quedando fuera', muriendo en su papel de regiones industriales porque sus industrias fueron derrotadas en la competencia de los mercados mundiales y ya no pueden acumular el capital monetario en la carrera de la productividad" (ídem: 211). El autor se está refiriendo aquí a los países del Centro. Los EE.UU. e Inglaterra "están disipando sus propios recursos de capital monetario en un *consumo improductivo a nivel de potencias mundiales*", consumo que no podrían practicar hace mucho tiempo (ídem: *ibid.*). Japón y Alemania, los "victoriosos", no tienen forma de escapar de esa lógica destructiva que los mueve: están financiando, "hace años, y en dimensiones inimaginables" sus éxitos de exportación en los mercados mundiales, prestando a economías de la OCDE que de hecho fueron derrotadas en la competencia, los recursos necesarios para continuar inundándolos de mercancías. Solamente por eso, las economías perdedoras de la OCDE aún no tomaron el rumbo de las economías poscatastróficas del Sur y del Este, a pesar del costo de haber acumulado verdaderas montañas de deudas impagables" (ídem: 213).

La conclusión del autor es directa: estamos entrando en una *era de las tinieblas* de consecuencias imprevisibles. Y, "una vez que esas crisis consisten, precisamente, en la eliminación tendencial del trabajo productivo (...) ella ya no puede ser criticada o superada desde un punto de vista ontológico del 'trabajo', de la 'clase trabajadora', o de las 'luchas de las clases trabajadoras'" (ídem: 227). El marxismo (y junto con él el movimiento obrero) es "parte integrante del moderno mundo burgués de la mercancía, siendo por eso, él mismo afectado por la crisis" (ídem: *ibid.*). A pesar del enorme rescate que hace Kurz de las formulaciones marxistas, en este punto aparece su única (y fuerte) crítica: "Sin duda, se revela aquí un dilema hasta hoy insuperado en el centro de la teoría de Marx. La

afirmación del movimiento obrero (...) es la verdad inconciliable con su propia crítica de la economía política, que desenmascara a la clase trabajadora no como categoría ontológica, sino como categoría social constituida, a su vez, por el capital" (ídem: 71). El movimiento obrero, según Kurz, condujo a la emancipación *capitalista* de los trabajadores, pero no es el *sujeto* capaz de llevarlo a su emancipación *social*.

Y con otra tesis provocativa y osada, finaliza su ensayo: "El comunismo, supuestamente fracasado, que es confundido con las sociedades colapsadas de la modernización recuperadora, no es ni utopía, ni un objetivo distante jamás alcanzable, más allá de la realidad, sino más bien, un fenómeno *ya presente*, el más próximo que encontramos en la realidad, aun en la forma *errada y negativa*, dentro del ámbito capitalista del mercado mundial de mercancías, o sea, en la forma de un *comunismo de las cosas*, como entrelazamiento global de la reproducción humana" (ídem: 228). Ante la imposibilidad e inexistencia de un sujeto capaz de superar la crisis, en el universo del mundo del trabajo, Kurz esboza su proposición: se hace necesaria la búsqueda de "una *razón sensible*, que es exactamente lo contrario de una razón iluminista, abstracta, burguesa y vinculada a la forma-mercancía" (ídem: 232). Esta crítica radical "tendría que emanciparse completamente de sus ideas anteriores, ya obsoletas, para la cual la izquierda, con todos sus matices, se muestra completamente incapaz de dar una respuesta a la crisis" (ídem: 226-227).

Se trata, como intentamos mostrar en estas páginas donde perseguimos la *inmanencia* del texto, de un ensayo osado, rico, provocativo, contundente, polémico y *problemático*. Un texto donde la prioridad está en lo *ontológico*, donde la aprehensión de la lógica del objeto — la crisis *contemporánea* del sistema de producción de mercancías, del capitalismo — hay que buscarla en sus nexos esenciales y *totalizantes*. Se puede decir,

sintéticamente, que sus *formulaciones aciertan* en lo esencial, en el *diagnóstico* de la crisis del capital de nuestros días y *hablan* de las visualizaciones, de las proposiciones y del modo de ir *más allá del capital*. Tal vez esté demás en estos días exigir tanto. Después de todo, indicar la derrota del capitalismo a partir del análisis del desmoronamiento del Este Europeo, no es algo menor ni usual. Y rescatar vigorosa y sugestivamente la crítica de la economía política de Marx para demostrarlo, es menos común. Un libro que provoca y nos hace reflexionar y pensar *por la izquierda*, sobre tantos puntos "*incuestionables*", también significa otro de sus fuertes méritos. Me gustaría concluir, sin embargo, apuntando *algunos* de los problemas que suscita su lectura.

Primera crítica

En la recuperación ontológica del objeto, Kurz *suprimió* la dimensión, decisiva en Marx, de la *subjetividad*. Los seres y personajes del capital y del trabajo son epifenómenos de una lógica dada por un objetivismo férreo, e inspirado en el *tono* provocativo del texto, nos parece que el materialismo de Kurz es más próximo al de Feuerbach que al de Marx. Vale recordar la *primera tesis* sobre Feuerbach: el principal defecto de todo el materialismo hasta aquí (incluido el de Feuerbach) consiste en que el objeto, la realidad, la sensibilidad, solamente son aprehendidos bajo la forma de *objeto o de intuición*, pero no como *actividad humana sensible*, como *praxis*, no subjetivamente (Marx, en *Tesis sobre Feuerbach*). La laguna que Kurz atribuye a Marx en verdad es una laguna de Kurz: en su comprensión del fetichismo como casi integral, insoluble e inamovible, frena la existencia activa y la resistencia efectiva de los sujetos. Kurz aquí paga un precio innecesario a los críticos de la *sociedad del trabajo*, de los que él se diferencia tanto como se aproxima. Cerca de Habermas (y por tanto a Gorz y Offe), Kurz se incluye en el universo de los críticos de la

centralidad del trabajo en el mundo contemporáneo. Con una *significativa diferencia*: para él, se trata de eliminar la centralidad del *trabajo abstracto*, cosa planteada también por Marx desde los estudios preparatorios para los *Manuscritos de 1844*. De allí que, para Marx, era imprescindible el rescate de la dimensión *concreta* del trabajo, en cuanto *actividad vital*, en cuanto fuente creadora de *valores de uso socialmente necesarios*, en cuanto *protoforma de actividad humana*, para recordar al *viejo Lukács*. Kurz no es suficientemente claro al respecto (lo que es una laguna) pero sugiere, en un párrafo, una pista relevante: "La *sociedad del trabajo* como concepto ontológico sería una tautología, pues en la historia hasta ahora transcurrida, la vida social, cualesquiera sean sus formas modificadas, únicamente podría darse como forma de vida que incluya el trabajo; solamente las ideas ingenuas del paraíso y el cuento del país de las maravillas fantaseaban sobre una sociedad sin trabajo" (Kurz, 1992: 26). A pesar de esta referencia, Kurz aún parece tributario, en alguna dimensión, de los adeptos de la crisis de la *sociedad del trabajo*. Para ser más claros: una cosa es el agotamiento de la sociedad del trabajo *abstracto*. Otra, bien distinta, es la crítica que rechaza un proyecto societario que concibe el *trabajo como creador de valores de uso*, en su *dimensión concreta, como actividad vital, desfetichizada*, como *punto de partida* (y no de llegada) de la *omnilateralidad humana*.

Kurz centra todo su análisis en la prevalencia de la producción generalizada y destructiva de mercancías y en la consecuente teoría marxista del valor-trabajo; una vez que es afirmada contemporáneamente esta tesis (lo que es otro enorme mérito del libro), parece muy difícil negar la *existencia objetiva* de la contradicción en el interior del proceso de valorización del capital. De modo que la lucha objetiva entre la *totalidad del trabajo social* y la *totalidad del capital* no contradice la crítica marxiana de la economía política, más bien

le es completamente esencial. No sólo "dos lógicas históricas completamente diferentes", como quiere Kurz, sino momentos intrínsecos de una misma lógica de clase que crea valores y que, exactamente por eso, tiene una *posibilidad* de antagonizarse frente al capital, de rebelarse. Si la teoría del valor-trabajo es válida, la *lucha de clases* es consecuencia inevitable de ella. Esta fue, inclusive, una de las adquisiciones ontológicas centrales de Marx, que, en la *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* (1844), concebía *preliminarmente* al proletariado como la "clase con cadenas radicales", y que posteriormente aprehendió al proletariado como la "mercancía-fuerza de trabajo que crea valores", lo que le permitió experimentar la posibilidad real de la contradicción frente al capital. El punto esencial remite la discusión hacia el universo de las limitaciones *subjetivas* del mundo del trabajo, campo temático que, como vimos, Kurz niega.

Su crítica de que el movimiento obrero estuvo, en el siglo XX, en gran medida atado a la lucha dentro del universo de la sociedad de mercancías es rica y en buena medida verdadera. Basta pensar en las enormes limitaciones de la llamada izquierda tradicional. Pero no debería permitir a Kurz llegar adonde llegó: a la ausencia absoluta de sujetos. Para Marx siempre fue muy claro que "el proletariado está obligado a *abolirse a sí mismo*", si de hecho pretende la superación de la sociedad del capital. (Marx, *La Sagrada Familia*). De ese modo y si se quiere centrar en lo esencial la discusión que Kurz suscita, la *clase-que-vive-del-trabajo* no está *objetivamente* incapacitada para superar el capitalismo (como quiere Kurz), sino que solamente podrá hacerlo si su *autoconciencia* incorpora como momento *decisivo* la *autoabolição de sí misma como clase*, o *momento del género para sí*. Lo que, reconocemos, es una tarea monumental y para la cual sólo una *izquierda social, renovada, crítica y radical, de nítida inspiración marxiana*, forjada en el interior

del mundo del trabajo, podrá a nuestro juicio implementar. La izquierda tradicional (del "marxismo" de la era estaliniana y estalinista) y la izquierda socialdemócrata están, ambas, imposibilitadas para ese emprendimiento.

Segunda crítica

La asimilación entre el Este y Occidente, si bien es verdad en lo que respecta a que ambos son parte del universo del sistema de producción de mercancías, no debe permitir creer que hay una *identificación tan plena* entre lo que ocurrió en los países poscapitalistas y los capitalistas. No es por casualidad que Kurz habla de "socialismo de cuartel", "socialismo real", "régimen protocapitalista", "sociedades capitalistas", "régimen transitorio preburgués", "mercantilismo tardío", entre otras denominaciones. Convengamos, esto es demasiada imprecisión conceptual. Creemos que la Revolución Rusa no fue burguesa en su origen, como quiere Kurz, aunque poco a poco su proceso se desvió cada vez más hacia la lógica mundial del capital. Y aquí también Kurz aporta, y mucho, a la reafirmación y demostración de esa tesis.

Tercera crítica

Kurz tiene buena dosis de razón cuando ata el marxismo del siglo XX a la tragedia del Este Europeo. *Pero exagera* y en diversas ocasiones se equivoca. Cito sólo dos ejemplos: Decir que Trotsky, en primer lugar, "podría haberse tornado en otro Stalin" (ídem: 50) sólo es aceptable cuando el imperio de la objetividad es de tal tamaño, que suprime toda dimensión *subjetiva*. De nuevo Kurz está mucho más próximo de Feuerbach que de Marx. Del mismo modo, cuando dice que nada se salva del llamado marxismo occidental, "abstrayendo algunas iniciativas aisladas, poco claras, y sin ningún resultado". Este terminó siendo responsable por la "ausencia de una crítica del

fetichismo" (ídem: 49). Sin embargo, la *cosificación* presente en *Historia y conciencia de clase*, hasta la *vigorosa teoría del extrañamiento* encontrada en la *Ontología del ser social*, fue éste el emprendimiento enorme de Lukács, que podría tener para sus críticos muchas lagunas, pero, por cierto, no fue "poco clara y sin mayor resultado". Lo mismo podría decirse de Gramsci, que revitalizó el marxismo contemporáneo, porque entendió la dimensión *subjetiva*, la mediación política, la dimensión emancipadora de la cultura, etc., no como epifenómenos reducibles a un objetivismo férreo. En ese capítulo, Kurz es bastante arrogante. Y hacer la crítica de la política entendiéndola como *mediación*, como hace Marx, no es desconsiderarla, como hace Kurz, menos tratarla como simple epifenómeno.

Último punto

Kurz rediseña el colapso de la sociedad productora de mercancía-dinero. Y no ve una salida emancipadora impulsada por las fuerzas del trabajo, así como tampoco parece considerar la hipótesis de una reacción conservadora de las fuerzas burguesas, minimizando la crisis y prolongando de ese modo la sociabilidad regida por el capital. Creemos, al contrario, que ambas alternativas existen: una, la reacción del capital, para tratar de suavizar la era de las tinieblas y no dejar desmoronar su admirable mundo del dinero. Evidentemente, para citar un ejemplo, el desempleo estructural ampliado se convierte en un problema para los sujetos del capital cuando empuja a una depresión acentuada del mercado consumidor al punto de comprometer la integralidad del proceso de valorización del capital. La otra, la acción del trabajo, porque sobre las ruinas de una experiencia probada y desastrosa, como fue la experiencia del Este, podrá, tal vez, por primera vez en el siglo XX, mirar hacia Occidente y hacia el mundo y verlos mientras es minado por su lógica destructiva. Y podrá actuar, de manera osada,

crítica, renovada y radical, avanzando más allá del capital, lanzando "más temprano que tarde, el tablero a la basura" y tirando todas las reglas de la llamada "civilización mundial", una vez que "esas reglas democráticas de la razón mundial burguesa e iluminista son, en su esencia, abstractas e insensibles, pues su verdadero fundamento es el auto movimiento del dinero, abstracto y privado de sensibilidad..." (ídem: 199).

El libro de Robert Kurz es un aliento y una reflexión viva en esa dirección, inconformista y anticapitalista, contradiciendo en alguna medida una de sus propias formulaciones, puesto que se constituye en una expresiva reflexión y respuesta de una subjetividad que no se subordinó a los valores del capital ni a los extrañamientos, tan cultivados hoy en día. Escribió un contundente ensayo contra la lógica y los mecanismos actuales de la sociabilidad del capital, lo que lo convierte en uno de los libros de mayor impacto de los últimos años.

II

Individuo clase y género humano: el momento de la mediación partidaria*

Este texto sólo pretende anotar puntualizaciones acerca de temáticas muy complejas y complejizadas, que se refieren a los partidos y a las clases sociales en la contemporaneidad. Como se trata de un listado de temas para debate tendrá sobre todo el carácter de puntualizar cuestiones para la discusión.

Otro objetivo de este texto es reafirmar la pertinencia de la conexión entre los partidos y las clases sociales como referencial analítico útil. No se defenderá aquí, entonces, la exclusividad analítica de pensar la relación partidos/clases sociales/género humano,¹ como incompatible con la relación partido/clase y la cuestión del género/mujer. Es triste constatar que más allá del enorme empobrecimiento analítico presente cuando se estudia la relación entre los partidos y las clases sociales hoy, hubo también, en el embrutecimiento (y simplificación) teórico del siglo XX, la exclusión pura y simple de la cuestión específica del género/mujer en las interconexiones existentes entre los partidos y las clases-que-viven-de-su-trabajo. A pesar de esto, la cuestión de las clases, de los partidos y de la mujer permanece. Lo que aquí me propongo es, entonces, mucho más modesto: enumerar cuestiones (breves), indicativas, de la pertinencia y la validez de pensar las conexiones entre los partidos y las clases sociales.

Parece una obviedad que en la sociedad regida por el capital ocurra la falta de identidad entre el individuo y el género

humano, especialmente cuando volvemos la mirada hacia el mundo del trabajo. Marx se refirió a esa relación aguda, compleja y contradictoria, en los *Grundrisse*: "El grado y la universalidad del desarrollo de las facultades, que hace posible esta individualidad (los individuos universalmente desarrollados) supone precisamente la producción basada sobre el valor de cambio, que crea por primera vez, al mismo tiempo, la universalidad del extrañamiento frente a sí mismos y a los demás, y la universalidad y la multilateralidad de sus relaciones y habilidades. En un estadio de desarrollo anterior, el individuo se presenta con mayor plenitud, precisamente porque no había desarrollado todavía la totalidad de sus relaciones y no las puso, frente a él, como potencias y relaciones sociales autónomas".²

Esa falta de identidad entre individuo y género humano — y las múltiples formas de *extrañamiento* que de ahí derivan — se universalizan sobre la producción generalizada de mercancías, a pesar de que ésta ofrece, por primera vez, las posibilidades para la multilateralidad humana. Pero, al contrario del hombre vuelto hacia-sí-mismo-conscientemente-como-género, tenemos su opuesto. En las palabras de Agnes Heller: al mismo tiempo que el capitalismo produjo necesidades "múltiples y ricas", provoca el empobrecimiento de los hombres y convierte al ser que trabaja en un ser exento de necesidades."³

Se constata pues, un proceso de *homogenización y reducción* de las necesidades del ser social que trabaja, "que debe privarse de todas sus necesidades para poder satisfacer una sola: mantenerse vivo".⁴

No creo que se pueda decir que en el capitalismo avanzado tal contexto y concreción ya no tengan vigencia. Esa hipótesis, entonces, es inimaginable para el Tercer Mundo industrializado. Incluso en la Volvo, de Udevalla, en Suecia, citada como el ejemplo más avanzado de la organización del trabajo bajo el

capitalismo del *welfare state*, también allá el producto continúa *ajeno y extraño* a sus reales productores. La decisión *sobre qué* producir no les pertenece. Y la apropiación del trabajo no es ni social, ni colectiva. Cito este ejemplo atípico porque igualmente reafirma la regla. Y eso en Suecia. En la realidad de Brasil, México, Corea, Argentina, la falta de identidad entre individuo y género humano bordea la animalidad, especialmente cuando se piensa en los estratos más subalternos de las clases trabajadoras. Eso, para no hablar de los *gastarbeiters* de Alemania, o del *lavoro nero* en Italia, en fin, en trabajadores inmigrantes tan degradados en una Europa que empuja hacia la unificación y que excluye a varios contingentes de su "bienestar social".

No hay pues la eliminación, sino la persistencia del antagonismo entre *capital social total* y la *totalidad del trabajo*, antagonismo que se da tanto en la esfera de la producción como en la sociedad de consumo productora de desperdicios, que manipula el consumo del ser que trabaja. Su tiempo de no-trabajo, su tiempo libre, no le permite vivir una vida llena de sentido.⁵

Si el individuo es la expresión de la singularidad y el género humano es una dimensión de universalidad, la clase es la mediación que particulariza a los seres sociales que viven en condiciones similares en su existencia concreta, en el mundo de la producción y la reproducción social. La conciencia de una clase es, pues, una articulación compleja, comportando identidades y heterogeneidades, entre singularidades que viven una situación particular.⁶ Esa conciencia del ser que trabaja es, por lo tanto, un proceso, algo en movimiento, en su ir-siendo. En este largo, complejo y tortuoso curso, con idas y venidas, se encuentra a veces más próximo a la inmediatez de su ser-en-sí-mismo, de la conciencia contingente, a veces más próximo de la conciencia autoemancipadora, de su ser-para-sí-mismo que

vive como género, que busca la omnilateralidad, momento por cierto más difícil, más complejo de la universalidad autoconstituyente.⁷

Es decisivo referir aquí que la conciencia se origina en el interior de la vida cotidiana. Es en la cotidianidad que las cuestiones son suscitadas y las respuestas de los individuos y las clases son una constante búsqueda de las indagaciones que se originan en la vida cotidiana, donde surgen las cuestiones. Las respuestas a las cuestiones más complejas son, sin embargo, mediatizadas. Recorro a un pasaje de Lukács que me lleva al centro de la cuestión: "En cuanto a la cotidianidad normal, cada cuestión que no se tornó completamente rutinaria, viene presa de una atmósfera de innumerables 'si' y 'pero'..., en las situaciones revolucionarias, inclusive en sus procesos preparatorios, esta lamentable infinidad de cuestiones singulares se condensa en pocas cuestiones centrales que, sin embargo, se presentan a la gran mayoría de los hombres como problemas que indican su destino de vida, que, en contraposición a la cotidianidad 'normal', asumen ya, en lo inmediato, la cualidad de una pregunta formulada con claridad y que se debe responder claramente".

Es en ese complejo problemático de las clases, de su actuar y de su hacerse, que aparece la necesidad de *elementos de mediación*, del cual los sindicatos y los partidos (y podríamos sumar, los consejos y en otro plano, las huelgas y las acciones de clase), son expresiones auténticas. Los primeros, los sindicatos, dotados de una especificidad más atada originalmente a la dimensión contingente, aunque pueda superarla.⁸ Los segundos, los partidos, elementos de mediación dotados de capacidades más globalizantes, referidas a las formas explícitamente políticas, primer paso en dirección a la autorrealización auto-trascendente.⁹ Por eso, el énfasis de Marx en los debates de la I Internacional, acerca de la necesidad de la creación de un

partido político distinto. Instrumento de mediación (y eso es decisivo porque la deformación estaliniana y estalinista lo convirtió en un *télos*, el partido se sobrepuso a la clase, la suprimió, de *medio* se transformó en *fin*), una de las palancas posibles para la búsqueda de la identidad entre individuo y género humano. Esto es así, porque esa identidad, obstaculizada agudamente en la sociabilidad del capital, cuando se piensa en términos de una ontología del ser social, supone la supresión de la particularización social limitadora — las clases. Entonces, el ser genérico deja de ser una abstracción vacía, "no es más una mera generalización a la cual los únicos miembros se juntan 'mudamente'"; al contrario, los individuos "se elevan hasta el punto de adquirir una voz cada vez más articulada, hasta alcanzar la síntesis ontológico-social de su singularidad, convertida en individualidad, como el género humano, convertido en ellos, a su vez, en algo consciente de sí".

Si aún hay algún momento relevante para los partidos, creo que es en ese universo, en el de constituirse en una palanca importante para la constitución del género humano emancipado.

Si estos partidos se encuentran hoy en crisis, con una política defensiva, las causas de este proceso requieren de una discusión específica que aquí no es posible hacer. El desmoronamiento de la izquierda tradicional en el Este y en Occidente, los efectos deformantes de la institucionalización que es la distancia de los movimientos sociales autónomos y de las clases que viven de su trabajo, la subordinación política de los partidos a los valores de la socialización regida por el mercado, el fenómeno de la socialdemocratización, más allá de las transformaciones agudas en el mundo del trabajo, derivadas de la automatización, de las transformaciones en las relaciones de trabajo, de la "flexibilización", de la desregulación, de la desproletarización (del proletariado fabril tradicional) de la "tercerización" del trabajo, en fin, de las metamorfosis de la

NOTAS

forma de ser de la clase en el primer mundo, estos son, por cierto, algunos de los múltiples y diversos aspectos que podrían ser abordados cuando se piensa en la crisis de los partidos.

Sin embargo, respecto del elemento de la mediación en una sociedad de clases, los partidos aún no han sido invalidados. La crisis que los abate no se conformó como una crisis que los excluya de la escena social y política, o más precisamente, del momento político constituyente de la clase. Mientras tanto, se muestra como *un* elemento de mediación política, necesario para la autoabolición de los particularismos intrínsecos a las clases sociales, inclusive para los que viven de su trabajo. Aunque hoy estemos más lejos de esa posibilidad, existe tal como lo entiendo, una dimensión efectiva para los partidos de clase.

Para concluir: usamos en este breve texto la expresión *clase-que-vive-de-su-trabajo*. No fue para esquivar una cuestión crucial, también imposible de teorizar aquí: se trata de una noción amplia que incorpora y supera la idea de proletariado industrial, que se reduce y se vuelve significativamente heterogéneo en el Primer Mundo, como resultado de los cambios tecnológicos y de la automatización. ¿Qué alteraciones provocará en sus organismos tradicionales, los sindicatos y los partidos esta nueva forma de trabajo en el Occidente avanzado? Son indagaciones que un marxismo vivo tiene que hacer. Y sin el temor a buscar respuestas.

1. "Ser genérico", en términos marxianos, entendido como ser consciente, que vive la efectividad humana omnilateral. Ser que se relaciona consigo mismo como género vivo, universal y libre (según Marx, en la parte final del primero de los *Manuscritos económicos-filosóficos* (1844), España, Grijalbo).
2. K. Marx, *Grundrisse (borrador)*, v. I, Argentina, Siglo XXI, p. 90.
3. Agnes Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, España, Ed. Península, p. 53.
4. *Ibid.*, p. 65.
5. Ver sobre esto los ensayos de E. Mandel, "Marx, la crisis actual y el devenir del trabajo", en *Quatrième Internationale*, n. 20, mayo 1986, y I. Mészáros, *La necesidad del control social*, Ensayo.
6. Pienso que en este universo surgen otras dos cuestiones decisivas, cuando se piensa en la emancipación del ser social: la contradicción del individuo y su clase y las relaciones complejas y contradictorias entre los géneros *mujer y hombre*.
7. Ver I. Mészáros, "Contigent and necessary class consciousness", en *Philosophy, ideology and social science (Essays in negation and affirmation)*, Wheatsheaf Books, 1986, p. 81-3.
8. Gyorgy Lukács, *Ontologia dell'essere sociale*, II, Roma, Editori Riuniti, 1981, p. 506.
9. Ver las consideraciones de Gramsci acerca de los límites del sindicalismo y de la importancia de los consejos en *L'ordine nuovo*, 1919-20.
10. Conforme I. Mészáros, "Contingent and...", op. cit. pág. 82.
11. Gyorgy Lukács, "As bases ontológicas do pensamento e da atividade do homem", *Temas* 4, Sao Paulo, p. 14.

III

Trabajo y extrañamiento*

La historia de la realización del ser social, ya lo dijeron muchos, se objetiva a través de la producción y reproducción de su existencia, acto social que se hace efectivo por el trabajo. Este, a su vez, se desarrolla por los lazos de cooperación social existentes en el proceso de producción material. En otras palabras, el acto de producción y reproducción de la vida humana se realiza a través del trabajo. Es a partir del trabajo, en su cotidianidad, que el hombre se torna social, distinguiéndose de todas las otras formas no humanas. Es suficientemente conocido aquel pasaje de *El capital*, donde Marx diferencia al peor arquitecto de la mejor abeja. Aquél "obtiene un resultado que ya en el inicio existió en la imaginación del trabajador, por tanto idealmente. Él no sólo realiza una transformación de la forma de la materia natural, al mismo tiempo realiza, en la materia natural, su objeto, que él sabe que determina como ley, especie y modo de su actividad y a la cual debe subordinar su voluntad".¹

En otras palabras, el ser humano tiene construida en su conciencia la configuración que quiere imprimir al objeto de trabajo antes de su realización.

Esto destaca la capacidad teleológica del ser social. Es en el trabajo, entendido como protoforma, como forma originaria de la actividad humana, "que se puede demostrar ontológicamente que el establecimiento de una finalidad es un momen-

¹ Publicado, con pequeñas alteraciones, en *A rebeldia do trabalho*. 2. ed. Editora da UNICAMP, 1992.

to real de la efectiva realidad material (...) cualquier trabajo sería imposible si no fuese precedido de tal mecanismo, determinándole el proceso en todas sus fases".² O según Lukács: "Tan sólo la carencia material, en tanto motor del proceso de reproducción individual o social, pone efectivamente en movimiento el complejo del trabajo; y todas sus mediaciones existen ontológicamente sólo en función de su satisfacción".³

De esto se desprende que es decisivo el papel de la acción teleológica, que pone en movimiento formas que lo diferencian de la actividad mecánica animal, configurando previamente el proceso de trabajo.

En el trabajo, el momento diferenciador, esencialmente preparatorio, es constituido por la manifestación del acto consciente, que en el ser social deja de ser un mero epifenómeno de la reproducción biológica.⁴ "El trabajo es un acto consciente, y por lo tanto, presupone un conocimiento concreto, a pesar de que no sea perfecto, de determinadas finalidades y de determinados medios".⁵ Esto remite a una dimensión fundamental de la subjetividad del ser, a la dimensión teleológica, "De manera que se puede hablar racionalmente del ser social solamente cuando se comprende que su génesis, su separación de la base original y su emancipación, están fundadas en el trabajo, o sea, en la continua realización de finalidades previamente planteadas".⁶

Hablar de teleología en el proceso de trabajo no significa, evidentemente, concebir un teleologismo que afirma el dominio universal del finalismo, una teleología dominando la historia. Hay, al contrario, en el plano del trabajo, una unidad inseparable entre teleología y causalidad. Como dice Lukács: "Aquí es decisivo comprender que se está frente a una duplicidad: en una sociedad que se torna realmente social, la mayor parte de las actividades cuyo conjunto pone en movimiento en su totalidad es ciertamente de origen teleológica, pero su existencia real

(...) es hecha de conexiones causales que jamás, y en ningún sentido, pueden ser de carácter teleológico".⁷

Lo que hace transparente la contradicción presente en el proceso social: formular teleologías sobre las alternativas permitidas por la realidad — cuyo movimiento es resultado de causalidades presentes en esa misma realidad y que fueron puestas por el conjunto de los actos humanos precedentes —, lo que restringe y limita las posibilidades y alternativas de la acción teleológica. Eso, sin embargo, no suprime la acción consciente, subjetiva, que desempeña un rol decisivo en los cambios y rupturas sustanciales de la historia de la humanidad, de la que las revoluciones son momentos ejemplares.⁸

El trabajo genera "en la ontología del ser social, una categoría cualitativamente nueva en relación a las precedentes formas del ser inorgánico. Tal novedad está en el hecho de que la posición teleológica se realiza como resultado adecuado, idealizado y deseado".⁹

El trabajo aparece como momento fundante de la realización del ser social, condición para su existencia; es el punto de partida para la humanización del ser social y el "motor decisivo en el proceso de la humanización del hombre".¹⁰ No fue otro el significado dado por Marx al enfatizar que: "Como creador de valores de uso, como trabajo útil, es el trabajo, por eso, una condición de existencia del hombre, independientemente de todas las formas de sociedad, eterna necesidad natural de mediación del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, y por lo mismo, vida humana".¹¹ Esta formulación permite entender el trabajo como "la única ley objetiva y ultrauniversal del ser social, que es tan 'eterna' como el propio ser social; o sea, se trata también de una ley histórica, en la medida que nace simultáneamente con el ser social, pero que permanece activa mientras este exista".¹²

A través del trabajo, dice Lukács, "tiene lugar una doble transformación. Por un lado, el propio hombre que trabaja es

transformado por su trabajo; él actúa sobre la naturaleza; 'desarrolla las potencias ocultas en ella' y subordina las fuerzas de la naturaleza a 'su propio poder'. Por otro lado, los objetos y las fuerzas de la naturaleza son transformados en medios, en objetos de trabajo, en materias primas etc. El hombre que trabaja, 'utiliza las propiedades mecánicas, físicas y químicas de las cosas, a fin de hacerlas actuar como medios para poder ejercer su poder sobre otras cosas, de acuerdo con su finalidad'".¹³

Si en la formulación marxista el trabajo es el punto de partida en el proceso de humanización del ser social, también es verdad que, tal como se objetiviza en la sociedad capitalista, el trabajo es degradado y envilecido. Se vuelve *extrañado*.¹⁴ Lo que debería constituirse en la finalidad básica del ser social — su realización *en y por* el trabajo — es pervertido y empobrecido. El proceso de trabajo se convierte en un medio de subsistencia. La fuerza de trabajo se vuelve, como todo, una mercancía, cuya finalidad viene a ser la producción de mercancías. Lo que debería ser la forma humana de realización del individuo, se reduce a la única posibilidad de subsistencia del desposeído. Esta es la radical constatación de Marx: la precariedad y perversidad del trabajo en la sociedad capitalista. Una vez desfigurado, el trabajo se vuelve medio y no "primera necesidad" de la realización humana. En la formulación contenida en los *Manuscritos*, "El trabajador desciende a mercancía y a la más miserable mercancía", "se vuelve un ser *extraño* a él, un medio de su existencia individual"¹⁵.

Como expresión de la realidad existente en la sociedad regida por el valor tenemos la dialéctica de la riqueza-miseria, de la acumulación-privación, del poseedor-desposeído. Aún de acuerdo con Marx: "Según las leyes de la economía política, el extrañamiento del trabajador en su objeto se expresa de manera que cuanto más valores produce tanto menos tiene para consu-

mir, que mientras más valores cree más se volverá sin valor y sin dignidad, que cuanto mejor formado es su producto tanto más deformado es el trabajador, que cuanto más civilizado es su objeto tanto más bárbaro es el trabajador, que cuanto más poderoso es el trabajo tanto más impotente se vuelve el trabajador, que cuanto más rico de espíritu es el trabajo tanto más pobre de espíritu y siervo de la naturaleza se vuelve el trabajador"¹⁶.

Como consecuencia de la forma del trabajo en la sociedad capitalista, tenemos la desrealización del ser social. El resultado del proceso de trabajo, el producto, aparece junto al trabajador como un ser ajeno, como algo ajeno y extraño al productor y que se vuelve cosa. Tenemos, entonces, que esa realización efectiva del trabajo, aparece como desefectivización del trabajador"¹⁷.

Ese proceso de extrañamiento del trabajo no se efectiviza sólo en el resultado — la pérdida del objeto —, sino que abarca también al propio acto de producción; este es el efecto de la actividad productiva ya extrañada. Si el producto es el resultado de la actividad productiva, entonces ésta es extraña al trabajador. En palabras de Marx: "en el extrañamiento del objeto del trabajo sólo se resume el extrañamiento, la alienación en la actividad misma del trabajo"¹⁸. Lo que significa decir que bajo el capitalismo el trabajador repudia el trabajo; no se satisface, sino que se degrada; no se reconoce, sino que se niega. "De allí que el trabajador sólo se sienta consigo mismo fuera del trabajo y fuera de sí en el trabajo. Se siente en casa cuando no trabaja y cuando trabaja no se siente en casa. Su trabajo no es por lo tanto voluntario, sino compulsivo, *trabajo forzado*. Por consiguiente, no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer necesidades fuera de él"¹⁹.

. En sus *extractos de lectura* sobre J. Mili, donde por primera vez hace una exposición más sistemática de la noción de extrañamiento, Marx afirma: "Mi trabajo sería *libre*

*proyección exterior de mi vida, por lo tanto disfrute de vida. Bajo el supuesto de la propiedad privada (en cambio) es extrañamiento de mi vida, puesto que trabajo para vivir, para conseguir los medios de vida. Mi trabajo no es vida*¹⁹.

El trabajo como actividad vital, verdadera, desaparece: "Una vez supuesta la propiedad privada mi individualidad se vuelve extraña hasta tal punto, que esta actividad se hace odiosa, un suplicio y más que actividad, apariencia de ella; en consecuencia, es también una actividad puramente impuesta y lo único que me obliga a realizarla es una necesidad extrínseca y accidental, no la necesidad interna y necesaria"²¹.

El extrañamiento, como expresión de una relación social fundada en la propiedad privada y el dinero, "es la abstracción de la naturaleza específica personal" del ser social, que "actúa como hombre que se perdió a sí mismo, deshumanizado".²² El extrañamiento remite pues a la idea de barreras sociales que obstaculizan el desarrollo de la personalidad humana. Se tiene como imagen no del pleno desarrollo de la omnilateralidad del ser, sino su reducción a lo que le es instintivo. Incluso animal. Aun en las palabras incisivas presentes en los *Manuscritos*: el trabajador se siente libremente activo en sus funciones animales (comer, beber, procrear, etc.) y en sus funciones humanas se siente como un animal. Lo que es propio de la animalidad se vuelve humano y lo que es humano se vuelve animal²³.

Extrañado frente al producto de su trabajo y frente al propio acto de producción de la vida material, el ser social se convierte en un ser extraño frente a él mismo; el hombre se extraña del propio hombre²⁴. Pasa a ser un extraño en relación con el género humano. "El hombre se convierte en un simple medio para otro hombre, un medio para la satisfacción de sus fines privados, de su avidez"²⁵. No se verifica el momento de identidad entre el individuo y el género humano — o sea, el hombre viviendo *para sí mismo, conscientemente como género* —, sino su opuesto.

En la sociedad capitalista, "el valor de uso, el producto del trabajo concreto no sirve para la satisfacción de las necesidades. Al revés, su esencia consiste en satisfacer las necesidades del *no-poseedor*. Al trabajador le es completamente indiferente el tipo de valores de uso que ha producido, no teniendo con ellos ninguna relación. Lo que hace para satisfacer sus necesidades es, por el contrario, *trabajo abstracto*: trabaja únicamente para mantenerse, para satisfacer las simples necesidades 'necesarias'²⁶.

En la concreción del capitalismo, por lo tanto, "todo es 'reificado' y las relaciones ontológicas fundamentales son puestas cabeza abajo. El individuo es confrontado con meros objetos (cosas, mercancías), cuando su 'cuerpo inorgánico' — 'naturaleza trabajada' y capacidad productiva externalizada — le fue alienado. No tiene conciencia de un ser 'perteneciente a una especie'..., en otras palabras, un ser cuya esencia no coincide directamente con su individualidad"²⁷.

La actividad productiva dominada por la fragmentación y el aislamiento de la producción capitalista, donde los hombres son automatizados, "no puede realizar adecuadamente la función de *mediación* entre el hombre y la naturaleza, porque 'reifica' (cosifica) al hombre y sus relaciones y lo reduce al estado de un animal natural"²⁸. En lugar de la conciencia de su ser social, se tiene el culto de la privacidad, la idealización del individuo tomado abstractamente²⁹.

Al contrario del *trabajo como actividad vital*, momento de identidad entre el individuo y el ser genérico, existe una sociedad regida por el capital, una forma de objetivación del trabajo, donde las relaciones sociales establecidas entre los productores asumen, como dice Marx, la forma de la relación entre los productos del trabajo. La relación establecida entre los hombres adquiere la forma de una relación entre cosas.

"La igualdad de los trabajos humanos asume la forma material de la misma objetividad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de las fuerzas de trabajo del hombre, por medio de su duración, asume la forma de la grandeza de valor de los productos del trabajo; finalmente, las relaciones entre los productores, donde aquellas características sociales de sus trabajos son activadas, asumen la forma de una relación social entre los productos del trabajo"³⁰.

La dimensión abstracta del trabajo oculta y hace desvanecer su dimensión concreta, de trabajo útil. De esto resulta el carácter misterioso o fetichizado de la mercancía; ella encubre las dimensiones sociales del propio trabajo, mostrándolas como inherentes a los productos del trabajo. Se enmascaran las relaciones sociales existentes entre los trabajos individuales y el trabajo total, presentándolas como relaciones entre objetos cosificados. "No es otra cosa que determinada relación social entre los propios hombres, que para ellos asume aquí la forma fantasmagórica de una relación entre cosas"³¹.

En el valor de cambio, el vínculo social entre las personas se transforma en una relación social entre cosas: la capacidad personal se transfigura en capacidad *de las cosas*".³² Se trata por tanto, de una relación reificada entre los seres sociales. Sin embargo, Marx apunta en los *Grundrisse* la dialéctica presente en el capitalismo: "El grado y la universalidad del desarrollo de las facultades, que hacen posible esta individualidad. Los individuos universalmente desarrollados, cuyas relaciones sociales en tanto relaciones propias y colectivas están ya sometidas a su propio control colectivo supone precisamente la producción basada sobre el valor de cambio, que crea, por primera vez, al mismo tiempo, la universalidad del extrañamiento del individuo frente a sí mismo y frente a los demás y la universalidad y la multilateralidad de sus relaciones y de sus habilidades. En niveles de desarrollo anteriores, el individuo

se presenta con mayor plenitud de sus relaciones y no las pone, frente a él, como potencias y relaciones sociales autónomas". Y agrega: "Es tan ridículo sentir nostalgia de aquella plenitud primitiva, como creer que es preciso detenerse en este vacío completo"³³.

La racionalización propia de la industria capitalista moderna, al ser motivada por la lógica del capital, tiende a eliminar las propiedades cualitativas del trabajador, por la descomposición cada vez mayor del proceso de trabajo en operaciones parciales, operándose una ruptura entre el elemento que produce y el producto de ese trabajo. Este es reducido a un nivel de especialización, que acentúa la actividad mecánicamente repetida. Y esa descomposición moderna del proceso de trabajo, de inspiración taylorista, "penetra hasta el 'alma' del trabajador"³⁴. Existe, en el plano de la conciencia, la cosificación, la reificación; el trabajo extrañado se convierte en un fuerte obstáculo en la búsqueda de la omnilateralidad y de plenitud del ser. No es casual, dice A. Heller, que Marx enfatice vigorosamente el hecho de que el capitalismo produzca necesidades "múltiples y ricas", en la misma medida en que provoca el empobrecimiento de los hombres y convierta al trabajador en un ser "exento de necesidades"³⁵.

Remitida a la contemporaneidad, dada por el capitalismo de la época monopólica, la problemática del extrañamiento adquiere amplitud aún mayor: si en la génesis del capitalismo industrial, dada la vigencia "de un trabajo opresivo en un nivel casi animal (...) la lucha de clases tuvo como objetivo, por decenios, garantizar con reivindicaciones adecuadas sobre el salario y sobre el tiempo de trabajo el mínimo de una vida humana para el trabajador",³⁶ con una subsunción real del trabajo al capital y el predominio de la plusvalía relativa, la lucha ganó un componente enteramente nuevo, una vez que la plusvalía absoluta no desempeña el papel dominante.

"Hoy, con una semana de cinco días y un salario adecuado, pueden existir las condiciones indispensables para una vida plena de sentido. Pero surge un nuevo problema: aquella manipulación que va de la compra del cigarrillo a las elecciones presidenciales, alzan una barrera en el interior de los individuos entre su existencia y una vida rica de sentido (...). A causa de esta manipulación, el obrero, el hombre que trabaja, es apartado del problema de cómo podría transformar su tiempo libre en *otium*, porque el consumo le es infundido bajo la forma de una superabundancia y vida con finalidad en sí misma, así como en la jornada de trabajo de doce horas la vida era dictatorialmente dominada por el trabajo"³⁷.

Esa larga cita nos parece valiosa porque introduce componentes nuevos para entender la problemática del extrañamiento en la sociabilidad contemporánea: si ésta se objetiva originariamente en el proceso de producción — y tiene en este momento su estatuto ontológico fundante —, el capitalismo avanzado consiguió extenderla a la esfera del consumo. Con todo el arsenal mercadológico y de los *mass media*, la posibilidad de manipulación de las necesidades de consumo del ser que trabaja lo imposibilita, también en este plano, para buscar su realización, arrastrando formas complejas de extrañamiento³⁸.

En el universo de la *manipulación de las necesidades*, la libertad individual es "sólo aparente: el particular elige los objetos de sus necesidades y plasma esas necesidades individuales no en conformidad con su personalidad, sino especialmente, conforme al lugar que ocupa en la división del trabajo (...) dado que *el fin no es* él desarrollo múltiple del individuo, el particular se convierte en *esclavo* de ese conjunto restringido de necesidades"³⁹. El retrato más significativo del empobrecimiento de las necesidades del individuo se observa en su reducción y homogeneización: "El obrero debe tener sólo

lo suficiente para querer vivir y solamente debe querer vivir para tener (...). Cuando observa que el trabajador es un 'ser sin necesidad', Marx alude a esta reducción. El trabajador debe privarse de toda necesidad para poder satisfacer una sola, mantenerse vivo. (...). De una sola cosa no puede privarse el trabajador: de su fuerza de trabajo. Sin embargo, el uso de la fuerza de trabajo (o trabajo) en condiciones capitalistas, constituye también un proceso de reducción. La propia ejecución del trabajo no representa una *necesidad* del trabajador. Como consecuencia de la división del trabajo, ésta se limita a la 'fuerza productiva por excelencia'. Así se concluye el proceso de reducción y homogeneización de las necesidades"⁴⁰.

Hay por lo tanto, en el plano de la producción y la reproducción material, una doble dimensión de la lucha contra el extrañamiento bajo el capitalismo: aquélla que se ocupa del cuestionamiento del propio modo de producción y extracción en la plusvalía y aquélla que posibilita al individuo que trabaja, utilizar su horario de no-trabajo, su tiempo libre, con el objetivo de llevar a cabo una experiencia más plena de sentido, no cosificado por la manipulación del capital.

Es evidente, sin embargo, que la emancipación del trabajo no debe confundirse con el tiempo libre o liberado, aunque sí con una nueva *forma de trabajo*, que realice en su totalidad la omnilateralidad humana, el libre desarrollo de las individualidades, la plena realización y emancipación del ser social. Por eso estamos en desacuerdo con A. Gorz cuando afirma que la liberación del ser social pasa por la abolición del trabajo, por el reino del no-trabajo, por la "sociedad del tiempo liberado". De esa formulación resulta que la centralidad en la transformación social no está más en la clase trabajadora, sino en la "no-clase" de los "no-trabajadores"⁴¹.

Es verdad que, en el contexto del capitalismo avanzado, la automatización creciente ha traído una disminución relativa

de sectores de la clase obrera. Del mismo modo es posible constatar en algunos países europeos, un proceso que paralelamente a la automatización del trabajo, ha generado una descentralización de las grandes unidades fabriles. Refiriéndose a Italia, Fergus Murray⁴² muestra cómo la descentralización productiva se intensificó y se transformó a través del avance tecnológico, combinando automatización y descentralización física de la producción, generando el fraccionamiento del trabajo, anteriormente concentrado en grandes unidades fabriles y que es transferido hacia los *domestic out-workers*, incrementando de este modo el *putting-out* del trabajo hacia una red de pequeñas unidades. A título de ejemplo de esas tendencias, cita el autor que en Japón existen cerca de 180 mil *domestic out-workers*; el auto "S" de la General Motors es fabricado en la red de producción de la GM europea, que emplea 120 mil trabajadores repartidos en 39 plantas en diecisiete países. En la economía italiana el *putting-out* ha traído cambios en el empleo industrial en los últimos diez años; en 1971, el 22% de la fuerza de trabajo estaba empleado en pequeñas empresas con menos de diecinueve trabajadores. Hacia 1978 este índice creció hasta el 29,4%, aumentando en cerca de 345 mil trabajadores. El *putting-out* y la fragmentación geográfica de la producción han sido parcialmente responsables de estas tendencias. En 1980, aproximadamente un tercio de la fuerza de trabajo en la industria mecánica de Boloña estaba trabajando en "empresas artesanales" (*artisan firms*) que emplean de uno a quince trabajadores. Todo esto sugiere, según el autor, que la descentralización productiva, la automatización y la informática son medios eficientes para ser contrapuestos al poder obrero y al trabajo colectivo de masa. Si se generaliza esa tendencia (lo que por ahora es una hipótesis), será evidente que el trabajador colectivo de masa de los años 70 disminuirá mucho en su potencialidad revolucionaria.

Si es válido argumentar que la afirmación sobre el fin del proletariado es, como mínimo, polémica e incluso problemáti-

ca, aun cuando sea remitida al espacio del capitalismo avanzado (donde expresivos confrontamientos del proletariado europeo, como la huelga de los mineros ingleses, que duró casi un año y la de los metalúrgicos alemanes, también de larga duración sólo para citar dos ejemplos desencadenados en 1984, contradicen las tesis del *welfare state* y del conformismo de la clase obrera), más problemáticas se vuelven cuando son remitidas a los países no hegemónicos⁴³. Pero esa ya es otra discusión.

NOTAS

1. K. Marx, *O capital*, Sao Paulo, Abril Cultural, vol. 1, Livro Primeiro, t. 1, 1983. p. 149-150.
2. G. Lukács, *Ontologia dell'essere sociale*, II, Roma, Editori Riuniti, 1981. p. 23.
3. G. Lukács, "As bases ontológicas do pensamento e da atividade do homem", en *Temas de Ciencias Humanas*, Sao Paulo, Ciencias Humanas, n. 4, 1978. p. 5.
4. *Ibid.*, p. 4.
5. *Ibid.*, p. 8.
6. G. Lukács, *Ontologia dell'essere sociale*, II, op. cit., p. 24.
7. G. Lukács, "As bases...", op. cit. p. 6.
8. Sobre la distinción lukácsiana entre posiciones ideológicas primarias, esto es, aquéllas que remiten directamente a la esfera del trabajo, y las posiciones teleológicas secundarias, esto es, aquéllas que se refieren a la actividad humana no directamente vinculada a las actividades económicas, sino a la superestructura, ver Ester Vaisman, *El problema de la ideología en la ontología de G. Lukács*, Tesis de Maestría, UFPB, 1986, especialmente cap. I.
9. G. Lukács, *Ontologia...II*, op. cit., p. 33.
10. *Ibid.*, p. 36.
11. K. Marx, *O capital*, op. cit., p. 50.
12. G. Lukács, *Ontologia do ser social (Os principios ontológicos fundamentais de Marx)*, Sao Paulo, Ciencias Humanas, 1979. p. 99.
13. *Ibid.*, p. 16.
14. Utilizamos la expresión el trabajo extrañado (*die entfremdete Arbeit*) y extrañamiento (*entfremdung*) y no alienación (*Entausserung*) porque aun cuando esta última es un aspecto ineliminable de toda objetivación, el extrañamiento se refiere a la existencia de barreras sociales que se oponen al desarrollo de la personalidad humana. Como dijo Lukács: "Solamente cuando las formas objetivas de la sociedad adquieren o asumen funciones que ponen la esencia del hombre en contraposición a su existencia, someten la esencia al ser social, la deforman o la desgarran etc., es que se produce la relación objetivamente social del extrañamiento". Conforme a G. Lukács, *Historia y consciencia de clase*, Prólogo de 1967, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. XXVI. En otras palabras, el desarrollo de las fuerzas productivas conlleva necesariamente al desarrollo de la capacidad humana, pero y aquí emerge plásticamente el problema del extrañamiento, el desarrollo de la capacidad humana no produce necesariamente el desarrollo de la personalidad humana, sino al contrario, puede desfigurarla y envilecerla. Ver G. Lukács, *Ontologia...*, II, p. 562.
15. K. Marx, "Manuscritos económicos-filosóficos", parte final del primer manuscrito, Florestan Fernandes (org.), en *Marx/Engels, Historia*, Sao Paulo, Ática, 1983, p. 147 y 158. Como el traductor de esta edición no comparte lo expuesto

- en la nota anterior, hicimos algunas alteraciones a partir de la consulta al texto original *Ökonomisch-philosophische Manuskripte* (1844), Werke, Dietz Verlag, Berlín, p. 510-522.
16. *Ibid.*, p. 152.
 17. *Ibid.*, p. 149.
 18. *Ibid.*, p. 152-153.
 19. *Ibid.*, p. 153.
 20. K. Marx, "Extractos de lectura James Mili", en *Obras de Marx y Engels*, Orne, "Manuscritos de París y Anuarios Franco-Alemanes 1844", Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 293.
 21. *Ibid.*, p. 299.
 22. *Ibid.*, p. 278.
 23. K. Marx, *Manuscritos económicos-filosóficos*, op. cit., p. 154.
 24. *Ibid.*, p. 158.
 25. Agnes Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona, Península, 1986. p. 54.
 26. *Ibid.*, p. 54.
 27. Itsvan Mészáros, *Marx, A teoría da alienacao*. Rio de Janeiro, Zahar, 1981. p. 76.
 28. *Ibid.*, p. 76-77.
 29. *Ibid.*, p. 77.
 30. K. Marx, *O capital*, vol. I, Abril, op. cit., p. 71.
 31. *Ibid.*, p. 71.
 32. K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Borrador, 1857-1858, I, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 85.
 33. *Ibid.*, p. 89-90.
 34. Conforme G. Lukács, "La cosificación y la conciencia del proletariado", en *Historia y consciencia de clase*, op. cit., p. 129.
 35. A. Heller, op. cit., p. 53.
 36. G. Lukács, *Conversando com Lukács*, por Holz, Kofler Abendroth. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1989, p. 52-3.
 37. *Ibid.*, p. 53-4.
 38. Conforme G. Lukács, "Autocrítica del Marxismo", en *Temas de Ciencias Humanas*, op. cit., p. 23. Pienso que Sartre también aborda esta problemática cuando afirma, refiriéndose al capitalismo avanzado, que "El obrero se agota trabajando para producir el automóvil y para ganar el dinero necesario para comprarlo; con esta adquisición le da la impresión de que fue satisfecha una 'necesidad'. El sistema que lo explota le da, al mismo tiempo, un modelo y la posibilidad de satisfacerlo. Hay que buscar por tanto, la conciencia del carácter intolerable, no más en la imposibilidad de satisfacer sus necesidades elementales, sino antes que todo, en la conciencia de la alienación: quiere decir, porque esta vida no vale la pena de ser vivida y porque no tiene sentido, ese mecanismo es una

mentira, esas necesidades se crean artificialmente, son falsas, se agotan y sólo sirven a estas necesidades". J. P. Sartre, "Masas, espontaneidad, partido", discusión entre Sartre y la dirección de II Manifestó, en *Teoría marxista del partido político* 3, Varios Autores, Cuaderno de Pasado y Presente 38, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973. p. 21.

39. A. Heller, op. cit., p. 57-8.

40. Ibid., p. 64-6.

41. Ver A. Gorz, *Adeus ao proletariado (Para além do socialismo)*. Rio de Janeiro, Forense Universitaria, 1982. p. 9-22.

42. Ver Fergus Murray, "The decentralisation of production. The decline of the mass-collective worker?", en *Capital and class*, n. 19, primavera 1983, Londres, p. 79-99.

43. Sobre la huelga de los mineros de Inglaterra, ver *Digging deeper issues in the miner's strikes*, Huw Beynon, British Library, 1985.

Otro autor, Castoriadis, llevó al extremo la formulación anterior contenida en A. Gorz., y con la cual estamos radicalmente en desacuerdo. En *Socialismo o barbarie*, dice: "La preparación histórica, la gestión cultural y antropológica de la transformación social no puede ni podrá ser tarea del proletariado, ni a título exclusivo, ni a título de privilegio. No se trata de atribuir a una categoría social particular, sea ella cual fuere, una posición soberana o 'hegemónica'". Luego de eso discurre sobre lo que considera la total inadecuación del concepto de proletariado y de la teoría marxista de las clases. Agrega además en otro ensayo: "No podemos empezar a comprender algo sobre el proletariado y su historia mientras no nos deshagamos de esos esquemas ontológicos que dominan el pensamiento heredado (y su último producto, el marxismo), mientras no consideremos en primer lugar los significados nuevos que emergen en y a través de la actividad de esa categoría social, en lugar de hacerla entrar por la fuerza en esquemas conceptuales venidos de afuera y previamente dados". Y completa: "La clase obrera en el sentido propio de la expresión, tiende a convertirse en un colectivo numéricamente minoritario en los países del capitalismo moderno; y lo que es aún más importante, no se manifiesta más y no se impone más como clase". De esto resulta que, "... no hay más proletariado como única clase verdaderamente revolucionaria; hay un proletariado minoritario en la sociedad, que ya no se asume como clase revolucionaria (y ni siquiera como 'clase') y cuya lucha contra el sistema instituido no es, cualitativa o cuantitativamente, ni más ni menos importante que los otros colectivos sociales". La primera cita aparece en C. Castoriadis, *Socialismo ou barbarie, (O conteúdo do socialismo)*, Sao Paulo, Brasiliense, 1983, p. 30. Las demás citas se encuentran en *A experiência do movimento operário*, Sao Paulo, Brasiliense, 1985, p. 54, 73-6. En relación con la persistencia del antagonismo entre el capital social total y la totalidad del trabajo, ver las consideraciones de Mézáros, *As necessidades do controle social*, Sao Paulo, Ensaio, especialmente los ítems 6 y 7.

IV

El predominio de la lógica del capital*

Voy a intentar apuntar algunos elementos que determinaron el derrumbe de la URSS y de la equivocadamente llamada "experiencia socialista" intentada en el siglo XX. Voy a hacerlo recorriendo dos ideas centrales, dejando de lado innumerables cuestiones relevantes, pero no determinantes, que la brevedad de este texto no permite tratar:

- 1) Al contrario de lo que pregona la *sinrazón* hoy dominante, la experiencia de la URSS no concretizó valores esenciales del pensamiento de Marx, sino que acabó por efectivizar la *negación aguda de los elementos fundantes de su pensamiento*.
- 2) Las sociedades pos-revolucionarias *no consiguieron constituirse como sociedades socialistas*; la ruptura iniciada en 1917 *no fue capaz de romper con la lógica histórico-mundial del capital*, a pesar de contemplar, en el ámbito de los recortes nacionales, dimensiones anticapitalistas.

Comencemos por la primera. Son conocidas las ideas de Marx respecto de las posibilidades de rupturas anticapitalistas: éstas encontrarían suelo fértil solamente si las revoluciones socialistas alcanzaran una dimensión y una procesualidad unversalizante, a partir de "un alto grado de desarrollo" dado "en un plano *histórico-mundial*". Sin esto, el "comunismo local", imposibilitado de desarrollarse como "fuerza universal", sería sofocado por las propias "fuerzas del intercambio" mun-

* Publicado en *Crítica marxista*, Sao Paulo, Brasiliense, vol. 1, n. 1, 1994.

dial (Marx, 1977: 50-1). Mucho tiempo después, preguntado sobre la posibilidad de la revolución en Rusia, Marx señaló: por la inserción en el "mercado mundial donde predomina la producción capitalista" (Marx, 1978b: 142), la revolución rusa podrá ser "punto de partida" para Occidente, "de modo que ambas se complementen" (Marx y Engels, 1975: 15).

Se sabe que ésta no fue la trayectoria rusa: una revolución *singular*, ocurrida en un país *atrasado*, no tuvo como consecuencia la *occidentalización* de la revolución. Con las derrotas de las revoluciones en el centro, especialmente la alemana, la revolución rusa comenzó a vivir la *tragedia*. Si con Lenin, Trotsky y Bukharin eran visualizadas dimensiones de esta tragedia, con Stalin la revolución rusa alcanzó la absurda condición de *modelo* que debería ser seguido por las demás revoluciones. De ahí hubo un paso muy rápido a la también nefasta tesis estaliniana del *socialismo en un solo país*, y sus varios y cada vez más equivocados desdoblamientos, como el *del socialismo en los países coloniales, dependientes, atrasados* etc. *Objetivamente aislada, la revolución rusa estaba imposibilitada de romper con la lógica del capital*; posteriormente, al ampliarse (sin revolución) hacia el Este Europeo y desde allí en dirección a la periferia del capitalismo, se acentuaba la tendencia anterior. La efectivización de una *transición aislada o subalterna* hacia el socialismo era una *imposibilidad objetiva*. *Subjetivamente*, sobre el terror de la era Stalin, el mito del "socialismo en un solo país" se convirtió en tesis *tacticista* con estatuto de cientificidad y de *clasicidad* (Lukács, 1976: 361).

El resultado final de esto está estampado en 1989: el derrocamiento y el desmoronamiento final de la URSS y de los países que componían el falsamente denominado "bloque socialista", y que no conseguían romper con *la lógica, el dominio del capital* (Mészáros, 1982, 1985, 1993). Sus trazos internos

anticapitalistas (de los que fueron ejemplos la eliminación de la propiedad privada, del lucro y de la plusvalía *acumulada privadamente*), fueron incapaces de romper con el sistema de comando del capital, que se mantuvo a través de los imperativos materiales; de la división social del trabajo heredada de antes y sólo parcialmente modificada; de la estructura objetiva, atrasada en su inicio y obsoleta en su desarrollo posterior; y de la consecuente generalización del *reino de la escasez*. Sus vínculos con el *sistema mundial productor de mercancías* impidieron que su conformación interna con trazos anticapitalistas se hiciera determinante. Al contrario, estos países se torcieron hacia la lógica de la producción y del mercado bajo el comando del capital. En la síntesis de Mészáros, la Unión Soviética no era capitalista, ni tampoco un capitalismo de Estado. Pero el sistema soviético estaba totalmente dominado por el poder del capital: la división del trabajo permanecía intacta; la estructura de comando del capital (y no del *capitalismo*, en la distinción decisiva presente en Marx y reafirmada por Mészáros) también permanecía. El capital es un sistema de comando cuyo funcionamiento está orientado hacia la acumulación, siendo que esa acumulación *puede ser garantizada por diferentes caminos* (Mészáros, 1993: 31). Con un diagnóstico que contempla algunas similitudes, Mandel (1985: 57) afirma que "la persistencia de la producción de mercancías en la URSS y otras formaciones sociales similares es una evidencia decisiva de que (...) no hay una economía *socialista* ni una sociedad donde los medios de producción estén plenamente socializados o en proceso de socialización".

Otro autor, en reciente y polémico ensayo, desarrolló la tesis de que el sistema soviético estaba en su *interioridad* imposibilitado de romper con *la lógica del sistema global productor de mercancías y del trabajo abstracto*. Después de demostrar que el "sistema de mercado planificado", siguiendo

su propia lógica inmanente, llevó al extremo todas las irracionalidades del sistema productor de mercancías, en vez de comenzar a eliminarlas, las acrecentó: la producción de mercancías "del socialismo real", al llegar al mercado mundial, [tuvo] que sujetarse a las leyes de éste, independientemente de sus leyes propias... "El mercado mundial, en primer lugar una metaesfera de la producción de mercancías de las economías nacionales, impone progresivamente en un contexto global la ley de la productividad, descrita por Marx" (Kurz, 1992: 102 y 131-2).

Esos países, teniendo a la URSS al frente, con insuficiente nivel de desarrollo de las propias fuerzas productivas, a pesar de haberse configurado como sociedades poscapitalistas, fueron gradual y crecientemente sofocados por la lógica histórico-mundial del capital; el *intento* de transición socialista hecho en el siglo XX no fue capaz de quebrar el centro hegemónico del capitalismo y desde allí iniciar efectivamente el desmontaje de la lógica del capital. En vez de asociación libre de los trabajadores, la omnilateralidad y emancipación humanas, de las que tanto habló Marx, se vivenció la creciente subordinación de estos países a los reglamentos propios del capital y del sistema productor de mercancías. En verdad, estas sociedades posrevolucionarias constituyeron sociedades *híbridas, ni capitalistas ni socialistas*, cuya transitoriedad aunque tuviera un *telos* volcado abstractamente hacia el socialismo, fueron *objetiva* (y *subjetivamente*) retrocediendo y acomodándose al sistema productor de mercancías a escala internacional. Pienso que hay una cierta similitud, para hacer un paralelo histórico, con las formaciones sociales que, en la época de la transición del feudalismo al capitalismo, asumieron también una conformación *híbrida*, que generó inclusive un expresivo y controvertido debate al interior del marxismo. La diferencia más evidente es que en aquél tránsito el capitalismo se tornó, al final del proceso,

victorioso, de manera diferente de la transición intentada en el siglo XX, que no llevó a la superación del modo de producción capitalista. El caso chino parece ejemplar: subsiste a través de una falaz "economía socialista de mercado", cada vez más atada (y sintonizada) con el sistema mundial productor de mercancías y sustentada hasta no se sabe cuándo por una autocracia partidaria.

Quiero concluir con tres sintéticas puntualizaciones:

Primera: los acontecimientos de 1989 señalan una nueva era, de crisis aguda del capital (Kurz, 1992; Mészáros, 1989), así como la posibilidad real de renacimiento de una izquierda *renovada y radical, de inspiración marxiana*, que no podrá ser responsabilizada por la barbarie (neo)estalinista vigente en aquellos países hasta hace poco tiempo (ver, por ejemplo, Magri, 1991: 9). El movimiento socialista también se verá beneficiado por la intensificación de las contradicciones sociales en las formas societarias que se están configurando en la ex URSS y demás países del Este Europeo.

Segunda: el análisis de las experiencias revolucionarias del siglo XX nos permite concluir que "la revolución social victoriosa no podrá ser local o nacional; solamente la revolución política podrá confinarse dentro de un cuadro limitado, conforme con su propia parcialidad — [la revolución social] deberá ser *global/universal*, lo que implica la necesaria superación del Estado en su escala global" (Mészáros, 1982: 60). De lo que se desprende que las ocurrencias de *revoluciones políticas nacionales* no llevan a la realización *inmediata y nacional* del socialismo, toda vez que éste supone un proceso ampliado y de dimensión unversalizante.

Tercera: las posibilidades reales de superación del capital aún encuentran como subjetividad colectiva capaz de efectivizarlas a la *clase-que-vive-del trabajo*. Aunque más

heterogénea, más complejizada y más fragmentada, es, sin embargo, por el análisis de la sociabilidad del capital, el *ser social* otológicamente aún capaz de dar vuelta una nueva página de la historia.

V

Dimensiones de la crisis contemporánea o del nuevo (des)orden internacional

Vivimos en una época marcada por una aguda *crisis* e innumerables mistificaciones. Valores, concepciones, idearios, todos ellos moldeados por manipulaciones que penetran con enorme intensidad en millones de conciencias y cuya finalidad es enmascarar la dimensión aguda de la *crisis contemporánea*. Dos de ellas me parecen más nefastas y son justamente aquéllas para las cuales las respuestas han sido absolutamente insuficientes, al menos cuando se piensa en las grandes mayorías trabajadoras. La *primera* de ellas, responsable por la imagen que se propagó a partir del derrumbamiento del Este en 1989, con el desmantelamiento de la URSS y prácticamente de todos los países que comprendían el equivocadamente denominado "bloque socialista". La *segunda*, la creencia de la victoria del capitalismo, que habría creado con la derrota del Este, las condiciones para su "eternización".

Este ensayo pretende ofrecer elementos para la crítica de esas dos mistificaciones, y levantar al final, algunos de los desafíos más agudos enfrentados por el mundo del trabajo.

Comencemos por el Este Europeo. El colapso vivido en 1989 *no significó el fin del socialismo* sino, más bien, la derrota de una tentativa iniciada en 1917 con la Revolución Rusa, pero que fue, poco a poco, siendo minada y subordinada a la *lógica histórico-mundial del capital*. Una revolución singular, que contaba con su expansión a Occidente para poder sobrevivir, tuvo un camino cortado, reduciéndose a una expansión hacia el Oriente, hacia los países atrasados de origen colonial. A pesar

de sus rasgos internos anticapitalistas, como la eliminación de la propiedad privada, del lucro, de la plusvalía acumuladas privadamente, la *lógica mundializada del capital* (y del mercado), terminaron por sofocar a estos países poscapitalistas que vivieron, o viven, a partir de 1989, con la URSS al frente, un proceso de regresión al capitalismo. El reino de la escasez, el atraso tecnológico, la permanencia de una división del trabajo que fue modificada sólo en forma limitada y parcial, la dependencia financiera creciente al capital internacional, son algunas de las muchas manifestaciones de creciente subordinación de los países del Este Europeo a la lógica del sistema productor de mercancías a escala internacional. El caso chino, tan citado como ejemplo de la "persistencia del socialismo", es una clara expresión de lo que afirmamos arriba: está cada vez más articulado *económica y externamente* con el sistema productor mundial de mercancías, aunque fundado internamente en mecanismos de relaciones no capitalistas, garantizados por una autocracia partidaria y estatal de aspecto neostalinista, lo que ha posibilitado hasta el presente el "éxito" económico de ese modelo.

Aunque habían roto internamente con elementos del capitalismo, los países del Este se mostraron incapaces de romper con la *lógica del capital*. Resultado: países dotados de insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas, a pesar de haberse configurado internamente como poscapitalistas, fueron poco a poco siendo paralizados e incorporados por la lógica del capital mundializado. De modo que el *intento de transición al socialismo* no fue capaz de romper la lógica del capital, constituyéndose en sociedades *híbridas, ni capitalistas, ni socialistas* — asemejándose en este particular a otros momentos de transición experimentados por la historia — y que en el presente viven una nítida regresión al capitalismo. De ese modo, un postulado esencial de Marx — sobre la necesidad de una generalización de las revoluciones socialistas en un plano his-

tórico-universal, y de la imposibilidad del "comunismo local" — fue confirmada y no negada con el desmoronamiento del Este Europeo.

Por lo esbozado antes, se debe concluir que lo que se desmoronó con la URSS no fue *el socialismo*, sino un intento de transición que no pudo llevarse a cabo y que pocos años después de su inicio se le sumó otro elemento esencial, *subjetivo*, brindado por la barbarie estalinista, que dictatorialmente *consolidó* un "socialismo" que de hecho nunca existió.

La otra mistificación, aún más fuerte que la primera, es aquella que hace la apología del capitalismo, "eternizado" a partir del desmoronamiento del Este Europeo. La derrota de aquél sería la consolidación de la victoria de éste. Al mismo tiempo en que esa proposición fuertemente diseminada, la *crisis* penetra en el *centro* de los países capitalistas, con una intensidad nunca vista anteriormente. Paralelamente a la globalización productiva, la lógica del sistema productor de mercancías acentuó con tal fuerza la competitividad intercapitalista que convirtió la búsqueda de la "productividad" y de la "modernidad", en un proceso autodestructivo que generó, entre otras consecuencias nefastas, la creación sin precedentes de una sociedad de *excluidos*, no sólo en los países del Tercer Mundo, sino también en el corazón de los países avanzados. El salto tecnológico — del que es ejemplo el japonés seguido por el avance alemán — ocasionaron el desmontaje de innumerables parques productivos que no consiguieron acompañar la lógica perversa de la "productividad". De ese modo, algunos países capitalistas avanzados tienden a "imponer a la humanidad el más perverso tipo de existencia inmediatesta, totalmente carente de cualquier justificación en relación con las limitaciones de las fuerzas productivas y de las potencialidades de la humanidad, acumuladas en el curso de la historia". Esto se da porque el capital está totalmente desprovisto de medida y de

un cuadro de orientación humanamente significativo; mientras que su impulso interior por la autoexpansión es *a priori* incompatible con los conceptos de control y límite... Es por eso que corresponde a la línea de menor resistencia del capital, llevar las prácticas materiales de la *destruktiva autorreproducción ampliada*, al punto de hacer surgir el espectro de una destrucción global, en lugar de aceptar las requeridas restricciones positivas en el interior de la producción para la satisfacción de las necesidades humanas" (Mészáros, 1989: 20 y 102-3). Se consolida una *lógica de la producción esencialmente destruktiva*, donde el *valor de uso* de las cosas es subordinado al *valor de cambio*. Como resultado de eso, "el capital adquiere algunas nuevas potencialidades productivas, en la medida que realmente no hay consecuencia alguna para su sistema y su tasa de uso, que caracteriza la relación del consumidor con un producto dado sea máxima o mínima. Esto no afecta en absolutamente nada a la única cosa que realmente le importa al capital" (ídem: 23). La consecuencia de esta lógica de la producción *destruktiva*, desencadenada en un contexto *globalizado*, demasiado evidente: "Lo que marca la próxima fase (del capitalismo) es que regiones enteras se irán quedando afuera, muriendo en su papel de regiones industriales porque sus industrias fueron derrotadas en la competitividad de los mercados y ya no pueden elevar el capital monetario para continuar en la carrera de la productividad" (Kurz, 1993: 208). Fenómeno éste que no se restringe a los países del tercer mundo industrializado e intermediario como Brasil, sino que penetra en países centrales, que están incapacitados para acompañar la carrera tecnológica. Inglaterra- tal vez sea el caso más resonante. Estados Unidos siente directamente ese proceso, soportando hasta el presente en función de su expresivo mercado interno. Japón y Alemania, los países considerados "victoriosos", tampoco tienen como escapar de esa lógica

destruktiva, una vez que están financiando "hace años y en dimensiones inimaginables, sus éxitos de exportación en los mercados mundiales, prestando a las economías de la OCDE que de hecho fueron derrotadas en la competencia, los recursos necesarios para continuar con la inundación de importaciones. Solamente por eso las economías perdedoras de la OCDE aún no tomaron el rumbo de las sociedades poscatastróficas del Sur y del Este, aunque a costa de haber acumulado verdaderas montañas de deudas impagables" (ídem: 213). La experiencia reciente de los países asiáticos, como Corea, Hong Kong, Taiwan, Singapur, son irrealizables en países de dimensiones continentales; en su mayoría son pequeños países que ni siquiera consiguieron desarrollar su mercado interno y dependen directamente del Occidente para desarrollar su industrialización exportadora. De ese modo, no se constituyen en alternativas a ser seguidas y viabilizadas por los países continentales del Tercer Mundo. En ese sentido, la crisis que antes afectaba al Tercer Mundo, después de destruir el Este Europeo, avanza en dirección al centro. La lógica desigual que configuró las relaciones entre países del centro y del Tercer Mundo penetra en el interior del Occidente. La miseria presente en las grandes capitales, las altísimas tasas de desempleo, las desindustrialización de innumerables complejos productivos son algunas expresiones más visibles de la crisis aguda que marca a la sociedad capitalista. En una conclusión, se puede decir que "Occidente se encuentra delante del mismo problema que ya redujo al Sur y al Este al *estatus* de grandes perdedores. Cuanto más disminuye la capacidad adquisitiva global de recursos de capital, real o productivo, en virtud de la destrucción a la que lleva la competencia, y cuanto más se intensifica la lucha entre los vencedores que van quedando, tanto más cerca del final tienen que quedar economías nacionales enteras en la carrera de la productividad, cayendo por debajo del nivel global de la

rentabilidad alcanzada, aun dentro de la OCDE" (ídem: 210-1). De modo que, de espectador privilegiado de la *crisis* del Tercer Mundo y posteriormente del Este Europeo, el centro se transforma en el escenario principal, viviendo en su interior situaciones tan explosivas y críticas como aquéllas que antes estaban reservadas al Sur. Enfrentamientos en huelgas, como la reciente paralización ampliada de los sindicatos europeos o la huelga de los metalúrgicos de la ex Alemania Oriental, de mayo de 1993, son apenas tímidas señales de lo que puede suceder en el *centro nervioso del capital*. Por todo eso, propagar la "victoria" del capitalismo en este contexto sólo puede ser entendido como el más brutal ejercicio de manipulación. Todo eso posibilita, en el final de siglo "casi de las tinieblas", una real revitalización de la izquierda, renovada y radical, inspirada en valores del pensamiento de Marx, fundada en *la clase-que-vive-del trabajo*, y por eso capaz de iniciar un proceso de construcción del socialismo, que de hecho, dé inicio, a una organización societaria emancipada, fundada en valores que vayan *más allá del capital, del mercado, del lucro*, que posibiliten la existencia de seres sociales *omnilaterales*, "libremente asociados". Es, como se puede ver, un emprendimiento difícil y osado, para lo cual están imposibilitadas tanto *la vieja izquierda de la era estalinista*, como *la izquierda socialdemócrata*.

VI

Mundo del trabajo y sindicatos en la era de la reestructuración productiva: impase y desafíos del nuevo sindicalismo brasileño*

La crisis que afecta al mundo del trabajo, sus sindicatos y partidos, es de proporciones aún no del todo asimiladas. Su intensidad y agudeza se deben al hecho de que, simultáneamente, afectó la *materialidad* y la *subjetividad del ser-que-vive-del-trabajo*. No fueron pocas las transformaciones vividas en esta última década, afectando centralmente a los países desarrollados, pero con fuertes repercusiones, derivadas de la mundialización y la globalización del capital, en el conjunto de los países del Tercer Mundo, especialmente aquéllos *intermedios* dotados de un significativo parque industrial, como es el caso de Brasil.

Indico a continuación, algunos elementos que en su conjunto componen la causalidad de este cuadro agudamente crítico: la automatización, la robótica y la microelectrónica posibilitaron una revolución tecnológica de enorme intensidad. El taylorismo y el fordismo ya no son los únicos; conviven en el proceso productivo del capital con el "toyotismo", el modelo sueco, entre otros. Tales cambios tienen consecuencias directas en el mundo del trabajo, especialmente en la clase obrera. La flexibilización de la unidad fabril, la desconcentración de la producción, la arrasadora desregulación de los derechos del trabajo, los nuevos patrones de gestión e "involucramiento" de la fuerza de trabajo, como los Círculos de Control de Calidad (CCC), experimentados en Japón — en realidad una apropiación del *hacer* y el *saber* del trabajo, bajo el comando manipulador del capital de nuestros días, llevando el extrañamiento del

trabajo (en el sentido marxista) a su límite — todo eso, hecho bajo un "incuestionable" dominio de la "productividad" y de la "modernidad social", terminó afectando a *la forma de ser* del proletariado fabril, tradicional. La *clase-que-vive-del-trabajo* se metamorfoseó.¹

Si con estas transformaciones no fuera suficiente, la crisis afectó también directamente a la *subjetividad* del trabajo, su conciencia de clase, modificando sus dañados organismos de representación, de los que son expresión los sindicatos y los partidos. Los primeros, los sindicatos, fueron forzados a asumir una acción cada vez más *defensiva*, cada vez más aislada a la *inmediatez*, a la *contingencia*, retrocediendo en su ya limitada acción de clase en el universo del capital. Turbados como estaban, gradualmente fueron abandonando sus rasgos anticapitalistas, dejando de preservar la jornada de trabajo reglamentada, los demás derechos sociales ya conquistados, y mientras más avanza la "revolución técnica" del capital, luchan por defender *el más elemental y defensivo* de los derechos de la clase trabajadora, sin el cual su sobrevivencia está amenazada: *el derecho al trabajo, al empleo*.

Es en este contexto adverso que se desarrolla el *sindicalismo de participación* en sustitución del *sindicalismo de clase*. Participar de todo..., mientras no se cuestione al mercado, la legitimidad del lucro, *qué* y para *quién* se produzca, la lógica de la productividad, la sacra propiedad privada, en fin, los elementos básicos del complejo movimiento del capital.

Las perspectivas generosas de la emancipación humana, tan caras a Marx, fueron o están siendo poco a poco cambiadas por los valores de la *adaptación* socialdemócrata. Entre el estrago neoliberal y la bancarrota del Este Europeo (equivocadamente asimilada por enormes contingentes de la izquierda como el "fin del socialismo y del marxismo"), el universo político e ideológico del mundo sindical de izquierda, incapaz de buscar nuevas

alternativas socialistas, *refundadas, redescubiertas y radicales*, se inserta cada vez más en la preservación del llamado *welfare state*, en el universo de la acción socialdemócrata. La lucha por el control social de la producción, presente con intensidad en las décadas del 60 y 70, en Europa, y en tantos otros momentos de la lucha de los trabajadores, parece cada vez más distante. Lo moderno es el mercado, la productividad, la integración, la negociación, el acuerdo, la conciliación, la concertación.

Incapaz de aprehender la *amplitud* y la dimensión de la crisis del capitalismo, puesto en una situación desfavorable que le obstaculiza la posibilidad de visualizar y actuar hacia *más allá del capital, el sindicalismo*, en sus rasgos y tendencias *dominantes* en los países avanzados, conducido por el ideario que han conformado sus líderes, con cada paso que da retrocede a un nivel anterior, asemejándose a un individuo que aunque parezca que camina hacia adelante, en realidad descende de espaldas una escalera, sin vislumbrar el último escalón y menos aún el tamaño de la caída. Actuando cada vez más bajo un prisma institucional, distanciándose de los movimientos sociales autónomos, el sindicalismo vive una brutal crisis de identidad. Pienso que se trata, en realidad, de la *más aguda crisis del universo del trabajo*, con repercusiones fuertes en *el movimiento* de los trabajadores. La simultaneidad de la crisis, tanto en la *materialidad* como en la subjetividad de la *clase-que-vive-del-trabajo*, se vuelve mucho más intensa. ¿Cuáles fueron las consecuencias más visibles de esas transformaciones?

Respecto del mundo del trabajo, las respuestas son complejas y vuelven múltiples los procesos, que aquí solamente podemos indicar, con la intención de configurar un *esbozo* explicativo de la crisis que asóla a la clase trabajadora (incluida en ella el proletariado). Y en particular el movimiento sindical. Es visible la reducción del proletariado fabril, industrial, generada en la gran industria comandada por el binomio taylorismo-

fordismo, especialmente en los países capitalistas avanzados. Sin embargo, paralelamente a ese proceso, se verifica una creciente *subproletarización* del trabajo, a través de la incorporación del trabajo precario, temporario, parcial, etc. La presencia inmigrante en el Primer Mundo cubre franjas de esa *subproletarización*. A veces confundiendo, a veces diferenciándose de esa tendencia, hay un fuertísimo proceso de *tercerización* del trabajo, que tanto califica como descalifica y con certeza desemplea y torna mucho menos estable la condición obrera.³ Se inicia el asalariamiento de los sectores medios, se incorpora el trabajo de las mujeres al proceso productivo. Hay calificación en varios sectores, como en el ramo siderúrgico, provocando, como tendencia, un proceso de *intelectualización del trabajo industrial* (el trabajador "como supervisor y regulador del proceso de producción", de acuerdo a la genial anticipación de Marx en los *Grundrisse*), y descalificación en otros, como el minero. Tal como se constata, el proceso es complejo y multiforme y tiene como resultado una clase trabajadora más *heterogeneizada, fragmentada y complejizada*?

El sindicalismo no permanece inmune a estas tendencias: disminuyeron las tasas de sindicalización en la(s) última(s) década(s), en Estados Unidos, Japón, Francia, Italia, Alemania, Holanda, Suiza, Reino Unido, entre otros países.⁴ Con un aumento de la *brecha* entre los trabajadores estables y los precarios, parciales, *se reduce fuertemente el poder de los sindicatos, históricamente vinculados a los primeros e incapaces, hasta el presente, de integrar a los segmentos no estables de la fuerza de trabajo*. Hubo, en la década del 80, reducción del número de huelgas en varios países del centro. Aumentan los casos de cooperativismo, xenofobia, racismo, en el seno de la propia clase trabajadora. Todo eso -permite constatar que el movimiento sindical se encuentra en una crisis de proporciones nunca vistas, afectando con intensidad en la década del 80 al sindicalismo de los países avanzados y que, en el tránsito de los '80 a los '90, afectó directamente a los países subordina-

dos, especialmente aquéllos dotados de un parque productivo relevante, como es el caso de Brasil.

Cuando se reflexiona sobre las transformaciones vividas por el sindicalismo en los países centrales y sus paralelos con aquél practicado en Brasil, es preciso hacer las debidas aclaraciones. Participamos de un contexto económico, social, político y cultural que tiene rasgos universales del capitalismo avanzado y mundializado, pero tiene singularidades que una vez aprehendidas, permiten rescatar aquello que *es típico* de ese rincón del mundo, y de ese modo retener las particularidades. Se trata, entonces, de una *globalidad desigualmente combinada*, que no debe permitir una identificación acrítica o epifenoménica entre lo que ocurre en el Centro y en los países subordinados.

Nuestro sindicalismo vivió en la década del 80 ya en el flujo como en el reflujo las tendencias arriba descritas. Diría que, en la contabilidad de la década, su saldo fue muy positivo. Hubo un enorme movimiento huelguista; se dio una expresiva expansión del sindicalismo de los asalariados medios y del sector de servicios; hubo una continuidad en el avance del sindicalismo rural, en ascenso desde los años 70, tuvimos el nacimiento de las centrales sindicales, como la Central Única de los Trabajadores (CUT), fundada en 1983, se intentó, aunque de manera insuficiente, avanzar en las tentativas de organización en los locales de trabajo, debilidad crónica de nuestro movimiento sindical; se hizo efectivo un avance en la lucha por la autonomía y libertad de los sindicatos respecto del Estado; se verificó un aumento en el número de sindicatos donde sobresale la presencia organizada de los empleados públicos, hubo aumento en los niveles de sindicalización configurándose un cuadro nítidamente favorable a un *nuevo sindicalismo* a lo largo de la última década.

Sin embargo, paralelamente a ese proceso, en los últimos años de la década del 80 se acentuaban las tendencias econó-

micas, políticas e ideológicas que insertarían a nuestro sindicalismo en la onda regresiva. La automatización, la robótica y la microelectrónica, desarrolladas *dentro de un cuadro recesivo intensificado*, desandaron un proceso de desproletarización de importantes contingente obreros, de lo que la industria automovilística es un fuerte ejemplo. Las propuestas de desregulación, de flexibilización, de privatización acelerada, de desindustrialización, tuvieron, en el neoliberalismo del proyecto Collor, un fuerte impulso.

Esta nueva realidad enfrió y aguló al *nuevo sindicalismo* en Brasil, que se encontraba, por un lado, frente a la emergencia de un sindicalismo neoliberal expresado en la *nueva derecha*, sintonizada con la onda mundial conservadora, de la que Fuerza Sindical (central sindical creada en 1991 es el mejor ejemplo). Y, por otro, frente a sus propias lagunas teóricas, políticas e ideológicas en el interior de la CUT, que le dificultaban enormemente el avance cualitativo, capaz de transitar de un período de resistencia, como el de los años iniciales del *nuevo sindicalismo*, a un momento superior, *de elaboración de propuestas económicas alternativas, contrarias al patrón de desarrollo capitalista existente* aquí, y que pudiesen contemplar prioritariamente, el amplio conjunto que comprende nuestra clase trabajadora. En este caso, más allá de la combatividad anterior, era necesaria la articulación de *un análisis agudo de la realidad brasileña con una perspectiva crítica y anticapitalista, de nítidos contornos socialistas*, con el fin de dotar al *nuevo sindicalismo* de los elementos necesarios para resistir a las influencias externas, a la avalancha del capital, al ideario neoliberal, en su lado más nefasto, a la *acomodación socialdemocrática*, que, a pesar de su crisis en el Centro, aumentaba fuertemente sus lazos políticos e ideológicos con nuestro movimiento sindical, tratando de presentarse cada vez más como la *única* alternativa posible para hacer el combate al neoliberalismo.

No es preciso decir que el cuadro ahora es agudamente crítico. El sindicalismo de *Fuerza Sindical*, con fuerte dimensión política e ideológica, ocupa el campo sindical de la *nueva derecha*: la preservación del orden, la sintonía con el diseño del capital globalizado, que nos reserva el papel de país ensamblador, sin tecnología propia, sin capacitación científica, dependiente totalmente de los recursos foráneos.

En la Central Única de los Trabajadores el cuadro es también de gran aprensión. En algunos de sus principales líderes comienza a ganar mucha fuerza el abandono de las concepciones socialistas y anticapitalistas, en nombre de una *adaptación dentro del orden*. El culto a la negociación, a las cámaras sectoriales, al programa económico para gerenciar *en nombre del capital* su crisis, todo eso está inserto en un proyecto de mayor aliento, cuyo oxígeno es dado por el *ideario* y por la *práctica* socialdemócratas. Se trata de una creciente definición *política e ideológica* en el interior del movimiento sindical brasileño. Es una postura cada vez *menos* apoyada en una *política de clase*, y cada vez más integrada en una política para el *conjunto* del país, el *"país integrado del capital y del trabajo"*.

En el campo que se reconoce cómo socialista y anticapitalista al interior de la Central Única de los Trabajadores, las dificultades también son enormes. ¿Cómo es posible resistir a una onda tan intensa? ¿Cómo es posible elaborar un programa económico alternativo que incorpore a los millones de trabajadores que no participan del mercado y que viven de las miserias de la economía informal? ¿Cómo es posible gestar un nuevo modelo económico que elimine definitivamente la *sobreexplotación* del trabajo que caracteriza al capitalismo industrial brasileño, cuyo salario mínimo es degradante? ¿Cuáles son los rasgos básicos de ese modelo económico alternativo cuya lógica deberá *iniciar* el desmontaje del patrón de acumulación capitalista vigente en el país?. ¿Cómo es posible pensar en una acción que no impida el avance tecnológico, pero

que lo haga con bases reales, con ciencia y tecnología desarrolladas en nuestro país? ¿Cómo es posible un camino *alternativo* que recupere valores socialistas originales, verdaderamente emancipadores, que no acepte una globalización y una integración impuestas por la lógica del capital; *integradora hacia fuera y desintegradora hacia adentro*? ¿Cómo es posible articular hoy valores inspirados en un proyecto que mire hacia una sociedad *más allá del capital*, pero que tiene que dar respuestas inmediatas a la barbarie que azota la vida cotidiana del *ser que vive del trabajo*? En otras palabras, ¿cómo superar un camino meramente doctrinario y buscar la difícil y la imprescindible articulación entre los intereses inmediatos y una acción estratégica de largo plazo, de clara conformación anticapitalista? Estos son, como se puede percibir, desafíos enormes.

Si por ahora conseguí trazar un cuadro *crítico* aproximado, el desafío más urgente de nuestro sindicalismo puede ser sintetizado así: ¿cómo se efectiviza en el contexto de una situación *defensiva* una acción sindical que dé respuestas a las necesidades *inmediatas* del mundo del trabajo, preservando elementos de una estrategia anticapitalista y socialista?

¿Cuál es el camino que adoptará el *nuevo sindicalismo* brasileño nacido en la década del 70: negociará dentro del orden o contra el orden? ¿Tratará de elaborar un programa de emergencia para *gerenciar la crisis del capital* simplemente, o tratará de avanzar en la elaboración de un programa económico alternativo, *formulado bajo la óptica de los trabajadores*, capaz de responder a las reivindicaciones inmediatas del mundo del trabajo, pero teniendo como horizonte una organización societaria fundada en los valores socialistas y efectivamente emancipadores? Se puede responder que para tanto es preciso mucho más que una acción sindical. Es verdad. Pero se puede responder que la acción sindical en el Brasil de nuestros días seguramente auxiliará, en una o en otra dirección, lo que le confiere una enorme responsabilidad.

NOTAS

1. Ver por ejemplo, F. Muray, "The decentralisations of productions — The decline of the mass-collective worker", *Capital and Class*, 19, Londres, 1983; Annunziato, F., "ü fordismo nella crítica de Gramsci e nella realtà statunitense contemporanea", *Crítica marxista*, 6, Italia, 1989; S., Clarke, "Crise do fordismo ou crise da socialdemocracia", *Lúa Nova*, 24, Sao Paulo, 1991; T., Gounet, "Lurtes concurrentielles et stratégies d'accumulation dans l'industrie automobile", *Estudes marxistas*, n. 10, Bélgica, mayo 1991.
2. Ver A., Bihr, "Le proletariat dans tous ses éclats", *Le monde diplomatique*; A., Gorz, "Porquoi la société salariale a besoin de nouveaux valets", *Le monde diplomatique*, 22/6/1990.
3. Ver I., Mészáros, "The división of labour and the post-capitalist state", *Monthly review*, 39, jul.-ago., 1987; E., Mandel, "Marx, la crise actuelle et l'avenir du travail human", *Quatrième Internationale*, 20, París, mayo 1986.
4. Ver, por ejemplo, los datos presentados por Jelle Viser en J. Freyssinet (organizador), "Syndicalisme et désyndicalisation", en *Le mouvement social*, n. 62, *Syndicats d'Europe*, ene.-mar. 1993, París, Éditions Ouvrières.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANNUNZIATO, Frank. (1989) "II Fordismo Nella Critica de Gramsci e Nella Realtá Statunitense Contemporánea", *Crítica Marxista, Italia*, n. 6.
- ANTUNES, Ricardo. (1991) *O Novo Sindicalismo*, Sao Paulo, Scrita Editorial.
- _____. (1992) *A Rebeldia do Trabalho (O Confronto Operario no ABC Paulista: As Greves de 1978/80)* 2. ed, Sao Paulo, Unicamp.
- BERGGREN, Christian. (1989) "New Production Concept in Final Assembly — The Swedish Experience", in: S. Wood, *The Transformation of Work*, Londres. Unwin Hyman.
- BERMAN, M. (1987) *Tudo que é Sólido Desmancha no ar (A Aventura da Modernidade)*. Sao Paulo, Cia. das Letras.
- BERNARDO, Joao. (1987) *Capital, Sindicatos, Gestores*. Sao Paulo, Vértice.
- BEYNON, Huw. (1995) "The Changing Practices of Work". Manchester, International Centre for Labour Studies.
- BIHR, Alain. (1990) "Le Proletariat Dans Tous Ses Éclats", *Le Monde Diplomatique'*-(fotocopia).
- _____. (1991) *Du "GrandSoir" a "L'Alternative" (Le Mouvement Ouvrier Européen en Crise)*. París, Les Editions Ouvrières.
- BORDOGNA, L. (1988) "Arcipelago Cobas: Frammentazione della Reppresentanza e Conflitti di Lavoro", *Política in Italia*. Bolonia, Mulino.

- CLARKE, Simón. (1991) "Crise do Fordismo ou Crise da Social-democracia?". *Lúa Nova*. Sao Paulo, n. 24, Cedec.
- CORIAT, Benjamin. (1992a) *El Taller y el Robot (Ensayos sobre el Fordismo y la Producción en Masa en la Era de la Electrónica)*. México/España, Siglo XXI.
- _____. (1992b) *Pensar al Revés (Trabajo y Organización en la Empresa Japonesa)*. México/España, Siglo XXI.
- El País* (1993) "La Última Trinchera", España, año IX, n. 378, 24/1/93.
- FREEMANN, Richard. (1986) "Pueden Sobrevivir los Sindicatos en la Sociedad Pos-Industrial", Simposio Internacional sobre las Perspectivas Futuras del Sindicalismo, dic. 1986 (mimeo). Confédération des Syndicats Chrétiens", Bruselas.
- FREYSSINET, Jacques. (1993) "Syndicalismes en Europe", *Le Mouvement Social*, n. 162, mar. 1993, Francia, Éditions Ouvrières.
- FREYSSENET, Michel. (1989) "A Divisao Capitalista do Trabalho", *Tempo Social*, dossier organizado por H. Hirata. Sao Paulo, USP, vol. I, n. 2.
- GORZ, André. (1982) *Adeus ao Proletariado*. Rio de Janeiro, Forense.
- _____. (1990) "The New Agenda", *New Left Review*. Londres, n. 184.
- _____. (1990a) "Pourquoi la Société Salariale a Besoin de Nouveaux Valets". *Le Monde Diplomatique*, Francia, 22/6/90.
- _____. (1990b) "O Futuro da classe Operária", *Revista Internacional, Quinzena*. Sao Paulo, n. 101, 16/9/90, CPV.
- GOUNET, Thomas. (1991) "Lurtes Concurrentielles et Stratégies D'Accumulation dans l'industrie Automobile", *Etudes Marxistes*. Bélgica, n. 10, mayo 1991.
- _____. (1992) "Penser á L'envers... Le Capitalismo", Dossier Toyotisme, *Etudes Marxistes*. Bélgica, n. 14, maio 1992.
- GRAMSCI, A. (1976) "Americanismo e Fordismo", in: *Maquiavel, a Política e o Estado Moderno*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira.
- HABERMAS, J. (1972) *Toward a Rational Society*. Londres, Heinemann.
- _____. (1987) "A Nova Intransparencia", *Novos Estudos CEBRAP*. Sao Paulo, n. 18, sept. 1987.

- HARVEY, David. (1992) *A Condigno Pós-moderna*. Sao Paulo, Loyola.
- HELLER, A. (1977) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.
- _____. (1978) *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona, Península.
- _____. (1981) "Paradigma della produzione e Paradigma del Lavoro", *Crítica Marxista*. Roma, Riuniti, n. 4.
- _____. (1982) *La revolución de la Vida Cotidiana*. Barcelona, Península.
- HIRATA, Helena. (1986) "Trabalho, Familia e Relacoes Homem/Mulher: Reflexoes a Partir do Caso Japonés", *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, ANPOCS. Sao Paulo, n. 2, vol. I, oct. 1986.
- IANNI, Octavio. (1992) *A Sociedade Global*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira.
- KELLY, J. (1987) *Labour and Trade Unions*, Londres/Nueva York, Verso.
- KURZ, Robert. (1992) *O Colapso da Modernizagao (Da Derrocada do Socialismo de Caserna á crise da Economia Mundial)*. Sao Paulo, Paz e Terra.
- LOJKINE, Jean. (1990) *Classe Operária em Mutaques*. Sao Paulo, Oficina de Livros.
- _____. (1995) *A Revolugao Informacional*. Sao Paulo, Cortez.
- LUKÁCS, G. (1976) *Ontologia Dell'Essere Sociale*, I, Roma, Riuniti.
- _____. (1978) "As Bases Ontológicas do Pensamento e da Atividade do Homem", *Temas de Ciencias Humanas*, n. 4, Sao Paulo, Ciencias Humanas.
- _____. (1981) *Ontologia Dell'Essere Sociale*, II, vols. 1 y 2. Roma, Riuniti.
- MAGRI, L. (1991) "The European Left Between Crisis and Refoundation", *New Left Review*, 189.
- MALLET, S. (1973) *The New Working Class*. Inglaterra, Spokesman Books.
- MANDEL, E. (1985) "Marx e Engels: A Producáo de Mercadorias e a Burocracia — As Bases Teóricas para a Compreensáo Marxista da União Soviética", *Ensaio*, n. 14, Sao Paulo, Ensaio.

- CLARKE, Simón. (1991) "Crise do Fordismo ou Crise da Social-democracia?". *Lúa Nova*. Sao Paulo, n. 24, Cedec.
- CORIAT, Benjamin. (1992a) *El Taller y el Robot (Ensayos sobre el Fordismo y la Producción en Masa en la Era de la Electrónica)*. México/España, Siglo XXI.
- _____. (1992b) *Pensar al Revés (Trabajo y Organización en la Empresa Japonesa)*. México/España, Siglo XXI.
- El País* (1993) "La Última Trinchera", España, año LX, n. 378, 24/1/93.
- FREEMANN, Richard. (1986) "Pueden Sobrevivir los Sindicatos en la Sociedad Pos-Industrial", Simposio Internacional sobre las Perspectivas Futuras del Sindicalismo, dic. 1986 (mimeo). Confédération des Syndicats Chrétiens", Bruselas.
- FREYSSINET, Jacques. (1993) "Syndicalismes en Europe", *Le Mouvement Social*, n. 162, mar. 1993, Francia, Éditions Ouvrières.
- FREYSSENET, Michel. (1989) "A Divisao Capitalista do Trabalho", *Tempo Social*, dossier organizado por H. Hirata. Sao Paulo, USP, vol. I, n. 2.
- GORZ, André. (1982) *Adeus ao Proletariado*. Rio de Janeiro, Forense.
- _____. (1990) "The New Agenda", *New Left Review*. Londres, n. 184.
- _____. (1990a) "Pourquoi la Société Salariale a Besoin de Nouveaux Valets". *Le Monde Diplomatique*, Francia, 22/6/90.
- _____. (1990b) "O Futuro da classe Operária", *Revista Internacional, Quinzena*. Sao Paulo, n. 101, 16/9/90, CPV.
- GOUNET, Thomas. (1991) "Lurtes Concurrentielles et Stratégies D'Accumulation dans l'industrie Automobile", *Etudes Marxistes*. Bélgica, n. 10, mayo 1991.
- _____. (1992) "Penser á L'envers... Le Capitalisme", Dossier Toyotisme, *Etudes Marxistes*. Bélgica, n. 14, maio 1992.
- GRAMSCI, A. (1976) "Americanismo e Fordismo", in: *Maquiavel, a Política e o Estado Moderno*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira.
- HABERMAS, J. (1972) *Toward a Rational Society*. Londres, Heinemann.
- _____. (1987) "A Nova Intransparencia", *Novos Estudos CEBRAP*. Sao Paulo, n. 18, sept. 1987.

- HARVEY, David. (1992) *A Condição Pós-moderna*. Sao Paulo, Loyola.
- HELLER, A. (1977) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.
- _____. (1978) *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona, Península.
- _____. (1981) "Paradigma della produzione e Paradigma del Lavoro", *Crítica Marxista*. Roma, Riuniti, n. 4.
- _____. (1982) *La revolución de la Vida Cotidiana*. Barcelona, Península.
- HIRATA, Helena. (1986) "Trabalho, Familia e Relacoes Homem/Mulher: Reflexoes a Partir do Caso Japonés", *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, ANPOCS. Sao Paulo, n. 2, vol. I, oct. 1986.
- IANNI, Octavio. (1992) *A Sociedade Global*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira.
- KELLY, J. (1987) *Labour and Trade Unions*, Londres/Nueva York, Verso.
- KURZ, Robert. (1992) *O Colapso da Modernizagao (Da Derrocada do Socialismo de Caserna á crise da Economia Mundial)*. Sao Paulo, Paz e Terra.
- LOJKLNE, Jean. (1990) *Classe Operária em Mutagoes*. Sao Paulo, Oficina de Livros.
- _____. (1995) *A Revolugao Informacional*. Sao Paulo, Cortez.
- LUKÁCS, G. (1976) *Ontologia Dell'Essere Sociale*, I, Roma, Riuniti.
- _____. (1978) "As Bases Ontológicas do Pensamento e da Atividade do Homem", *Temas de Ciencias Humanas*, n. 4, Sao Paulo, Ciencias Humanas.
- _____. (1981) *Ontologia Dell'Essere Sociale*, II, vols. 1 y 2. Roma, Riuniti.
- MAGRI, L. (1991) "The European Left Between Crisis and Refoundation", *New Left Review*, 189.
- MALLET, S. (1973) *The New Working Class*. Inglaterra, Spokesman Books.
- MANDEL, E. (1985) "Marx e Engels: A Producao de Mercadorias e a Burocracia — As Bases Teóricas para a Compreensao Marxista da União Soviética", *Ensaio*, n. 14, Sao Paulo, Ensaio.

- MANDEL, E. (1986) "Marx, La Crise Actuelle et L'Avenir du Travail Humain", *Quatrième Internationale*, n. 20, mayo 1986, (Tradugáo para o portugués de José Almeida de Souza Jr. (fotocopia).
- MARX, Karl. (1971) *O Capital*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira, Libro I, vol. I.
- _____. (1972) *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-58*, México, Siglo XXI Editores, vol. II.
- _____. (1974) *O Capital*. Río de Janeiro. Civilizacao Brasileira, Libro III, vol. 6.
- _____. (1975) *O Capital*. Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira, Libro I, vol. 2
- _____. (1977) *A Ideología Alema*. Sao Paulo, Grijalbo.
- _____. (1978b) "Carta a Vera Zaslitch, de 1881", *Cara a Cara*, I. Sao Paulo, Vozes.
- _____. (1978) *Capítulo VI (inédito)*. Sao Paulo, Ciencias Humanas.
- MARX, K.; ENGELS, F. (1975) "Prefacio a la Edición Rusa de 1882", *Obras Escogidas*, Tomo I, España, Ayuso.
- MÉSZÁROS, István. (1982) "Il Rinnovamento del Marxismo e L'Attualità Stórica Dell'Ofensiva Socialista", *Problemi del Socialismo*. Milano, n. 23.
- _____. (1985) "Poder Político e Dissidência ñas Sociedades Pós-Revolucionárias", *Ensaio*, n. 14. Sao Paulo, Ensaio.
- _____. (1987) "The División of Labour and The Post Capitalist State", *Monthly Review*. Nueva York, vol. 39/3, juUago. 1987.
- _____. (1987a) *A Necessidade do Controle Social*. Sao Paulo, Ensaio.
- _____. (1989b) *The Power of Ideology*. New York, Londres, Toronto, Sidney, Toquio, Harvester Wheatsheaf.
- _____. (1989a) *Produção Destrutiva e Estado Capitalista*. Sao Paulo, Ensaio.
- _____. (1992) "Marxism Today: An Interview with István Mészáros", *Radical Philosophy* 62, Autumn 1992.
- _____. (1993) "Marxism Today": An Interview with István Mészáros", *Monthly Review*. Nueva York abr. 1993, vol. 44, n. 11.

- MURRAY, Fergus. (1983) "The Decentralisations of Production — The Decline of the Mass-Collective Workers?", *Capital & Class*, Londres, n. 19.
- OCDE, *Rapport Anuel*, (1992), capítulo 4, (fotocopia).
- OFFE, Claus. (1989) "Trabalho como Categoría Sociológica Fundamental?", *Trabalho & Sociedade*. Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, vol. I.
- OFFE, Claus; BERGER, Johannes. (1991) "A dinâmica do desenvolvimento do setor servicios", in: OFFE, C, *Trabalho & Sociedade*. Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, vol. II.
- OLIVEIRA, Francisco. (1988) "O Surgimento do Anti-Valor", *Novos Estudos Cebrap*, CEBRAP, 22. Sao Paulo, oct.
- _____. (1992) "A Economía Política da Socialdemocracia", *Revista da USP*, 136. Sao Paulo.
- POLLERT, Anna. (1988) "Dismantling Flexibility", *Capital and Class*, Londres, n. 32.
- RODRIGUES, Leoncio M. (1993a) "A Crise do Sindicalismo no Primeiro Mundo", *Folha de S. Paulo*, 22/3/93 y (1993b) "A Sindicalizacao da Classe Media", *Folha de S. Paulo*, 24/5/93.
- SABEL, C; PIORE, M. (1992) *The Second Industrial Divide*. Nueva York, Basic Books.
- SCHAFF, Adam. (1991) *A Sociedade Informática*. Sao Paulo, Brasileira/Unesp.
- STUPPINI, Andrea. (1991) "Chi Sonó e Che Cosa Vogliono i Nuovi Operai", *Dossier*, "La Condizioni Operaia Oggi", *Mondo Operario*. Roma, n. 2, Año 44, mayo 1991.
- TOSEL, André. (1995) "Centralité et Non-Centralité du Travail ou La Passion des Hommes Superflus", in: BIDEZ, Jacques; TEXIER, Jacques. *La Crise du Travail, Actuel Marx Confrontation*. París, Press Universitaires de France.
- TOURAINÉ, Alain. (1989) "Os Novos Conflitos Sociais", *Lúa Nova*. Sao Paulo, Marco Zero, n. 17, jun.
- VINCENT, J. Marie. (1995) "Flexibilité du Travail et Plasticité Humaine", in: BIDEZ, J.; TEXIER, J. Op. cit.
- VISSER, Jelle. (1993) "Syndicalisme e Déj>yndicalizaõ", *Le Mouvement Social*. Éditions Ouvrières, n. 162, ene./mar. 1993.

WATANABE Ben (1993a) "Toyotismo: "Um Novo Padrao Mun-
TM^{AT} f^12^T, in *Revista dos Metalúrgicos*. Sao Paulo,
dic. de 1993, CUT/CNM.
_ (1993b) "Keroshi, Made in Japan", *Quinzena*. Sao Paulo,
n. 167, CPV, 15/8/1993.

<